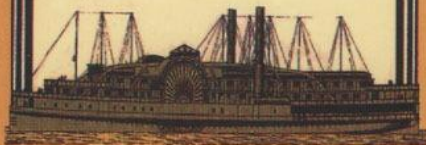


"Al principio sólo fue un papel doblado en cuatro. Después supe que era una carta. Por supuesto que me sorprendí. Me imagino que alguien que cose un dobladillo no tiene por qué meter ni un papel ni nada debajo del doblez de tela. A menos que... quiera esconderlo. Y tenía razón: nadie mete un papel en el dobladillo de un vestido, a no ser que tenga un buen motivo..."

NORMA HUIDOBRO nació en 1949 en Lanús provincia de Buenos Aires. Es profesora en Letras y trabaja de correctora de libros. Ha obtenido importantes premios y tiene publicados, entre otros libros, *¿Quién conoce a Greta Garbo?* y *El sospechoso viste de negro*.



EL BARCO DE VAPOR

*A partir de 12 años*

CÓDIGO 3000011

ISBN 978-987-573-002-1



9 789875 730021

PREMIO EL BARCO DE VAPOR

EL BARCO DE VAPOR



# Octubre, un crimen

Norma Huidobro



sm

Título original: *Octubre, un crimen*

Norma Huidobro, 2004

Diseño de cubierta: Ricardo Fernández

Inés tiene que ir al baile de disfraces de su prima y por eso visita una casa de venta de ropa antigua. Allí compra un vestido amarillo de organza, y en el ruedo de este encuentra una carta del 1958 en la que una adolescente, pide ayuda para evitar el asesinato de su padre y su propia muerte. Intrigada por la historia la protagonista embarca en una búsqueda detectivesca que la lleva a entablar relación con diferentes personajes que estuvieron en contacto con la joven de la carta.

*Octubre, un crimen* es una novela policial con detectives ocasionales, que respetan las normas del género.

Norma Huidobro

*Octubre, un crimen*

El barco de vapor: Serie Roja- Volumen 4

Fueron las flores del paraíso las que me hicieron pensar en el vestido. Las flores, su perfume, la noche, mi bronca. Soy adicta al perfume de las flores del paraíso. No lo puedo evitar, no quiero evitarlo; me quedo horas a la noche, asomada a la ventana de mi cuarto, oliendo el aire cargado y dulzón de los paraísos de mi vereda; vivo en un segundo piso y tengo las copas rebosantes de flores casi a la altura de mi nariz. Lástima que florezcan una sola vez al año: en octubre, nada más.

Yo estaba asomada a la ventana de mi habitación, pensando en el baile de disfraces que haría mi prima Aye-lén. Una fiesta ridícula, con la ridícula de mi prima y las ridículas de sus amigas. Por supuesto que lo primero que dije fue que no iría. Es más, mi prima me invitó sabiendo de antemano que yo iba a decir que no. Sé muy bien que lo hizo porque su madre, hermana de mi madre,



la obligó a que me invitara. La antipática Ayelén jamás me habría invitado si no hubiera mediado una imposición, y hasta una amenaza, de parte de mi tía. Ayelén y yo jamás nos llevamos bien. Pero esta vez a mi prima se le ocurría hacer una fiesta de disfraces, y yo estaba obligada a asistir porque, ya es hora de decirlo, al igual que su hermana, mi madre también creía en el sagrado deber de cumplir con la familia. Entonces, para evitar un conflicto más en casa, que a decir verdad ya teníamos bastantes, terminé aceptando.

Esa noche de octubre, mientras olía los paraísos y alimentaba la bronca hacia mi prima, me acordé de un vestido que tenía mamá cuando yo era chica; un vestido de verano que a mí me encantaba, de una tela estampada con florcitas celestes y rosadas como las del paraíso. Y al acordarme de ese vestido también me vino a la mente una casa que queda cerca del colegio, donde venden ropa antigua. Muchas veces, al pasar por ahí me quedo un

rato mirando los vestidos, en su mayoría de las décadas del setenta, del sesenta y hasta del cincuenta. Así fue como se me ocurrió ir a esa casa en busca de un vestido para el baile. ¿Por qué no? Bien podría disfrazarme de chica de los sesenta, por ejemplo. Por supuesto que hubiera podido inventar un disfraz con lo que tenía en casa, pero yo me había empeñado en comprarme uno de esos vestidos, y como mamá quería mandarme a la fiesta a toda costa, seguramente no pondría demasiados reparos a mis gastos.

Al día siguiente, al salir del colegio, me fui derecho a ver la ropa. Estuve como dos horas probándome de todo. La dueña del negocio era muy simpática y sabía un montón de modas, de épocas, de estilos, de telas, y por cada vestido que me probaba me contaba una historia de lo más entretenida. Claro que con tanto entretenimiento me olvidé de que ese día me tocaba cocinar a mí; así que cuando volví a casa me esperaba una pelea con mis

hermanos y después el sermón de mamá, que me llamó desde el trabajo para retarme por mi falta de responsabilidad, porque, como era lógico y previsible, mis hermanos ya la habían llamado antes para denunciar mi ausencia en la cocina. En fin, nada grave, de todos modos. La cosa terminó en que cada uno se hizo un sán-güiche y reacomodamos los turnos de la cocina, o sea que al día siguiente otra vez me tocaba cocinar a mí.

Vuelvo al vestido. La señora del negocio insistía en que me llevara un atuendo completo de los sesenta que, la verdad, me quedaba muy bien, pero no terminaba de convencerme; el vestido era recto y corto, a cuadros, como un tablero de ajedrez en blanco y negro.

—Estilo Courrèges —me dijo la señora—. La última moda a mediados de los sesenta. Tenés que usarlo con esta cartera —y me dio una carterita negra, cuadrada y con manija cortita, realmente horrible—. Ah, y también tengo los zapatos —siguió la mujer, bajando una caja de

un estante—. ¿Ves? Se usaban así, con el taco corto y ancho.

No, a pesar de que la señora insistía en que me quedaba «pintado» (eso dijo: «pintado»), a mí el atuendo Courrèges no terminaba de convencerme; así que seguí revolviendo hasta que encontré un vestido diferente, que me hizo recordar unas series viejísimas de la televisión, donde las chicas aparecían con vestidos fruncidos o tableados, largos hasta por abajo de la rodilla, y con zoquetes y zapatos sin taco.

Tengo que decir, y no exagero, que ese vestido me impactó, aunque no puedo explicar por qué. No sé, yo sentí algo. Sentí que lo que tenía delante de mí era algo más que un vestido. Es raro, pero fue así. Después de todo, no tardaría mucho tiempo en comprobar que había motivos reales para que sintiera eso.

Me lo probé. No había dudas, era mi talla. Me vi rara, pero me gustó; a lo mejor fue por el color: el amarillo me

encanta.

—Es de organza —me informó la dueña del negocio—. Mirá cuánta tela se usaba antes para hacer un vestido.

Y sí, tenía razón. Los frunces de la cintura caían en innumerables pliegues que se abrían mucho más abajo de la rodilla. Tomé el ruedo con las dos manos, de un costado y del otro, y levanté los brazos dejándolos paralelos al piso. Todavía sobraba tela como para levantarlos más. Mirándome al espejo recordé una foto de mamá y tía Luisa cuando eran chiquitas, tomadas del brazo y levantándose la punta del vestido; unos vestidos semejantes al que yo me estaba probando, con mangas farolito y moños en la cintura.

—Es viejísimo —le dije a la vendedora.

—Década del cincuenta —me contestó con precisión—. Pero fijate que está perfecto —agregó, levantando parte del ruedo y acercándome la tela a los ojos—.

La mujer que me lo vendió lo trajo con una funda y me dijo que así estuvo durante muchos años. Mandalo a la tintorería y te va a quedar como recién hecho.

Esa tarde, ni bien mamá volvió de trabajar le mostré el vestido. Le encantó, pero le agarró la nostalgia. Empezó a hablar de su infancia, de los abuelos, de cuando ella y tía Luisa iban a los cumpleaños de los amiguitos y tomaban chocolate; en fin, empezó a sacar cuentas y corrían los años como si nada, hasta que llegó a la conclusión de que cuando la dueña del vestido —la primera, porque ahora era mío— lo usaba, suponiendo que fuera una adolescente más o menos de mi edad, ella y tía Luisa tendrían cinco y seis años, respectivamente, o sea, la edad que tenían en la foto que yo recordé cuando vi el vestido por primera vez.

Bueno, después de la nostalgia, mamá volvió a ser la mujer práctica de todos los días, y apoyando el vestido contra su cuerpo y mirando hacia abajo con ojo experto,

me dijo:

—Mmm, me parece que es muy largo. Probáelo, así vemos si hay que subirle el dobladillo.

Obedecí. Mamá me miró atentamente y llegó a la conclusión de que le sobraban unos cinco centímetros.

—Se usaban largos, pero no tanto —dijo—. Descoselo el dobladillo que después de comer yo te lo coso.

Mamá no habló más, se fue a la cocina, prendió la radio y empezó con la comida. Yo busqué el costurero y me encerré en mi habitación. Extendí el vestido sobre la cama y empecé a cortar con mucho cuidado el delgado hilo que corría alrededor del amplísimo ruedo. Ya había descosido más o menos la mitad cuando descubrí la carta.

Al principio solo fue un papel, un papel doblado en cuatro. Después supe que era una carta. Por supuesto que me sorprendí. Me imagino que nadie que descosa un dobladillo espera encontrar algo en él. Y también me

imagino que alguien que cose un dobladillo no tiene por qué meter ni un papel ni nada debajo del doblez de tela. A menos que... quiera esconderlo. Bueno, todo esto se me ocurrió cuando descubrí el papel doblado en cuatro. Y tenía razón: nadie mete un papel en el dobladillo de un vestido, a no ser que tenga un buen motivo.

Desdoblé el papel con la sensación de estar metiéndome en secretos ajenos. Estaba íntegramente escrito de un solo lado, con tinta azul muy clarita y letra chica y apretada. A juzgar por la tinta lavada, como borroneada, y por el color amarillento del papel, era fácil darse cuenta de que llevaba muchos años en el vestido, o por lo menos que hacía muchísimo tiempo que alguien lo había escrito. Esa fue la primera impresión que tuve: el tiempo, la cantidad de años que tenía ese papel escrito, y el misterio...

Al sacar la carta del vestido sentí, y no exagero, un pozo profundo entre mis manos; un pozo hecho de años



y de vaya a saber qué.

«22 de octubre de 1958», leí y casi me caigo. La carta era de la misma época que el vestido.



22 de octubre de 1958

Querida Malú:

Tengo miedo. Mis sospechas se confirmaron, todo lo que te conté en mi carta anterior resultó cierto. Anoche subí a la terracita de la cúpula y los escuché. Hablaban del veneno, de las dosis, de que ya falta poco. No pude escuchar todo, ya sabés que es peligroso acercarse mucho a la ventana. Creo que me

acerqué demasiado, casi me caigo. Pisé en falso, pero pude agarrarme del borde de la ventana. No sabés el miedo que tuve. Te juro que no subo más. Igual, ya no hace falta. Ahora sé todo.

Por favor, te pido otra vez que me ayudes. Habla de nuevo con el doctor De Bilbao. Hoy mismo. Quiero que interne a papá. Tengo esperanzas de que lo salve. Pero tiene que venir, tiene que venir enseguida. Por favor, Malú, cuento con tu ayuda. No me abandones.

Tu amiga del alma,

Elena

P. D.: Sé muy bien que si papá muere, la siguiente seré yo.

Salí corriendo de mi habitación con la carta y se la mostré a mamá y también a Juanjo, mi hermano mayor, que acababa de llegar de la facultad. Los dos se interesaron inmediatamente y durante diez o quince minutos se pusieron a barajar hipótesis de lo más absurdas, hasta llegar a la conclusión de que la carta la había escrito la dueña de la casa donde compré el vestido, con el mal-sano propósito de crear una atmósfera de misterio, muy beneficiosa para su negocio. Por supuesto que no estuve de acuerdo, pero después llegó Javier, mi hermano menor, y con la única finalidad de llevarme la contra apoyó la hipótesis de mamá y Juanjo.

Finalmente, para completar el cuadro familiar, llegó papá y, tal como me imaginaba, estuvo de acuerdo con lo que sostenía la mayoría, o sea, la parte lógica y sensata de la familia. Así que ahí quedé yo como una «loca de telenovela», según palabras de Juanjo; «muy dada a la sensiblería», como dijo papá; «demasiado fantasiosa»,

según mamá y «siempre pensando en pelotudeces», textuales palabras del mismísimo Javier. En fin, guardé bien guardada la carta en el cajón de mi escritorio y me juré iniciar una pequeña investigación que me permitiera demostrar que tanto mi padre y mi madre como mis dos hermanos estaban absolutamente equivocados.

—¿Se acuerda de mí? La semana pasada le compré un vestido de la década del cincuenta...

La mujer levantó la cabeza de la maraña de papeles que tenía sobre el mostrador, se bajó los anteojos hasta la punta de la nariz y me miró.

—Claro que me acuerdo. Te llevaste el vestido amarillo de organza. Y lo querías para un baile. ¿Ya lo usaste?

—Todavía no. El baile es el sábado que viene. Ahora estoy muy ocupada con una monografía para Historia. Por eso vine a verla.

La mujer me pidió que me sentara y me escuchó con atención. Era de lo más amable. Yo había estado casi una semana entera elaborando un plan de acción para investigar lo de la carta, y los primeros pasos debía darlos necesariamente en el lugar donde había comprado el vestido. Eso sí, de ningún modo le iba a contar a la mujer lo

de la carta. Con la experiencia que ya había tenido con mi familia, suficiente.

Lo que se me ocurrió no era para nada disparatado. Simplemente, dije que tenía que hacer una monografía para el colegio, que consistía en investigar la historia de algún objeto. Y a mí, por supuesto, se me había ocurrido rastrear nada menos que la historia del vestido. La mujer me miraba fascinada; me dijo que le parecía un trabajo interesantísimo y que me iba a ayudar en todo lo que pudiera.

—Lo que tengo que hacer es rastrear estos cuarenta y pico de años que tiene el vestido, yendo de adelante hacia atrás. Empiezo por usted, que me lo vendió, y termino con la primera dueña, la que se lo hizo en el cincuenta y ocho.

—¿Cómo sabés que fue en el cincuenta y ocho?

—preguntó la mujer, mirándome con curiosidad.

Me mordí la lengua. Estuve a punto de meter la pata

así porque sí. Le expliqué que mi mamá tenía una foto de cuando era chica, en la que aparecía con un vestido casi igual al que yo había comprado; y la foto era de 1958.

—Sí, más o menos debe ser ese el año. Tu mamá tendrá mi edad, por lo que veo. Yo también tenía vestidos así cuando era chica...

«Otra vez la nostalgia», pensé al ver que la mujer ponía la misma cara que puso mamá cuando le mostré el vestido.

—¿Usted dónde lo compró? —pregunté de repente, mientras sacaba de mi mochila un cuaderno y una lapicera, dispuesta a anotar cualquier cosa, importante o no, que me dijera la mujer.

—Aquí mismo. Me lo vino a ofrecer, junto con otras cosas, la hermana de una amiga mía que tenía una casa de antigüedades en San Isidro. El año pasado liquidó todo porque se fue a vivir a España.

—¿Había alguna otra cosa de la misma época del

vestido? —pregunté, imaginando locamente no menos de media docena de vestidos más, todos con cartas escondidas en el dobladillo.

—No. Lo demás eran cortinas, manteles y una alfombra.

«¿Y ahora qué?», pensé. De ningún modo iba a permitir que ahí se terminara todo. Pero no me imaginaba cómo seguir. La única persona que podría darme una pista sobre el origen del vestido vivía en España... ¿Qué hacer? Me quedé con la mirada fija no sé dónde y la lapicera en el aire, sin saber cómo seguir. Y ahí nomás, como si me hubiera leído el pensamiento y haciéndose cargo de mis dudas, la mujer del negocio me dijo:

—A lo mejor, mi amiga te puede ayudar. Yo hasta aquí llegué. Más no te puedo decir porque no sé. Dejame tu teléfono, yo voy a hablar con ella y vemos qué se puede hacer.

Le agradecí y de paso exageré un poco con el tema de

la monografía. Le dije que la profesora era muy exigente y que yo me tomaba el trabajo muy en serio, no solo por la nota, sino porque me encantaba la materia, y que ya había empezado a investigar los acontecimientos importantes de la década del cincuenta, y bla, bla, bla, bla, y que lo único que me faltaba era armar la historia particular del vestido, porque el trabajo era así: la historia del país por un lado y la particular del objeto elegido por el otro, y bla, bla, bla, y de golpe me callé porque escuché que en la radio anunciaban las noticias de la una; y ahí me acordé de que era martes y me tocaba cocinar a mí. Le dejé mi teléfono a la mujer y salí corriendo para casa.

Salchichas con ensalada de tomates no es un mal almuerzo, salvo que uno se hubiera hecho a la idea de que comería pollo con papas al horno. Y precisamente esa era la idea de mis hermanos, y también la mía, hasta que me di cuenta de la hora. En fin, comimos las salchichas y no hubo quejas a mamá, a cambio de que yo cocinara al

día siguiente. Otra vez, cambio de turnos.

No dije nada, pero me sentí como me siento tantas veces: el salame del sánguiche. Juanjo de un lado, Javier del otro y yo en el medio. En fin, no le di más vueltas al asunto, acepté cocinar al otro día como pago por mi imperdonable atraso y por mi menos perdonable cambio de menú, y me dediqué a pensar en la carta y en su autora. No podía menos que imaginarme verdaderas telenovelas del estilo de las que yo solía mirar. ¿Qué habría sido de Elena? ¿Y su padre? ¿Se habría salvado? ¿Quién había tratado de envenenarlo? Preguntas, por supuesto, que de ningún modo podía contestar, aunque pensaba que en algún momento, como resultado de mi investigación, alguien me iba a responder.

Pero había algo que me obsesionaba todavía mucho más y era el hecho de que quizás esa carta nunca hubiera llegado a destino. ¿Quién la habría escondido? ¿Elena o Malú? Malú (qué nombre extraño) tal vez jamás recibió



esa carta, y si no la recibió, nunca pudo haber hecho lo que le pedía Elena. Está bien que se hablaba de una carta anterior y se daba a entender que Malú ya había hablado con el médico, pero la urgencia de Elena por ver al médico otra vez para internar a su padre, esa desesperación por salvarlo... ¿Qué habría pasado? ¿Y la posdata? Elena decía que las mismas personas que estaban envenenando a su padre la matarían también a ella...

No, por más que le diera vueltas al asunto, jamás encontraría respuestas. Solo tenía mis fantasías. Y precisamente eso era lo que yo no quería. Ya estaba harta de ser la loca fantasiosa de la familia. Yo quería demostrar que esa carta, a pesar de los años transcurridos, era tan real como el almuerzo de todos los días. O por lo menos lo había sido. Y si había llegado a mis manos, tenía que hacer algo. La había recibido yo. La destinataria había sido Malú, sin dudas, pero ahora me llegaba a mí. Más de cuarenta años habían transcurrido desde que Elena la

escribió, y la recibía yo. Por una de esas vueltas de la vida, Elena me mandaba una carta a mí. Y eso tenía que significar algo.

Por el momento, lo único que podía hacer era esperar que me llamara la dueña del negocio de ropa. Era la única forma de conectarme con la mujer de España. Si ella me averiguaba la dirección, yo podría escribirle para preguntarle cómo y dónde había conseguido el vestido. Otra cosa no podía hacer; así que, para no ser pesada, dejaría pasar dos o tres días y si no me llamaba, volvería otra vez al negocio.

Mientras tanto, llegó el sábado y ni noticias de la vendedora de ropa ni de su amiga ni de la hermana de la amiga. La verdad, mucho tiempo para pensar en eso no tuve. Mi única preocupación era el baile de mi prima. Y las amigas de mi prima. Y mi prima.

A las nueve en punto, yo ya estaba lista y resignada. Es decir, con el vestido puesto, los zoquetes, los zapatos

de taco bajo, el pelo recogido en una cola de caballo con una cinta de terciopelo, y el ánimo por el piso, para decirlo de algún modo. Estaba dispuesta a aburrirme y a pelear solapadamente, es decir, a dar respuestas irónicas e hirientes cada vez que mi prima o alguna de sus amigas me hicieran una pregunta irónica e hiriente. Iba decidida a comer de todo para fomentar la envidia, pues sabía perfectamente que Ayelén y compañía seguían la moda de la flacura extrema y, por lo tanto, no comerían nada. Bueno, con todo este arsenal listo, ya estaba en condiciones de que papá me llevara en auto a la casa de mis tíos, en el barrio de Belgrano.

—¿A qué hora te vengo a buscar? —me preguntó papá, en la puerta del lujosísimo edificio de veinte pisos, con pileta de natación, solárium, cancha de tenis, sauna y vigilancia las veinticuatro horas del día.

—A las doce. En punto —remarqué.

—¿Como Cenicienta? —preguntó papá sonriendo,

porque conoce y respeta mi antipatía por mi prima. Antipatía que él comparte aunque la vuelca hacia mi tío, que le resulta tan insoportable como a mí Ayelén.

—Como Cenicienta. Ni un minuto más. Mirá que después de las doce dejó de ser la dulce chica de los cincuenta y vuelvo a ser la odiosa Inés de siempre. Y eso quiere decir que me voy a agarrar de los pelos con Ayelén.

Papá se retiró con la carroza y me dejó en los jardines del palacio. Mientras subía los escalones hacia la puerta principal, noté que estaba relampagueando.

—¡Inés! ¡Viniste! ¡Qué alegría! —gritó Ayelén, falsa, refalsa, mientras me daba el más falso de los besos delante de mi tía, que también había salido a recibirme.

El grupito de amigas selectas —seis auténticas arpías que conozco a la perfección después de haber padecido todas las fiestas de cumpleaños de Ayelén, más comunión, confirmación, egreso del primario con medalla y

diploma de honor celebrado en un salón de fiestas a todo lujo, y algún acontecimiento más que por fortuna debo haber olvidado— estaba presente en pleno. Obviamente, también las saludé.

—Me vas a disculpar, Inés —me dijo Tatiana, una de las arpías, ni bien mi tía salió de escena—, no entiendo tu disfraz... ¿Qué significa?

—No veo por qué tiene que significar algo —contesté con cara de asco—. Me parece que formulaste mal la pregunta. Simplemente, tendrías que haber dicho: «¿De qué te disfrazaste?».

—Bueno, me corrijo, entonces —me atajó Tatiana—. ¿Me podés decir de qué te disfrazaste, por favor?

—Me disfracé de chica de los cincuenta, es decir, de la década del cincuenta —aclaré, como si Tatiana fuera incapaz de comprender nada.

Decidí no esperar ninguna respuesta y me retiré dignamente hacia el otro extremo del living. Mi prima

vive en un piso dieciocho, y si hay algo que a mí me fascina es mirar por las ventanas; y cuanto más alto, mejor. Seguía relampagueando.

No voy a decir demasiado de esa noche. Solamente que me aburrí, tal como sabía que iba a suceder. Según mamá, me aburrí porque fui decidida a aburrirme. Puede ser, pero yo sabía que las cosas no podían ser de otro modo. El conflicto con Ayelén viene de lejos. Entre ella y yo, un abismo.

Pero eso no importa, ahora. Vuelvo a la carta. El domingo me llamó la dueña del negocio donde compré el vestido. Me dijo que su amiga había hablado por teléfono con la hermana, que le había contado lo de mi monografía y que la mujer había sugerido que yo le mandara un fax, preguntándole lo que quisiera. ¿Un fax? ¿Y por qué no un mail? Bueno, parece que la mujer era un poco antigua. No insistí con lo del mail. Esa misma noche preparé las preguntas y al otro día mandé el fax a España. A mi familia, ni una palabra.

Todos los días, después de salir del colegio, pasaba por el locutorio a ver si habían recibido la respuesta. Prefería pasar yo y no que me llamaran a casa, por las dudas. Estaba decidida a que nadie se enterara de nada, por lo menos hasta que hubiera descubierto algo bien concreto. Mientras tanto, lo único que hacía era releer la carta todas las noches y convencerme cada vez más de que la verdadera destinataria era yo. Elena me había escrito a mí para que descubriera vaya a saber qué misterio. Ninguno en mi casa me iba a sacar esa idea de la cabeza.

El jueves llegó el fax. Lo retiré al mediodía y me fui a sentar en un banco de la plaza para leerlo tranquila.



*Estimada Inés:*

*Paso a contestar las preguntas que me hiciste llegar. Espero que estas respuestas sean de utilidad para tu trabajo.*

*1. Compré el vestido en el ochenta y cuatro. Lo recuerdo muy bien porque fue la primera compra que hice yo sola para la casa de antigüedades de mi madre. Nunca pude venderlo. Varias veces estuve a punto de hacerlo, pero por un motivo u otro la persona interesada terminaba llevando un vestido diferente o, en el peor de los casos, nada.*

*2. Lo compré en un remate, en una casa del barrio de San Telmo.*

*3. No sé a quién perteneció. Solo sé que la casa se iba a vender y los dueños remataban todo lo que había dentro. Recuerdo a una señora muy elegante, que recorría la casa como si la conociera y cada tanto hablaba en voz baja con el rematador. En ese momento*

*pensé que era la dueña.*

*Bueno, Inés, ojalá que lo que te conté te sirva. Si necesitas algo más, mandame otro fax.*

*Te saluda,*

*Alicia S. Gutiérrez*

Eso era todo. Ni una palabra de Elena. Solamente la señora muy elegante que parecía la dueña de la casa. ¿Elena, quizá? Una mujer que fue adolescente en el cincuenta y ocho, en el ochenta y cuatro tiene que haber sido una señora, seguro; siempre y cuando hubiera seguido viva, desde luego... «¿Qué hacer?», me preguntaba con el fax en la mano, sentada en la plaza. «¿Tal vez buscar una casa con cúpula en San Telmo? Absurdo. Debe haber ochocientas mil, más o menos...». Lo irónico era que yo había vivido toda mi vida en San Telmo, y tal vez la casa de Elena estaba por ahí nomás y no lo sabía. Claro que en ese momento no tenía la menor idea de lo que



podría haber hecho en el caso de que alguien me hubiera dicho con exactitud cuál era la casa. Tampoco me planteaba si después de cuarenta y pico de años era posible averiguar algo. Es que no se me ocurría pensar en las dificultades. Lo único que quería era encontrar la casa. Después vería qué hacer.

Entonces le mandé el segundo fax a Alicia Gutiérrez, pidiéndole que me contara cualquier cosa que recordara de la casa; por ejemplo, si tenía balcones, o quizá una cúpula... Esta vez tardó dos semanas en responder, pero la espera valió la pena.

La respuesta llegó por correo, un sábado a la mañana; me agarró desprevenida porque esperaba un fax. Y el que recibió la carta de manos del portero fue Javier. Menos mal que se me ocurrió algo para salir del paso, porque si no todavía lo tendría dando vueltas a mi alrededor tratando de averiguar quién y por qué me escribía. Le dije que Alicia era amiga por carta de una de mis

compañeras del colegio y que quería cartearse con otras chicas argentinas, así que yo me había enganchado. Me dijo que mis compañeras y yo éramos de otro planeta y que la gente solo escribe cartas en las novelas; le dije que tenía razón y me fui volando a mi cuarto a leer la carta.



*Querida Inés:*

*Discúlpame la tardanza en contestar, pero estuve pensando mucho después de recibir tu fax, en el que me preguntabas si recordaba la casa. Es extraño, pero si no me hubieras preguntado por la cúpula, tal vez no habría recordado nada. Pasó mucho tiempo. Sin embargo, a veces basta una palabra, un olor, un sonido, no*

sé, algo aparentemente insignificante que de golpe nos pone un pedazo del pasado delante de los ojos. Eso me pasó cuando me preguntaste si la casa tenía una cúpula. Qué extraño. Bueno, te cuento. Ese día, como ya te he dicho, se remataba todo lo de la casa. Yo estaba muy interesada y muy ansiosa porque era la primera compra que haría sola, ya que siempre las había hecho mi madre. Era tanta mi ansiedad, que llegué dos horas antes. Imagínate, yo estaba sola, en un lugar desconocido para mí, ya que lo único que conocía de Buenos Aires era el centro (viví siempre en San Isidro y ese era mi mundo). Bueno, ¿qué podía hacer en esas dos horas? Lo primero que pensé fue buscar un bar. Miré para un lado y para otro, y no vi ninguno. Yo no quería alejarme demasiado porque tenía miedo de desorientarme y no saber volver o llegar tarde. Nunca fui buena para orientarme. Esto te lo digo para que entiendas lo que sigue. Ahí estaba yo, con dos horas para llenar de alguna manera, sin ningún bar

a la vista y sin querer alejarme. Te aseguro que no tengo la menor idea del nombre de la calle donde estaba la casa. Sé que ocupaba toda una esquina, que era muy grande y tenía una cúpula o, mejor dicho, lo que yo pensé que era una cúpula; ahora te explico. Caminé una o dos cuadras, hacia lo que parecía un parque. Recuerdo que cuando pensaba dónde ir, miré en una dirección y vi muchas plantas, árboles y un portón de reja. Todo estaba al fondo de una de las calles. Caminé hacia allí y, al llegar, leí en una placa que estaba en la pared el nombre de un museo (no recuerdo qué museo). Bueno, ya tenía dónde pasar el tiempo. Entonces me di vuelta para ver la casa. Ya te dije, parecerá tonto, pero quería ubicarme bien, quería estar segura de que la casa estaba ahí nomás y al alcance de mis ojos. Y fue en ese momento, al mirarla antes de entrar al museo, cuando le presté atención a la cúpula. Tenía delante de mí otra perspectiva de la casa. La veía toda entera, con su cúpula incompleta: le

faltaba el techo. Te juro que me llamó la atención. Como te darás cuenta, hablando con precisión, no se trataba de una cúpula. En realidad era una habitación redonda, como una torre, en la parte superior de la casa, sin el techo abovedado, que es lo que hace a la cúpula. Bueno, aunque no lo fuera, yo pensé que era una cúpula sin techo, y esto importa, porque fue esa la palabrita mágica que me hizo recordar todo. Sigo. Me quedé mirando la casa; tenía algo raro, entre melancólico y misterioso, con esa habitación redonda cortada al ras... Me dio un poco de vergüenza quedarme ahí parada, mirando hacia la calle; yo era un poco tímida por entonces. Bueno, entré al museo. No recuerdo su nombre, ya te dije. Sé que había muchas cosas de San Martín; me acuerdo, por ejemplo, de una réplica de su habitación de Boulogne-sur-Mer. También recuerdo grandes cuadros de batallas, trajes de la época colonial... Sé que el museo estaba en un parque que no me animé a recorrer porque

tenía miedo de perderme y llegar tarde al remate. Al salir del museo, lo primero que vi fue la casa de la cúpula. Estaba ahí, derecho, a una o dos cuadras de la puerta del museo. Creeme, era imposible perderse; y tené en cuenta que soy un desastre para orientarme.

Bueno, Inés, aquí terminan mis recuerdos. Por lo menos, los más precisos. Ya te hablé de la mujer elegante que hablaba con el rematador y que supe que era la dueña. También recuerdo una escalera de madera muy imponente, muy aristocrática, y nada más. Compré el vestido, algunas porcelanas y unos cubiertos de plata; creo que eso fue todo. El vestido lo compré porque me hizo acordar a los que yo usaba cuando era chica. Aquí termino, espero que te sirva de algo.

Mucha suerte con tu monografía.

Con un saludo cordial,

Alicia S. Gutiérrez

De no creer. Era más fácil de lo que había pensado. El museo no podía ser otro que el del Parque Lezama, o sea, el Museo Histórico Nacional. Lo conozco. Allí está la réplica de la habitación de San Martín en Boulogne-sur-Mer, tal como recordaba Alicia. Salí volando, por supuesto; aunque, como siempre, me apuré un poco. No era el mejor momento para salir de casa. Los sábados a la mañana estamos todos, cada uno con su tarea correspondiente. No tenemos a nadie que nos ayude, salvo una vez cada quince días, ocasión en que aparece la siempre bien esperada Teresita, quien después de seis horas de limpieza profunda deja la casa tan reluciente que da gusto verla. Lástima que tanta higiene dure tan poco. En fin, como Teresita no viene muy seguido, debemos repartirnos las tareas domésticas entre los cinco. Un poco cada uno, más unos que otros y, por uno de esos misterios de la vida, yo más que todos. Qué se le va a hacer. Ese sábado, a mí me tocaba limpiar el baño y a Juanjo ir al

mercado. Podría haber esperado tranquilamente hasta la tarde y salir sin tener que dar explicaciones a nadie; pero no aguanté y le cambié a Juanjo el baño por el mercado. Él aceptó, pero con una condición: que el lunes cocinara yo en su lugar, ya que consideraba que la limpieza del baño era más trabajosa que ir al mercado. Acepté, a pesar de que el martes tendría que cocinar otra vez, porque ese día me tocaba a mí. «De nuevo el salame del sándüiche», pensé, pero no me importó. Agarré la bolsa de los mandados y volé.

El mercado queda a dos cuadras de casa, y el Parque Lezama, a seis. Caminé hasta Defensa, que es la calle del museo, y por ahí seguí hasta el cruce con Caseros, que es donde está el portón de reja del que hablaba Alicia. Más que caminar, corrí; cuando llegué a la puerta subí un escalón, mirando hacia el museo, después me di vuelta de golpe y miré hacia Caseros, dando la espalda a la puerta del museo. Ahí estaba, a una cuadra. ¿Cómo no

verla? Una cuadra más allá, en una esquina. Una cúpula cortada al ras. Una torre. Una cúpula sin techo o como se llame. Una habitación redonda en la parte superior de la casa, sin cúpula. No sé. Pero ahí estaba. Una casa vieja, como casi todas las del barrio, en la esquina de Caseros y Bolívar, a unas siete u ocho cuabras de mi propia casa. Así la había visto Alicia y así la veía yo. Me quedé unos minutos parada, tratando de imaginar a Elena trepada a una de las ventanas. ¿Cómo habría hecho? No se veían balcones ni salientes. Seguramente, la terracita de la que Elena hablaba en su carta estaría en la parte de atrás. Llegué a la esquina de Bolívar y me paré en la vereda de enfrente, en diagonal a la casa. No podía dejar de pensar en Elena, trepada a la torre, espiando por una de las ventanas. De solo pensarlo, me daba vértigo. La casa era de tres pisos más la torre. Pisos altos, desde luego, porque era una casa muy antigua. Y también deteriorada. Parecía abandonada. Al lado de la puerta se veía un

cartel. Crucé para leerlo. «Danza jazz, flamenco, gimnasia modeladora». Pensé que si se me ocurría investigar en la casa, podría anotarme en las clases de baile. Pero la idea no me convencía demasiado. Lo que yo tenía que averiguar no estaba adentro. Yo necesitaba que alguien me contara qué había pasado con la gente que vivió allí a fines de la década del cincuenta. Y en la casa no quedaba nadie de esa época; la habían vendido, habían rematado sus muebles, todo. No había nada que buscar en ella. ¿Y afuera? ¿Por dónde empezar? ¿A quién preguntar? Tal vez a algún vecino viejo que recordara algo de aquellos tiempos. ¿Quién? ¿Y cómo encontrarlo? La gente se muda; se muere. ¿Qué hacer? Volví a cruzar y me fui caminando por Bolívar, pensando que lo mejor iba a ser cortar por un rato el rollo que tenía en la cabeza, ir al mercado y volver pronto a casa, porque mamá estaba esperando el pescado para hacer la comida. Caminé una cuadra y al llegar a Brasil me di vuelta de golpe. Ahí estaba otra vez



la torre con Elena colgada de una de las ventanas. Doblé por Brasil hacia Defensa. Quería evitar la tentación de darme vuelta otra vez. Me concentré en el mercado, el pescado, las verduras, la fruta, mamá, el almuerzo, Juanjo, que seguramente ya habría terminado de limpiar el baño y estaría libre de tareas domésticas hasta el almuerzo del jueves... y en mí, pensé en mí, que ni siquiera había pisado el mercado y ya faltaba poco para el mediodía, y tendría que hacer la cola para comprar el pescado, y otra más para la verdura y la fruta... Y también cocinar el lunes y también el martes... Y como tantas otras veces, volví a sentirme el salame del sángrüiche.

Si hay una materia que odio, es Matemática. Tuve que dar examen en diciembre. Para colmo, en casa ni siquiera me dieron la oportunidad de prepararme con un profesor particular.

—El profesor lo tenés en casa —me dijo mamá—. Juanjo sabe mucho. ¿Para qué vamos a pagar clases particulares?

—Juanjo no tiene paciencia —protesté.

—Vos tampoco —dijo mamá—. Pero eso se soluciona con un poco de buena voluntad de parte de cada uno. Y no se hable más del asunto.

Y no se habló más del asunto. Es que ante argumento tan razonable, no quedaba nada por decir. Además, el año anterior había pasado exactamente lo mismo. La cosa fue más o menos así: Juanjo me explicaba, yo no entendía, él se enojaba y me gritaba, yo me enojaba y le

gritaba, nos peleábamos, estábamos el resto del día sin hablarnos, llegaba mamá y Juanjo le hablaba mal de mí, yo me defendía hablando mal de él, mamá me retaba, yo me enojaba con ella... y así durante diez días. Por suerte, zafé con un seis y se terminó la tortura.

Pero esta vez fue diferente. Diferente y peor. No solo tuve que soportar al sabihondo de mi hermano mayor, sino también al genio de mi hermano menor. Javier es decididamente insoportable. Tiene un año menos que yo y sabe más. Sabe tanto como Juanjo. La verdad, y no pienso reconocerlo delante de él, es que Javier es brillante en Matemática. El problema consiste en que le gusta molestarme. Y cómo. En fin, esta vez tuve que aguantar a los dos. Empezaba Juanjo a explicarme, yo no entendía, él se enojaba, nos peleábamos, venía Javier, me explicaba gritando, yo no entendía y gritaba, él se enojaba, yo me enojaba, nos peleábamos, llegaba mamá, los dos le iban con las quejas, mamá me retaba y...

finalmente volví a zafar con seis. Listo. Se terminó.

Bueno, es de imaginar que, con todo esto, mucho tiempo para ocuparme de la investigación no tuve.

Noviembre se me fue volando. A los profesores siempre se les ocurre tomar todas las pruebas juntas. Y con la cuestión de Matemática, voló también parte de diciembre. Pero una vez que me saqué la maldita materia de encima, quedé con tiempo disponible para ocuparme del asunto.

Ya sabía cuál era la casa de Elena. Pero ¿quién iba a decirme qué había pasado allí en el cincuenta y ocho? Pensé, y creo que cualquiera en mi lugar hubiera pensado lo mismo, que lo único que podía hacerse era preguntar a los vecinos. Y allá fui, un lunes por la mañana; eso sí, tuve que cambiar de verso. Las clases ya habían terminado y no podía seguir con el cuento de la monografía.

—Buenos días, señor —saludé al hombre que baldeaba la vereda del restaurant situado exactamente

enfrente de la casa de Elena.

—Buen día... —me contestó, dejando quieta la escoba justo a tiempo para no salpicarme.

—Colaboro en una revista y estoy haciendo una investigación sobre el barrio, es decir, sobre cómo era el barrio antes, hace más o menos cuarenta años, un poco más —el hombre me miraba con ganas de seguir baldeando— en la década del cincuenta... Eso. Estamos tratando de reconstruir esa época, barrio por barrio...

—¿Y yo qué puedo hacer? —preguntó él, empezando a barrer otra vez.

—Bueno, a lo mejor usted recuerda algo —dije y me corrí para que no me salpicara.

—No, yo no —afirmó, dejando otra vez quieta la escoba—. Hace cuarenta años yo era muy chico y además no vivía en este barrio.

—¿Y no conoce a nadie que me pueda dar una mano?

—A ver... —se quedó pensativo, usando la escoba

como punto de apoyo—. Allá enfrente vive una señora muy viejita. A lo mejor te puede ayudar. Que yo sepa, vivió siempre ahí.

Fui, por supuesto. La señora vivía arriba del mercado de la esquina que hace diagonal con la casa de Elena. Era la dueña de toda la esquina y le alquilaba el local a un vecino. Todo esto me lo contó el hombre del restaurant.

Bueno, hice exactamente lo mismo que había hecho antes: entré, saludé a la única persona que se encontraba a la vista, me presenté como colaboradora de una revista interesada en el pasado de los barrios de Buenos Aires y le pregunté por la señora que vivía arriba, aclarando que me enviaba el señor del restaurant de enfrente.

—La señora es muy viejita —me dijo el hombre, mientras colgaba una ristra de chorizos en un gancho, sobre el mostrador—, no sé si podrá atenderte.

—Por favor, son algunas preguntas, nada más. Como

se imaginará, todas las personas que me pueden dar alguna información son... de edad avanzada —y ni bien dije estas últimas palabras, me sentí tonta por no haberme animado a decir «viejas».

—Está bien —dijo el hombre, no de muy buena gana—. Esperá un momento —y caminando unos pasos hacia el fondo, gritó—: ¡Ameelaaaa...! ¡Decile a doña Anita que la buscan!

Amelia apareció enseguida, como si hubiera estado esperando que la llamaran.

—¿Quién la busca? —preguntó mirándome a mí, con cara de desconfianza.

Largué el verso de un tirón, sonreí y me quedé aguardando una respuesta. Todo lo que conseguí fue una especie de bufido y un gesto de impaciencia. La mujer se fue y yo me quedé esperando. No sé qué, pero me quedé esperando. El hombre ni me miraba; envolvía huevos en papel de diario, sobre el mostrador. En un rincón dormía

un gato negro. Un ventilador de techo daba unas vueltas lentas y monótonas, dejando oír una especie de ronroneo sordo y lento también. Amelia volvió, tan desconfiada e impaciente como antes.

—Doña Anita va a bajar, dice que la esperes.

Me senté en un banco, al lado de un cajón de cebollas, dispuesta a esperar todo el tiempo que doña Anita quisiera. Y por suerte no fue mucho.

—¿Quién me busca? —escuché una voz a mis espaldas. La voz era suave, débil, quebradiza.

Ahí estaba doña Anita, como una rama larga, seca y fina a punto de partirse; el pelo blanco y hablando casi como si rezara. La saludé y le cedí el banco.

—Así que la historia del barrio... Qué bien —murmuró apenas.

Hablé, hablé y hablé. Por un momento, me pareció que la estaba aturdiendo. Se veía tan frágil... Pensé que podía caerse del banco, empujada por el viento de mis

palabras. Yo sabía muy bien lo que tenía que decir, había ensayado bastante. Pero también fui agregando cosas que me iban saliendo en el momento. Le dije que ya había averiguado cómo era el Parque Lezama hace cincuenta años, cuando había peces de colores en las fuentes y rosales en los canteros. Hice hincapié en el interés que tenía por las casas, tan antiguas, con tanta personalidad. ¿No conocería ella, por casualidad, la historia de alguna de las casas de la cuadra? ¿Por qué no cerraba los ojos y viajaba en el tiempo unos cuarenta o cincuenta años atrás...? Doña Anita sonreía, cansada, y a medida que yo hablaba los ojos se le iban lejos, lejos. Doña Anita recordaba, claro. El hombre seguía envolviendo huevos en el mostrador. Amelia cortaba fiambre y cada tanto me echaba una mirada entre curiosa y desconfiada. Doña Anita cerró los ojos. Yo dejé de hablar y tomé aire; un suspiro largo. Solo se oía el zumbido tenue de la cortadora de fiambre, el crujir del papel de diario al plegarse

sobre los huevos y el ronroneo del ventilador.

—Hay una historia muy triste... —rezó doña Anita—. No sé si te servirá.

—Sí, me sirve —me apuré a contestar, mientras le acercaba el grabador—. Me sirve todo. Cuénteme, por favor.

Otra pausa. Doña Anita volvió a cerrar los ojos, los abrió, levantó un brazo esquelético y tembloroso y señaló la esquina de enfrente. La casa de enfrente, en diagonal. Volví a suspirar largo, largo, esta vez de ansiedad.

—Esa casa, fue en esa casa. Hace más de cuarenta años ya. Qué tragedia, pobre Elenita... Tan linda, tan joven... Tendría más o menos tu edad —dijo, apartando los ojos de la casa para fijarlos en mí—. Se mató, ¿sabés? Estaba muy mal, pobrecita, mal de la cabeza... Sufrió mucho en la vida... Primero perdió a la madre, cuando era muy chica. Después, el padre se volvió a casar con una mujer muy linda, más joven que él. Pero Elenita



nunca la quiso. Y después... después el padre se enfermó... se puso muy mal. Elenita lo cuidaba noche y día, nunca se separaba de su lado. Imagínate, era lo único que le quedaba. No tenía hermanos. Era ella solita. Tenía miedo de perderlo, pobre chica... Pero don Emilio se puso cada vez peor. Y al final se murió. Elenita no lo soportó. Estuvo días enteros encerrada en su habitación sin hablar con nadie. No quería comer...

Hasta que... bueno, parece que se volvió loca, pobre ángel... Eso es lo que dijeron, y tiene que haber sido así, porque para hacer lo que hizo... ¡Criatura de Dios! ¡Subió a la torre y se tiró! En el barrio no lo podíamos creer...

A esta altura del relato, doña Anita tenía otra vez los ojos fijos en la esquina de enfrente.

—Se tiró de la torre... —repetí, mirando yo también hacia la esquina—. ¿Y después qué pasó?

—La viuda se quedó un tiempo más en la casa con el hermano, que le hacía compañía. Era una buena mujer...

—Y antes de que Elena y el padre murieran, ¿el hermano ya vivía con ellos?

—Estaba siempre, pero no sé si vivía en la casa...

—Hábleme de Elena. ¿Qué recuerda de ella? ¿Cómo era?

—Era una chica linda, pero muy triste. No salía casi nunca. Don Emilio era un hombre muy difícil. Quería tener a todos bajo su dominio. Muy buena persona, muy recto, pero demasiado severo. Su primera esposa, la mamá de Elena, charlaba conmigo de vez en cuando, acá en el negocio. En esa época teníamos un almacén con mi marido. Lo atendíamos los dos. Y cuando ella venía a comprar (pocas veces, porque casi siempre venía la mu-cama) charlaba un ratito conmigo. Entonces me contaba algunas cosas. Se quejaba de que a don Emilio no le gustaba salir. Se iban todo el verano de vacaciones, pero el resto del año se lo pasaban metidos en la casa...

—¿Y Elena también venía a comprar al almacén?

—Cuando era chiquita venía con la mamá y se quedaba a jugar con mi hija. Las dos tenían la misma edad. Pero después, cuando la pobre señora murió, Elenita no vino más. Don Emilio no la dejaba. Kilos siempre fueron muy ricos. Elena iba a un colegio carísimo. No, don Emilio no la dejaba...

—¿Y su hija se acuerda de Elena?

—No sé. Se acordará, tal vez... —dijo, mirándome con unos ojos tan tristes que pensé que se iba a poner a llorar. Yo me pregunté si no habría metido la pata al preguntarle por la hija, pero ella siguió hablando—. Mi hija vive en Francia. Viene una vez por año...

—¿Me puede decir algo más de la familia de Elena? —pregunté, tratando de rescatarla del recuerdo de la hija.

—No... No... Pasó tanto tiempo...

—¿La casa la vendieron?

—Sí, pero después de muchos años. Estuvo vacía un tiempo largo... Cuando se cayó la cúpula, vino el

hermano... Pero a la viuda no la vi...

—¿Cuando se cayó la cúpula...? —repetí, intrigadísima.

—Sí. Esa torre que ves ahora —me dijo, levantándose del banco y caminando hacia la puerta—, antes tenía una cúpula. Era hermosa. ¡Qué casa! ¡Qué lujo...! Bueno, como te decía —siguió doña Anita, más animada—, una noche hubo una tormenta terrible. No sé muy bien cuándo fue, pero sé que ya no vivía nadie en la casa. Y a la mañana, cuando nos levantamos, la cúpula ya no estaba. Se había roto toda. Creo que cayó un rayo. Seguramente estaba en muy malas condiciones; después de la muerte de don Emilio, nunca hicieron arreglos... La cuestión es que desde ese día la torre quedó sin cúpula; así como la ves ahora. Parece que alguien le avisó a la viuda, porque unos días después apareció el hermano. Vino con unos albañiles que arreglaron el techo de la torre y ahí terminó todo.

Y, al parecer, ahí terminaban también los recuerdos de doña Anita, porque dio media vuelta y le pidió a Amelia que la acompañara arriba. Después, sonriendo dulcemente, me dijo:

—Espero que cuando se publique la nota me traigas la revista.

—Sí, por supuesto. Vamos a tener que esperar un poquito, porque la revista es nueva. Esta nota es para el primer número. A lo mejor, dentro de dos o tres meses... —inventé, mientras trataba de pensar en cómo conseguir que me dijera algo más.

—Bueno, bueno. Me voy porque estoy cansada. Discúlpame. Igual, más no puedo decirte... Mi memoria no anda del todo bien... Lástima que no viniste la semana pasada. A lo mejor te encontrabas con Amparito. Ella sí que sabe muchas cosas...

—¿Amparito...?

—Sí, la mucama de la casa. Vivió muchos años con

la familia de Elenita...

—¿Y viene a visitarla? —pregunté, decidida a revolver cielo y tierra con tal de encontrar a Amparito.

—Sí, cada tanto. Es muy buena persona. Tan atenta...

—¿Vive por acá?

—Sí, bastante cerca. En el Rawson.

—¿En el hospital?

—Sí. Ahí hay un asilo de ancianos, un hogar... Amparito trabaja y vive ahí. Le dieron una habitación para ella sola. Está contenta, la pobre. Imagínate si tuviera que pagar un alquiler... ¿adónde iría? Es jubilada...

—La voy a ir a visitar —y juré que lo haría—. ¿Qué apellido tiene?

—No me acuerdo... Pero no importa. Allá la conocen todos. Vos preguntá por Amparo. Mejor, por Amparito. No creo que haya otra...

Amparito. Amparito tenía que ser la llave del misterio. Eso creía yo, al menos. Una mujer que había vivido en la misma casa que Elena tenía que saber muchas cosas. Salí del mercadito haciendo planes y sacando conclusiones. En un primer momento había pensado en ir directamente hacia el Rawson. Pero después decidí que no, que era mejor no apresurarse y preparar una lista con todas las preguntas que debía hacerle a Amparito. Volví a casa y ahí nomás me acordé de que me tocaba cocinar a mí. Perfecto. No hubo ningún problema. Tenía tiempo de sobra para preparar la salsa de tomates, hervir los fideos y rallar el queso, según dictaba el menú del día. Por suerte, Juanjo y Javier no estaban; eso quería decir que mientras cocinaba podía pensar sin estorbos, sin ruidos, sin nadie que entrara y saliera de la cocina cada cinco minutos para abrir la heladera o la lata de las galletitas.

Pensar. Yo quería pensar. Lo que había dicho doña Anita no dejaba mucho lugar para dudas: a Elena la habían matado. Después de leer la carta, nadie podría pensar en un suicidio. Ella había sido muy clara: «... si papá muere, la siguiente seré yo». Y pasó todo tal cual: murió el padre, murió ella. Conclusión: la mataron. ¿Quién? ¿Quiénes? La esposa del padre y el hermano; los que hablaban del veneno cuando Elena subió a la torre. Primero matan al padre y hacen pasar por loca a la hija; después, un empujoncito y Elena cae de la torre. Y ellos dos, ricos. Así de simple. Ya estaba todo resuelto: víctimas, asesinos, móvil del crimen y la carta para probarlo. Claro que, ¿probarlo ante quién? Y después de tantos años, ¿para qué? Además, aunque yo estuviera muy segura de cómo habían sido las cosas, no creía para nada que la carta pudiera ser la prueba que demostrara la culpabilidad de la viuda y del hermano. Alguien podría decir, y tal vez con razón, que Elena había escrito la carta estando muy

trastornada y que tenía delirio de persecución o algo semejante. Y además —y sobre todo—, ¿a quién podría interesarle descubrir la verdad de algo que pasó hace tanto tiempo? Y aunque era obvio que a mí sí me interesaba, ¿quién era yo para meterme donde nadie me había llamado? Lo único que se me ocurrió fue dejar las preguntas a un lado y empezar a pensar en lo que le iba a decir a Amparito.

Las posibilidades no eran muchas. Lo único que podía hacer era seguir con el invento de la nota para la revista. Ni el hombre del restaurant, ni el del mercadito, ni la propia doña Anita, ni siquiera Amelia, habían desconfiado de mi condición de periodista. Y si lo hicieron, por lo menos no me dijeron nada. Además, si alguien desconfiara por verme demasiado joven, le podría decir que todavía no me recibí y que trabajo en una revista de barrio, de esas que se hacen con el esfuerzo de un grupo de vecinos. Eso era algo posible, ¿por qué no me lo iban

a creer?

Después de comer, y mientras Juanjo lavaba los platos y Javier esperaba para secarlos, me fui a mi habitación y escribí una larga lista de preguntas para Amparito. Puse de todo. No quería olvidarme de nada. Primero, me presentaría y hablaría de la revista. Después, mencionaría la casa de Bolívar y Caseros y la historia que me había contado doña Anita. A continuación, le acercaría el micrófono y la dejaría que empezara a hablar. Si veía que no contaba demasiado, la iría guiando con las preguntas de mi lista. Fácil. Pero como no sabía adónde me iba a llevar lo que Amparito pudiera contarme, no quise adelantarme a sacar conclusiones. Por supuesto que esperaba encontrar a Malú por su intermedio, aunque también sabía que era muy difícil. Malú podía haberse mudado o haber muerto o qué sé yo. Hasta ahora, todo me había salido más que bien. Desde el principio. Desde que recibí la primera contestación de Alicia

Gutiérrez; y con la segunda carta, ni hablar. Después, doña Anita... Y ahora, Amparito. Más no podía pedir.

Ya había terminado la lista de las preguntas y estaba tratando de imaginarme cómo sería Amparito, cuando Juanjo golpeó la puerta de mi habitación para avisarme que empezaba mi telenovelón de las cuatro. No lo podía creer. Me había pasado dos horas encerrada, sin tener la menor noción del tiempo. Decidí no darle más vueltas al asunto hasta el día siguiente.

El Hospital Rawson me resultaba más o menos familiar. Cuando estaba en la primaria tuve que ir varias veces por la libreta sanitaria. Me acuerdo de que íbamos todos los chicos del grado con las madres. Yo, particularmente, tuve que ir más que mis compañeros gracias a mi mala pronunciación de la erre. Mamá me llevó unas cuantas veces al consultorio de la foniatra, hasta que por fin me firmaron la libreta. A mí me gustaba ir. Me atraía ese hospital tan viejo, con paredes de azulejos blancos y escaleras de madera crujiente. Me parecía misterioso. Y también me gustaba que tuviera árboles y techos a dos aguas.

Llegué temprano. Entré por el gran portón de la esquina y fui derecho hacia el edificio donde me llevaba mamá por la libreta. Ni bien vi a una señora con guardapolvo celeste, le pregunté por Amparito.



—Tenés que buscarla en los pabellones del asilo —me dijo—. Es para aquel lado —y señaló un sector de edificios a la derecha del portón de entrada.

Fui hacia allá. El lugar es inmenso. Caminé por una vereda larga, limitada por una franja de tierra con árboles y un paredón, por encima del cual se veían las copas de los árboles de la calle y de la Plaza España. Todo esto, a mi derecha. A mi izquierda se alineaban los pabellones del asilo; una monótona continuidad de paredes descascaradas, ventanas oscuras y puertas vacías, interrumpida cada tanto por uno que otro viejo sentado en un banco de madera.

Los árboles me gustaron. Me encantan los árboles. Había muchas tipas; enormes y frondosas tipas en la franja de tierra pegada al paredón, en la vereda y en la plaza. Pero los viejos me daban pena y miedo. Sentados en el banco, algunos con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados, otros con la mirada perdida; todos

como esperando algo. Esperando. ¿Qué podían esperar esos viejos? Por supuesto que sabía la respuesta, y precisamente eso era lo que me daba miedo. Miré para otro lado, como hacen muchos cuando no quieren ver algo que duele. Entonces la vi. Era ella; no sé bien por qué, pero lo supe enseguida. Era Amparito. Ahí estaba, de rodillas, trabajando la tierra, plantando algo. Tenía un delantal verde y un pañuelo floreado en la cabeza, que le ocultaba todo el pelo.

—¿Usted es Amparito? —le pregunté.

—Sí, ¿y vos quién sos? —me preguntó a su vez, mirándome como si yo fuera una extraterrestre.

—Me llamo Inés —empecé, dispuesta a largar de un tirón todo el verso del reportaje para la revista, pero no me dejó.

—Inés. Qué lindo nombre. Cuando yo era chica tuve una amiga que se llamaba Inés. Justo ayer estuve pensando en ella... —de golpe se interrumpió y se quedó

mirándome, sorprendida—. ¿Te conozco? —preguntó.

Bueno, me dio pie y hablé. Le conté lo del reportaje, le dije que ya había entrevistado a doña Anita, que precisamente ella me había mandado al Rawson, y si sería tan amable de contarme la historia completa de la casa de la cúpula, que era por demás interesante, etcétera. Amparito me escuchó sin interrumpirme ni una sola vez, me miraba con los ojos bien abiertos y sin levantarse del suelo. Ni bien terminé mi discurso, hubo unos segundos de silencio que seguramente necesitó para terminar de redondear una idea, algo que se le fue ocurriendo mientras me escuchaba.

—Una revista... —murmuró, con la mirada perdida—. Justo lo que ando necesitando. Yo te voy a contar algo más interesante que esas historias antiguas —me dijo, ahora mirándome de frente—. Te voy a hablar de los viejos, nena, de los jubilados. De los que están acá y de los que están afuera. De los que trabajaron toda la

vida y ahora no tienen dónde caerse muertos. Ellos son más importantes que las historias del pasado. Y vos vas a hacerme el favor de poner todo en la revista. Para que la gente sepa. Para que sepan lo que pasa ahora. Te voy a contar de la olla popular que estamos organizando para Navidad con un grupo grande de jubilados. Te voy a invitar y además podés traer a algún fotógrafo de la revista. ¿Qué te parece?

Me preguntó qué me parecía y ahí mismo me quise morir. De vergüenza, me quise morir. Y como me quedé callada, Amparito siguió hablando. Me contó que iba a las marchas de protesta de los jubilados, a las manifestaciones por los derechos humanos y por cualquier reclamo que le pareciera digno y justo. En fin, Amparito resultó ser toda una activista social, una luchadora solidaria que me pedía la pequeña colaboración de una nota denunciando el dolor de la gente —de los viejos— para hacer que otra gente tomara conciencia. ¿Y yo qué podía

hacer, aparte de sentirme como una cucaracha? ¿Seguir mintiendo? ¿Decir que sí, que haría la nota, pero que primero me contara la historia de Elena? No, no podía. Seguí mirándola, sin hablar. Pero ahora ella tampoco hablaba, solo me miraba, como dándome tiempo a que le diera una respuesta.

—Bueno... —empecé— me gustaría hacer lo que me pide, pero... no puedo.

—¿No hacen ese tipo de notas en tu revista?

—No, no es eso. Lo que pasa es que...

Y ahí me paré otra vez. Quería decirle la verdad y no sabía cómo. Me daba mucha vergüenza. Ella iba de frente y yo con mentiras estúpidas. Además, tenía la sensación de que me estaba estudiando. De golpe, me preguntó:

—¿Y por qué te interesa la casa de Bolívar y Caseros?

—Porque tengo una carta de Elena —dije, mirándola a los ojos y bastante sorprendida conmigo misma por

haberlo dicho así, tan directamente.

—¿Qué...?

—Una carta de Elena... —repetí como una tonta.

Amparito se quedó callada unos segundos, sin dejar de mirarme; después se levantó, se sacudió la tierra de las manos y de las rodillas, y me indicó un banco largo, invitándome a que nos sentáramos.

—Contame —me dijo.

Y conté. Conté todo. Desde el principio. Desde que se me ocurrió la idea de comprarme un vestido para ir a la fiesta de Ayelén. Amparito me escuchó sin interrumpirme. Me dejó contar todo de un tirón. Me escuchaba entrecerrando los ojos, como si, además de estar ahí, también estuviera en la casa de Caseros y Bolívar, hace más de cuarenta años. Por momentos me parecía que no me escuchaba; entonces yo me callaba apenas un instante, y ella, sin decir nada, abría grandes los ojos y me miraba sorprendida. Entonces yo seguía, segura ya de

que Amparito no se perdía una sola de mis palabras. No sé cuánto tiempo hablé, pero cuando terminé me dijo:

Quiero ver la carta y el vestido.

—Sí —le dije, un poco molesta porque lo sentí Kimo una exigencia—. Esta misma tarde se los traigo.

—Por favor —me dijo, muy seria—, no me trates de usted. Me hacés sentir como una vieja.

No sé si fue por nervios o por qué, pero casi me río. Para mí, Amparito *era* una vieja. Y con esto no quiero ser despectiva, pero yo la veía como veo a mi abuela o a las abuelas de mis amigos. Está bien que... todavía no la conocía.

—Tuteame —ordenó—. Y ahora te aclaro que necesito ver la carta y el vestido, no porque no te crea, sino porque me resulta indispensable verlos para volver un poco en el tiempo y, tal vez así, recordar más cosas que las que recuerdo en este momento, ¿me entendés?

Sí, cómo no iba a entender. Le volví a repetir que a la

tarde le llevaría todo. También le pedí disculpas por la mentira de la revista y le dije que no se me había ocurrido otra manera de presentarme. Me dijo que no me preocupara, que lo entendía, y me prometió que cuando le trajera el vestido y la carta me iba a contar todo lo que recordara. Es más, me dijo que cuando me fuera se iba a poner a pensar en Elena, el padre y la casa, a la luz de lo que yo le había contado, y que en una de esas podrían reflotar en su memoria algunas cosas que daba por perdidas. Quedamos en vernos ahí mismo, a las cinco y media.

En casa no pensaba contar ni una sola palabra. ¿Para qué? Ya me imaginaba lo que podrían llegar a decirme: que estaba loca, que me ocupara de algo útil, lo de siempre. Así que esa tarde, antes de irme con la carta y el vestido, le dejé una nota a mamá diciéndole que había salido con una amiga y que volvería en un par de horas.

Cuando llegué al Rawson, Amparito ya me estaba

esperando. Tomaba mate debajo de un tilo, cómodamente sentada en una reposera plegable. El tilo estaba colmado de flores y su perfume espesaba el aire. Amparito tenía puesto un guardapolvo verde, como a la mañana, pero se notaba que no era el mismo porque estaba impecable, sin manchas de tierra. Me causó un poco de gracia el peinado; antes la había visto con el pañuelo, que le tapaba todo el pelo; en cambio, ahora podía apreciar su melenita con flequillo, a lo Cristóbal Colón, pelirroja y «más indicada para una nena que para una vieja», pensé en ese momento, pero nada más que en ese momento: ahora no me la podría imaginar con otro peinado; creo que ese es el más apropiado para ella.

—No te ofrezco porque está lavado —fue lo primero que me dijo, señalando el mate—. Además, todavía no nos conocemos y el mate es algo de confianza.

Le di la razón. Y me gustó la forma directa en que lo dijo. Yo pienso lo mismo; el mate se toma con la familia

o con amigos, y nosotras recién nos conocíamos.

—Vení, sentate —me dijo, indicándome otra reposera, que estaba plegada y apoyada contra el árbol—. No te creas que son del hospital, ¿eh? Son mías. Me compré dos porque siempre viene alguna amiga a tomar mate conmigo. Me gusta ponerlas debajo del tilo. Da mucha sombra y en primavera su perfume me trae lindos recuerdos.

Le dije que los tilos me gustaban, que en realidad me gustaban todos los árboles. Le hablé de los paraísos de mi vereda y me escuchó con atención. Me lamenté de que sus flores duraran tan poco y de tener que esperar un año entero para sentir otra vez su perfume. Amparito me escuchaba y sonreía, pero no con la boca solamente, sino con los hoyitos de las mejillas y con los ojos, me sonreía con los ojos todo el tiempo. Y ahí me di cuenta del color. Los ojos de Amparito son color miel, una miel brillante con puntitos de luz.

—Estuve pensando desde que te fuiste, ¿sabés?  
—me dijo, poniéndose seria de golpe—. Mostrame el vestido primero, y después, la carta.

Yo había dejado la bolsa apoyada contra el tilo y ya casi me había olvidado de que era ese el motivo de mi visita. Casi podría decir que me sobresalté; me di vuelta rápido, agarré la bolsa y saqué el vestido. Lo extendí sobre mi falda. Los ojos de miel se humedecieron un poco. Los puntitos de luz se hicieron más intensos.

—Es increíble... —dijo, tocando apenas el vestido con la yema de los dedos—. Lo recuerdo perfectamente. Tal como te dije a la mañana, muchas cosas las recordé pensando, pero otras, y cuántas, me están llegando en este momento. Este vestido, Elenita se lo hizo hacer para un cumpleaños. Creo que lo usó esa vez y nunca más. No estoy segura. Pero me lo dio para que se lo llevara a la modista, a Malú; quería hacerle algún arreglo, no sé qué. Fue el día que murió el padre. Ella estaba muy mal.

Nerviosa. No comía, tenía pesadillas. Se pasaba todo el día al lado de la cama de su padre. Él estaba muy enfermo. Ya al final, poco antes de morir, Elenita no se separaba de él ni siquiera durante la noche. Dormía acurrucada en un sillón, junto a su cama. Daba pena verla. Estaba flaca, demacrada. Me acuerdo de que cuando me dio el vestido, me sorprendí. Pensé que, como estaba tan flaca, lo mandaba para que se lo achicaran, pero... ¿para qué?, si no salía a ningún lado. Un vestido como este no era para andar adentro de la casa.

—¿Y después qué pasó? ¿Le llevaste el vestido a la modista? —pregunté.

—Se lo llevé, pero no la encontré. Ese día yo tenía franco... así que sería un jueves. El jueves era mi día de franco; mejor dicho, mi medio día, porque me iba a las doce. A la mañana hacía las compras, nada más. Tenía una amiga que vivía en el Once y almorzaba con ella. Los domingos los pasaba con mis viejitos, en San Vicente.



Me iba el sábado a la noche y volvía el lunes bien temprano. Yo estaba contenta trabajando en esa casa. Me trataban bien. La casa era enorme. Ya la conocés. Ahora está horrible, abandonada; pero no sabés lo que era en esa época... un lujo, un verdadero lujo. Y había más personal. No te creas que yo sola me encargaba de todo. Lo que pasa es que yo era la empleada más antigua y la de más confianza. Imagínate, cuando empecé a trabajar Elenita era recién nacida; y yo era muy jovencita, nena, muy jovencita...

—¿Y qué pasó con la modista? —insistí, aprovechando una pausa que Amparito hizo para suspirar y fijar los ojos no sé dónde.

—No estaba. Vivía cerca, a una cuadra y media, más o menos. Yo andaba apurada porque mi amiga me esperaba para almorzar. Pero quería cumplir con Elenita, pobrecita. Me había pedido que llevara el vestido con tanta urgencia, con desesperación, te diría... Claro, ahora

entiendo por qué... Yo pensé que era un capricho, una locura, qué sé yo, como estaba tan mal... Mostrame la carta —dijo de golpe, interrumpiendo el relato.

La leyó moviendo apenas los labios, como si rezara. Cuando terminó, me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Si yo hubiera sabido...

—Imposible. ¿Cómo ibas a saber?

—Si me hubiera dicho algo, podría haberla ayudado...

—A lo mejor no confiaba en nadie. Si pensaba que querían envenenar al padre, era lógico que desconfiara de todo el mundo.

—Pero es terrible, nena. ¿Te das cuenta? Si es verdad lo que dice, primero lo mataron al padre y después a ella...

—O si no, no mataron a nadie y todo fue un delirio de Elena —dije, dándome cuenta en el momento de que era la primera vez que se me ocurría algo semejante.

—No, no creo —dijo Amparito muy segura, rescatándome del repentino ataque de sensatez que habría maravillado a mi familia.

—Hablame de Malú —le pedí.

—Bueno, como te decía, fui a la casa, me cansé de llamar y no salió nadie. Yo quería llegar a lo de mi amiga antes de la una, ya te dije que me esperaba para almorzar. Así y todo, pensando en Elenita, decidí insistir. Además, si la modista no estaba, ¿qué iba a hacer yo con el vestido? Si volvía a la casa y Elena me veía con el vestido a cuestas, se iba a poner más nerviosa de lo que estaba. Podría habérmelo llevado a lo de mi amiga, pero no quería. Era mucho bulto como para andar paseándolo todo el día. Yo lo había envuelto con un papel madera grande, como envolvían antes los trajes en la tintorería, ¿me entendés? ¿Cómo iba a andar cargando semejante paquete? Bueno, te sigo contando. Me cansé de llamar y entonces pensé: «A lo mejor salió a hacer un mandado.

Doy una vuelta manzana, hago un poquito de tiempo y llamo otra vez». Eso hice. Di la vuelta manzana y aparecí otra vez delante de la puerta. Volví a llamar un montón de veces y nada. Y mirá que golpeé, ¿eh? La puerta tenía un llamador de bronce, bien pesado. Nada. No salió nadie. Entonces, se me ocurrió otra idea para no tener que irme con el vestido. Fui a la verdulería de enfrente; la dueña era amiga mía. Le dejé el vestido y le encargué que si veía a Malú, por favor, se lo diera, que Elenita quería que le hiciera el arreglo lo más rápido posible, que Malú ya sabía. Y si no la veía, que en algún momentito libre cruzara y la llamara. Nada más. Me fui enseguida.

—¿Y después qué pasó?

—Bueno, cuando volví, el padre de Elenita ya había muerto. Parece que un rato antes de que yo llegara; y yo volvía siempre alrededor de las nueve, Elenita, pobrecita, estaba dormida. El doctor De Bilbao, que era el médico de la casa, le había dado unas pastillas para que

durmiera. Había sufrido una crisis terrible y tenían miedo por su salud, estaba tan débil... Bueno, con semejante baile, te imaginarás que del vestido ni me acordé.

—O sea que todavía lo tenía la señora de la verdulería. Pero contame cuándo volvió a la casa.

—No me apures —me atajó, cortándome la ansiedad—. Te lo voy a contar con detalles porque lo recuerdo muy bien. Fueron días muy bravos y me quedaron bien grabados en la memoria. Esa noche, antes de volver a la casa, yo tenía la intención de pasar por la verdulería de mi amiga, para ver si había podido darle el vestido a Malú. Pero como me retrasé un poco y el señor estaba tan enfermo, y Elenita tan nerviosa, pensé que la señora María del Carmen, la esposa del señor Emilio, podría necesitarme; así que me apuré y fui directamente a la casa, con la idea de que al otro día, temprano, iría a averiguar qué había pasado con el vestido.

—Y fuiste a la mañana siguiente... —Amparito no me

había cortado la ansiedad del todo.

—Si no me interrumpís, voy a hacer más rápido —me reprochó, soplándose el flequillo—. A la mañana siguiente no fui porque el señor Emilio había muerto la noche anterior, así que me olvidé del vestido y ayudé a la señora María del Carmen con los preparativos del velorio. Imagínate la situación para ella. Una mujer joven, con el muerto ahí, fresquito, en la cama; Elenita, con un ataque de nervios, y el hermano, que mucha maña no se daba... En fin, la pobre no sabía qué hacer, pero entre el doctor De Bilbao y yo la ayudamos a salir del paso.

—¿No sabés si antes de que la durmieran, Elena pudo hablar con el doctor?

—No, no sé. A lo mejor le dijo algo... andá a saber. Yo no sospechaba nada. La primera noticia que tengo del veneno es la que vos me trajiste con la carta... Aunque ahora, atando cabos, entiendo algunas cosas... Vení, acompañame que voy a preparar más mate —vació el

mate junto al tilo, agarró el termo y caminó hacia el fondo. La seguí.

Unos metros más atrás, después del pabellón de los viejos, había una construcción más moderna, que consistía en una habitación bastante grande y un baño.

—Es mi departamentito —me dijo orgullosa Amparito, invitándome a pasar—. Como verás, sencillito... pero práctico; es todo lo que necesito.

A continuación, mientras preparaba el mate y se calentaba el agua, me contó su historia en el Rawson, como llama al tiempo que lleva viviendo en ese lugar.

—Empecé a trabajar acá como mucama unos cuantos años antes de jubilarme. Siempre pensé que cuando me llegara ese momento, iba a poder retirarme tranquila, a disfrutar de mis últimos años en la casita de mis viejos, en San Vicente. Pero no pudo ser... —Amparito miraba fijo hacia la ventana abierta, desde la cual se veía la copa del tilo—. Cuando me llegó el momento, de aquella

casita con huerta y jardín que tanto quise ya no quedaba nada. Al morir mis viejos, mi hermano y yo... porque tuve un hermano, ¿sabés? —aclaró, mirándome ahora a mí y no al tilo—, tuvimos que vender la casa para pagar deudas; deudas de él, porque lo que es yo, jamás le debí un centavo a nadie. No lo juzgo, ya está muerto, igual que los viejos... La vida sigue y ¡aquí estoy! —exclamó suspirando—. Además, no lo puedo odiar, era mi hermano. Me jodió, pero ya está. La vida sigue —repitió—. Bueno, abreviando, me jubilé y no tenía dónde caerme muerta. Para colmo de males, la dueña de la pensión donde vivía se murió y al poco tiempo los hijos vendieron la casa. Conclusión: me quedé en la calle. Lo que yo pagaba ahí era muy poco y por ese precio no conseguí nada. Y si tenía que pagar más por una pensión, no comía; así que, imagínate, nena, un desastre atrás de otro. Eso es jubilarse en este país: morirse de hambre. Bueno, ahí estaba yo: en la calle; sin trabajo y sin casa. Entonces volví. Creo

que no había pasado ni un mes desde que me había ido. Hasta me hicieron una despedida y todo... Volví y planteé mi situación... —Amparito hizo una pausa larga para sorber el primer mate y escupirlo en la pileta—. Y hay algo que es cierto, nena, como que me llamo Amparo del Socorro Monteverde, y es que así como hay gente mala, también hay de la buena, y qué gente. Yo tuve la suerte de encontrar alguien así: el doctor Otamendi. Qué maravilla de persona. Él me dijo que me quedara acá, que podía seguir trabajando y que ya verían cómo pagarme, que con lo poco que me pudieran dar, más la jubilación, ya me las iba a arreglar. Además, me ofreció esta pieza, que la habían hecho construir no sé para qué, pero la usaban nada más que para amontonar trastos. Yo misma la limpié. Me dieron una cama y el resto de las cosas me las fui comprando yo. Hasta el bañito me hice hacer —me dijo orgullosa, señalándome una puerta blanca—. Como ves, no me falta nada. Tengo un techo y comida. Es poco

lo que me pagan, pero como además tengo la jubilación, con las dos cosas me arreglo. Ahora, eso sí, eh, trabajar, trabajo bastante. No sabés lo que son los viejos, peor que si fueran criaturas... Pero, bueno, no me quejo, algún día yo también seré como ellos, qué vamos a hacer —concluyó triunfal, con una reflexión propia de una persona que no tiene más de treinta años—. Bueno, bueno, sigamos con Elenita —dijo de golpe, mientras me alcanzaba el mate y me invitaba a volver a la sombra del tilo—. Me gusta tomar mate allá. Ese jardín lo hice yo, ¿sabés? El tilo y los otros árboles ya estaban, pero las flores las puse yo. Y la huertita la empecé este año. Vas a ver qué lindos tomates voy a cosechar.

Otra vez nos sentamos en las reposeras, con el termo y el mate. Pero ahora yo también tomaba. Amparito había considerado que nuestra confianza ya era suficiente como para justificar que lo compartiéramos.

—Te dije antes que estuve atando cabos y que ahora

entendía algunas cosas —siguió, retomando el tema de Elena—. Me acordé de que los últimos días, antes de que el señor Emilio muriera, Elenita se había agarrado la manía de meterse en la cocina cuando la cocinera preparaba la comida. Controlaba todo, hacía preguntas y cuando la comida estaba lista, ella misma le llevaba la bandeja a su padre. No permitía que nadie lo hiciera en su lugar, ni siquiera yo.

—Claro, tenía miedo de que le envenenaran la comida...

—Esa fue la época en que se puso tan nerviosa. Dormía mal y poco. Recuerdo una noche en que me levanté a la madrugada, no sé por qué motivo, y la encontré bajando por la escalera de la terraza, en camisón y descalza. No recuerdo qué le pregunté ni qué me contestó, pero sé que la acompañé a su habitación y me quedé hasta que se metió en la cama. Otra vez, la encontré en el dormitorio de la señora María del Carmen, buscando

algo en los cajones de la cómoda. Me sorprendió muchísimo, no era una i Inca de hacer esas cosas...

—Hay algo que no termino de entender —dije de pronto—. Elena le rogaba a Malú que volviera a hablar con el doctor De Bilbao, lo que significa que ya había hablado una vez —abrí la carta y releí—: «Hablá de nuevo con el doctor De Bilbao». O sea que el doctor algo sabía. Si no lo de la internación, por lo menos lo del veneno...

—La sospecha del veneno —me corrigió Amparito, quitándome la carta—. «Mis sospechas se confirmaron —leyó—. Todo lo que te conté en mi carta anterior resultó cierto». Lo que el doctor De Bilbao sabía era que Elena sospechaba que estaban envenenando a su padre, no que tenía evidencias.

—Entonces, el doctor puede haber hecho dos cosas —deduje—: O le creyó o pensó que la pobre se estaba volviendo loca.

—Eso era lo que parecía. Ya te dije lo nerviosa que



estaba y las cosas que hacía. Me juego cualquier cosa a que el doctor no le creyó. Después de todo, si lo estaban envenenando, él, como médico, tendría que haberse dado cuenta.

—A no ser que él también estuviera metido en el asunto...

—No. No creo. Era el médico de la familia, una buena persona... Claro que, bueno... Anda a saber... Aunque, no sé, ¿por qué lo iba a hacer? Según tengo entendido, la señora María del Carmen y el hermano se quedaron con todo. Es más, sé que el doctor tuvo algunos apuros económicos y malvendió su departamento para pagar deudas. Y eso fue después de la muerte de Elenita. Una amiga mía trabajaba en la casa de la hermana del doctor, así que lo sé de buena fuente.

—Lo más probable es que pensara que Elena inventaba cosas...

—Sí, seguro. Además, sé que hay venenos que se

dosifican muy bien y nadie se da cuenta, ni los médicos.

—Hay algo más que no tengo muy claro. ¿Por qué Elena le mandaba las cartas a Malú dentro de un vestido? ¿Por qué no iba a la casa y hablaba directamente con ella? O con el doctor. O por qué no usaba el teléfono...

—Empiezo por lo del teléfono, que es lo más fácil. En esa época, nena, tener teléfono no era tan común como ahora. En la casa de Elenita había. No te olvides de que eran ricos. Pero Malú no tenía. ¿Por qué no llamaba al médico? Andá a saber. A lo mejor, porque no encontraba el momento para hablar sin testigos. Se sentiría vigilada. ¿Por qué no iba a la casa de Malú? Bueno, Elenita no iba a ninguna parte. Y la culpa de eso la tenía su padre. Era un hombre muy déspota. No le gustaba que su hija anduviera en la calle, ni que se juntara con la gente que no era de su clase. Imagínate, Malú era modista. Y para él, no era digna de ser amiga de su hija. Por otro lado, no sé si realmente eran muy amigas; lo que pasaba es que la

pobre Elenita no tenía a nadie, y como a Malú la veía cada tanto porque le hacía la ropa, bueno, la habrá considerado su amiga.

—¿Cuántos años tenía Elena?

—Cuando murió tenía diecinueve.

—¿Estudiaba alguna carrera?

—No. Había hecho el secundario, nada más, en un colegio de gente rica, en San Isidro. Estaba pupila. Era un colegio de monjas. Imagínate, pobre chica: presa en el colegio y presa en la casa, porque cuando se recibió y volvió con don Emilio, fue como pasar de una cárcel a otra. Su padre era un verdadero tirano. No sé cómo lo aguantaba la señora María del Carmen, tan dulce, tan amorosa...

—Si lo de la carta es cierto, tuvo su recompensa...

—Y qué recompensa. Don Emilio tenía muchísima plata, nena.

—Por eso después la mataron a Elena...

—No lo puedo creer...

—La versión oficial fue que se suicidó tirándose de la torre, ¿no?

—Sí. No me olvido más de aquel día. Fue poquito después de la muerte del padre. Elenita estaba tan mal... La señora María del Carmen quería internarla, pero el doctor De Bilbao decía que había que esperar un poco, darle tiempo para que se hiciera a la idea de que el padre estaba muerto... Porque ella no lo aceptaba... Lo llamaba, le hablaba al aire, como si el padre estuviera ahí, frente a ella. No comía. Imagínate, si antes comía poco, ahora comía menos. Estaba flaquísima.

—¿Nunca acusó a la madrastra y al hermano de haber envenenado al padre?

—No, que yo sepa.

—Eso no lo entiendo. Tiene que haber hablado con alguien. Por lo menos, con el doctor. Ella confiaba en él...

—No sé. Estaba casi todo el día durmiendo y cuando

se despertaba, hablaba con el aire. Todos pensábamos que se había vuelto loca. Los primeros tiempos la vigilábamos hasta de noche. Pero después, como dormía bien (no te olvides que le daban calmantes), la empezamos a dejar sola. Quién se podía imaginar que se iba a tirar de la torre... O que la iban a matar... No, eso no lo hubiéramos pensado jamás... —Amparito hizo una pausa y se quedó mirando la copa del tilo—. Como te decía —siguió, sin quitar los ojos del tilo—, la dejamos sola... Pensábamos que dormía, pero una noche subió a la torre y se tiró. Oímos un grito. Un grito terrible que nos despertó a todos. ¿Viste que dicen que una persona, aunque se tire por propia voluntad, grita igual? Bueno, debe ser cierto. Elenita gritó. Yo salté de la cama y salí de mi habitación sin saber a dónde ir. Parece que los demás hicieron lo mismo, porque cuando llegué al patio, ahí estaban todos. La señora María del Carmen y el hermano gritaban que Elenita no estaba en su cama. Herminia, la cocinera,

ya se había puesto a rezar el rosario; y Américo, que era mucamo y chofer a la vez, y marido de Herminia, no hacía más que agarrarse la cabeza y repetir: «¡Dios mío!, ¡Dios mío!». Yo no sabía qué hacer, y justo en ese momento sonó el timbre de la puerta, así que salí corriendo para ver quién era. Te juro que no pensaba nada bueno. Sabía, estaba segura de que llamaban para anunciar una desgracia. Y así fue. Eran dos vecinos de la casa de enfrente que habían oído el grito y se asomaron a la ventana... Mirá, hasta ahí tengo todo claro, como si lo estuviera viendo. Después, se me mezclan las imágenes. La veo a Elenita tirada en la vereda, boca abajo, en un charco de sangre, con un camisón blanco. Veo a la señora María del Carmen y a su hermano; Herminia, dele mover los labios y a punto de deshacer el rosario de tanto que lo apretaba. Oigo gritos. Veo a los vecinos que se van acercando. No sé, a partir de ese momento todo pasó demasiado rápido... Lo único que te puedo decir es que

estábamos como locos, no sabíamos qué hacer ni qué decir. Con la muerte del señor Emilio fue diferente, porque él estaba enfermo y ya era viejo. Siempre es distinto con un viejo. Cuando muere una persona joven, uno piensa que es injusto. Eso. Uno siente la injusticia de la vida. ¿Te das cuenta? Y la vida no es justa ni injusta; es la vida, nada más —concluyó Amparito, apretando el mate entre las dos manos.

—¿Y qué pasó con el vestido?

—Qué pasó con el vestido... —repitió lentamente—. Mirá vos, eso también lo recuerdo bien clarito —dijo, mirándome a los ojos—. Unos días después de que enteramos a Elenita, apareció Juana, mi amiga, la que tenía la verdulería enfrente de la casa de Malú. Venía con el vestido. Me dijo que había cruzado varias veces a golpearle la puerta, pero que Malú nunca le había contestado. Me traía el envoltorio de papel madera tal como yo se lo había dado. Y al verlo otra vez me di cuenta de todo el

horror: ahí estaba el paquete encerrando un vestido hermoso y la dueña, en el cementerio... muerta y enterrada. Las cosas... ¿Te das cuenta? Siempre las cosas viviendo más que nosotros. Bueno... Mucho no podía hacer. Agarré el vestido, lo llevé a la habitación de Elenita y lo guardé en el ropero. Ahí quedó. Después, no sé. La señora que te escribió desde España recuerda a una mujer muy elegante que estaba en el remate. Tiene que ser la señora María del Carmen. En esa época yo ya no estaba en la casa, pero igual supe que ella y el hermano vendieron todo y después se fueron.

—¿Y Malú? ¿Qué pasó con Malú?

—Nada. Nada de nada. Simplemente, no la vi nunca más.

—¿Nunca? ¿En el velorio tampoco?

—En el velorio, no me acuerdo. Vi tantas caras, estaba tan aturdida...

Amparito se calló y yo me quedé pensando. De golpe,

lo vi todo clarísimo.

—¿No te das cuenta? —le dije. Ella se quedó mirándome con sus lindos ojos color miel—. A Malú también la mataron. La sacaron del medio porque sabía demasiado. No leyó esta carta, pero leyó otras donde Elena le contaba de sus sospechas de que estaban envenenando a su padre.

—Malú era una chica sola —dijo Amparito, como reflexionando—, no tenía a nadie. La casa donde vivía era de una viejita que le alquilaba una pieza. Para esa época, la vieja ya había muerto y la casa estaba en sucesión. No vivía nadie con ella...

—¿No tenía familia?

—Era de una provincia... No me acuerdo si de San Juan o Mendoza... Acá no tenía a nadie. Era modista; una chica trabajadora, ¿entendés? Y Elenita era rica. Hija única y millonaria. Por eso me cuesta pensar en una verdadera amistad entre ellas. Y no lo digo por Elena,

sino por su padre, ya te dije. El señor Emilio era un hombre que marcaba mucho estas diferencias.

Amparito volvió a perderse en la copa del tilo y yo, por primera vez desde que había llegado, tuve conciencia de la hora. Hacia el lado de la calle, encima de los árboles, el cielo se había puesto rojo. Decidí que ya era tiempo de irme. Amparito pareció darse cuenta, porque dejó de mirar el tilo y me miró a mí.

—¿Se puede saber qué hacemos ahora con todo esto? —me preguntó. Los puntitos dorados saltaban en la miel de sus ojos.

—No tengo la menor idea —dije, y fui totalmente sincera.

De golpe me había dado cuenta de la imposibilidad de seguir con la investigación. ¿Investigar qué?, me preguntaba. ¿Y a quién hacerle preguntas? Pero sobre todo, y esto era lo más triste, ¿para qué? ¿A quién podría interesarle la historia de Elena después de tantos años?

—Mirá, nena —me dijo Amparito, adivinando mis pensamientos—: Todo esto es horrible, pero no se puede hacer nada. Pasó mucho tiempo.

Pasó mucho tiempo, me fui repitiendo por el camino. Mucho tiempo. Le dejé mi teléfono a Amparito, por las dudas. No sé qué dudas, pero no importa. Me fui derecho a casa, resuelta a archivar el asunto. Sabía que me costaría una barbaridad, pero estaba segura de que no me quedaba otra.

Estoy rodeada de gente sensata: una madre sensata, un padre sensato, dos hermanos sensatos. Y lo que es peor: una amiga sensata. Florencia, mi mejor amiga. Tuve la pésima idea de contarle toda la historia de la carta. «Estás loca» fue lo primero que me dijo cuando le conté el comienzo de la investigación. Y «Me alegro» cuando le conté el final, con la despedida de Amparito en el Rawson.

Anduve dando vueltas toda una semana sin saber qué hacer, peleándome con Juanjo y Javier, y molesta con Florencia, hasta que Amparito me llamó.

—Venite esta tarde al Rawson —me dijo—. Averigüé algo.

Fue como una luz. Amparito me llamaba, y eso quería decir que la investigación seguía. O empezaba.

Vaya una a saber. Me olvidé de Florencia y de las



peleas familiares, y a la tarde me fui al Rawson.

Encontré a Amparito tomando mate debajo del tilo. Me estaba esperando. Yo había llevado medialunas y, cuando abrí el paquete, dos viejitos que estaban sentados en un banco empezaron a acercarse de a poco, como con miedo.

—Tenemos que convidar —me dijo Amparito—. Si no, se van a quedar mirando hasta que terminemos de comer.

Les dimos dos medialunas a cada uno y se fueron riendo y caminando a saltitos. Parecían chicos felices. Me sentí mal.

—Quiero que conozcas a Rosa —dijo Amparito—. Es mi amiga. La que trabajaba con la hermana del doctor De Bilbao. Vive con la hija, por acá cerca. Nos vemos siempre en el club. Ayer nos pusimos a charlar de tiempos viejos.

Amparito hablaba, interrumpiéndose nada más que

para sorber el mate y masticar un poco. Yo la escuchaba y cada tanto miraba a los viejos que dormitaban en el banco mientras digerían las medialunas, como si el esfuerzo requerido por la masticación les hubiera hecho indispensable el sueño.

Según me dijo, Amparito había visto a Rosa en el club de jubilados del barrio. Allí se reunían siempre. Rosa prácticamente no podía caminar, así que la hija la llevaba al club en silla de ruedas y la dejaba toda la tarde allí.

—No hablamos mucho porque la hija fue a buscarla temprano. Era el cumpleaños de uno de los nietos. Pero vamos a seguir la charla y me gustaría que estuvieras vos.

Por supuesto, le dije que sí. ¿Por qué no? Rosa había aportado algunos datos que servirían para averiguar algo más. Y tal vez en esos días que faltaban para que nos viéramos, podría recordar otras cosas. Por el momento, le

había dicho a Amparito que el doctor De Bilbao tenía un geriátrico muy importante en San Isidro o Vicente López. Al menos, lo tenía unos diez años atrás, según le había contado la hermana, una vez que la encontró en la iglesia de Santa Catalina. (¡Entonces el doctor no estaba en la ruina!). Entre Amparito y Rosa calcularon que en la actualidad el doctor De Bilbao, en caso de estar vivo (cosa que ninguna de las dos sabía), andaría entre los setenta y cinco y los ochenta años, o sea que ya debería estar retirado de la profesión. Amparito dijo que eso no importaba porque él era dueño del geriátrico y, aunque no ejerciera como médico, igual podía desempeñarse como director o lo que fuera; y aunque no se desempeñara como nada, igual el dato nos iba a servir para tratar de ubicarlo. Eso, por supuesto, siempre y cuando el geriátrico todavía existiera. En fin, quedamos en encontrarnos en el club de jubilados. Amparito me invitó para el 25 al mediodía. Los jubilados hacían una olla popular de Navidad y Amparito

era la organizadora. Me hubiera gustado estar ahí, pero eso habría significado un conflicto de primera magnitud en mi casa. El 25 almorzábamos con «los Luises», como dice papá, o sea: tía Luisa y tío Luis, más su adorable hija Ayelén. Decirle a mamá que el 25 yo no iba a estar en casa habría sido como clavarle un puñal en el corazón, en el estómago o en los intestinos (para el caso, lo mismo daba). Así que ni lo intenté. Quedé con Amparito en que iría a la tarde y llevaría un pan dulce.

Cuando salí del Rawson, empecé a pensar en una estrategia familiar. No iba a hablar del vestido ni de la carta, pero sí de Amparito y de su actividad social con los jubilados. Yo sabía muy bien que por ese lado la cosa podía ser menos terrible. Abandonar la reunión familiar sin un buen motivo era gravísimo, más que nada para mamá, que siempre anda tratando de que yo haga buena letra delante de su hermana y mi prima. Pero salir por una causa justa era distinto. Mis viejos siempre fueron

militantes de la justicia. Mis hermanos y yo estamos acostumbrados desde chicos a las marchas por los derechos humanos, las manifestaciones de docentes, de obreros, de jubilados... No, por ese lado no iba a haber problema. Lo que tenía que inventar era mi conexión con Amparito, porque del vestido y la carta, nada. Ni una palabra.

—¿Justo el 25?

—Si es una olla popular de Navidad, tiene que ser el 25. El 24 a la noche es más difícil. Los viejos se acuestan temprano.

—Está bien. Pero podrías llevar a tu prima, ¿no?

—¡Ayelén en una olla popular! Delirás, ma.

—Podrías intentarlo. La invitás y listo.

—Ni pienso.

—En el colegio de Ayelén hacen muchas obras de caridad, visitan hospitales, reparten ropa...

—Vos lo dijiste, ma. Obras de caridad. No sé por qué no querés entender. Esto es otra cosa, no hace falta que te lo explique.

—Sí, ya lo sé —suspiró mamá, resignada.

Yo también suspiré, pero de alivio. Ayelén era asunto terminado, al menos por ahora.

—¿Y dónde conociste a esa mujer?... —preguntó al fin mamá, que era lo que yo esperaba que preguntara desde que empecé a hablar de la olla popular.

—Amparito. Se llama Amparito. Es amiga de la tía de Florencia. La conocí en su casa.

No más preguntas. Mamá es una persona práctica, y ante una respuesta clara y precisa, ¿para qué seguir indagando?

Por fin llegó el 25, pero antes, el 24, por suerte. Siempre me gustó la Nochebuena más que la Navidad, porque la pasamos en la casa de mi tío Jorge, que es el hermano de papá. Ahí nos juntamos toda la familia paterna. Papá tiene dos hermanos y dos hermanas, y ninguno tiene menos de tres hijos, así que somos un batallón. Y vamos a la casa del tío Jorge porque es la más grande, con patio, terraza y jardín. Toda mi vida pasé la Nochebuena en lo del tío Jorge con mis primos y siempre me divertí; y mis hermanos, lo mismo. Pero el 25, ¡ay!, el 25 me toca

Ayelén. Un año en su casa, un año en la mía. Este año, en la mía. Tía Luisa es la única hermana de mamá y las dos son bastante unidas, no porque tengan mucho en común, sino porque son hermanas y nada más. Y me parece bien; lo que no soporto es que mamá trate de imponerme a Ayelén y me la quiera vender como una verdadera joya. Con tío Luis pasa algo parecido: papá no se lo banca. Apenas lo soporta en Navidad para darle el gusto a mamá, pero el resto del año los dos se ignoran. Y no es para menos. Mamá tampoco se lo banca, pero lo aguanta bastante porque es el marido de su hermana. Tío Luis es un tipo egoísta, un empresario exitoso que vive con la única finalidad de ganar más y más y más, y súper convencido de que todo el mundo debe estar a su servicio. Mi tía representa impecablemente el papel de esposa modelo. Le gusta aparentar y gasta mucha, muchísima plata. Y mi prima, bueno, es el perfecto exponente de lo que mis tíos esperan de ella como hija.

En fin, el 24 nos acostamos tardísimo; cuando llegaron los Luises y la heredera, Juanjo, Javier y yo todavía dormíamos. Y eso que mamá ya había probado todos los métodos para que nos levantáramos y recibiéramos a la familia real como correspondía. Lo único que faltó fue que nos tirara un baldazo de agua; todo lo demás lo hizo. Puso la radio a lodo volumen, abrió las ventanas de nuestros dormitorios, pegó unos cuantos gritos, pero nada dio resultado. Yo me levanté de un salto cuando escuché el portero eléctrico, y me metí rápido en el baño para ganarles de mano a mis hermanos y bailarme primero.

El almuerzo fue aburridísimo. Tío Luis no paró de hablar de sus éxitos empresariales; tía Luisa y Ayelén, de los preparativos para las vacaciones en su casa de Punta del Este; lo de siempre. Pero en el momento exacto en que mi querida prima preguntó adónde íbamos a ir nosotros de vacaciones (sabiendo de antemano que, igual que

todos los años, nos íbamos quince días a la casa de mi abuela en San Clemente del Tuyú, y que si no vamos ahí, no vamos a ninguna parte), me levanté de la silla como si me hubieran pinchado el traste con un alfiler y dije:

—Bueno, me voy. Tengo un compromiso con un grupo de jubilados. Me invitaron a una olla popular...

Dejé que Ayelén se atragantara con la pregunta de todos los años y que mamá se encargara de dar la respuesta, y me retiré con la cabeza en alto.

Cuando llegué al club de jubilados, que queda a unas cinco o seis cuadras del Rawson, me encontré con algo que no esperaba: un baile. El club en cuestión es una casa vieja con un patio enorme, convertido para la ocasión en pista de baile. En una habitación que daba a la calle, junto a la ventana, había un árbol de Navidad y un pesebre, y en el centro, una mesa con mantel donde habían puesto tortas, budines y pan dulce. El baile estaba de lo más animado y me sorprendió. No era para menos: los

viejos bailaban cumbia y Amparito era la que más se movía. No había gente joven, al menos de mi edad. Sí había dos o tres mujeres que tendrían más o menos la edad de mi mamá; el resto, todos viejos. Ni bien me vio, Amparito se acercó a mí; me hizo dejar el pan dulce en la mesa del mantel y me llevó hacia el fondo de la casa.

—Tenés que conocer a Rosa —me dijo—. No le gusta el barullo; está en el fondo. Seguro que se puso a arreglar las plantas.

El fondo en cuestión era otro patio, un poco más chico que el de adelante, pero lleno de canteros y macetones y enredaderas. Había todo tipo de plantas: helechos, malvones, geranios, claveles, rosas, margaritas.

—Este es el refugio de Rosa —dijo Amparito—. La pobre vive en un departamento sin patio ni balcón —agregó, mirando a Rosa de reojo y sonriendo—; por eso se apropió de este. Ella es la que cuida las plantas.

Rosa me miraba como pidiendo perdón, como si

hubiese cometido un extraño delito con la tijera y la palita que tenía en la falda. Pero eso pasó enseguida; y cuando comprendió que yo era de confianza, me sonrió y avanzó hacia mí con su silla de ruedas.

—Así que vos sos Inés —me dijo—. Bueno, encantada de conocerte. Yo soy Rosa.

Me gustó Rosa. Es muy distinta de Amparito. Es tranquila y piensa mucho antes de hablar, pero lo que comparte con ella es la capacidad de hacer cosas, y eso a pesar de la silla de ruedas. Ella se encarga de todas las plantas del club. La hija, con quien Rosa vive y que la lleva al club todos los días, riega las plantas de las macetas colgantes; del resto se encarga Rosa.

—¿Te gusta mi jardín? —me preguntó—. Acá vas a encontrar de todo...

Rosa extendió los brazos hacia un costado y hacia el otro, señalando los canteros y los macetones. Me detuve en la glicina, que formaba un techo sobre una enorme



pileta de lavar la ropa; su perfume tan intenso me hizo acordar al de los paraísos, y el color también. Una pared estaba completamente tapada por rosales trepadores, y otra, por jazmines del país y una enamorada del muro. En el centro del patio había una palmera altísima con el tronco cubierto por una Santa Rita.

—Es hermoso, nunca vi nada igual —dije sinceramente—. ¿Cómo hace para cuidarlo usted sola?

—Vengo todos los días, a la mañana y a la tardecita, para regar. Amparito también viene, aunque no tan seguido. Ella tiene mucho trabajo. Yo, en cambio, me dedico nada más que a las plantas, así que tengo tiempo de sobra.

Mientras hablaba, la miré bien, no por andar curioseando, sino porque yo soy así. Miro mucho a la gente y me gusta verle los detalles. Así como en Amparito me llamaron la atención esos puntitos dorados que tiene en los ojos y el pelo teñido de rojo (que tal vez sea un poco

excesivo para su edad pero le queda tan bien), en Rosa observé que su mirada era muy atenta, penetrante, una de esas miradas que parecen meterse dentro de lo que miran. Una a una me fue nombrando las plantas, mientras recorriamos lentamente todo el patio; ella en su silla, Amparito detrás, empujándola, y yo a un costado, mirando y escuchando: geranios, pensamientos, dalias, rayitos de sol, helechos serrucho, flores de seda, malvones, jazmines, begonias, alelís, margaritas, conejitos, coquetas, aljabas...

Desde el patio de adelante llegaba la voz de Mercedes Sosa: «... para las otras no, pa' las del norte sí, para las tucumanas, mujer galana, naranjo en flor...».

—Tenemos dos parejas de viejos que bailan folclore —dijo Amparito, «la joven»—. El año que viene los vamos a poner a dar clases. Desde ya que me anoto —agregó, mientras acomodaba a Rosa, debajo de la palmera.

Amparito y yo nos sentamos en un banco de madera largo y nos quedamos mirando a Rosa, que a su vez nos miraba a nosotras, como esperando que empezáramos a hablar. Amparito no perdió tiempo en miradas y empezó ella:

—Bueno, nena —dijo, levantando los hombros y apoyando las manos en las rodillas—: Como ya te conté, Rosa trabajó muchos años con la hermana del doctor De Bilbao. Entonces, sabe unas cuantas cosas; por ejemplo, lo del geriátrico de San Isidro, que te dije el otro día.

—Sí. El geriátrico que tenía el doctor, unos diez años atrás —confirmé la información— y que no saben si sigue teniendo.

—Sigue —dijo Amparito, enigmática, señalando a Rosa con la mano abierta y cediéndole la palabra con ese solo gesto.

—Lo acabo de averiguar —dijo Rosa, aceptando la invitación de su amiga con una sonrisa de satisfacción y

una mirada picara dirigida a mí—. Después de hablar con Amparito, pensé que lo mejor iba a ser darme una vueltita por Santa Catalina. No voy a misa muy seguido, pero de vez en cuando me gusta ir y encontrarme con viejas amigas y vecinas... No es que sea chusma, nena —aclaró—, pero conviene estar informada, saber cómo le va a la gente; por eso, a la salida de la iglesia nos juntamos un ratito y charlamos. Bueno, el domingo le dije a mi hija que me llevara, y allá fuimos. Dicho y hecho, me encontré con Aída, con Blanquita, con Isabel, con María...

—No importa la lista de amistades —interrumpió Amparito—. Contá lo que te dijo Isabel.

—Sí, a eso iba cuando te metiste —contestó Rosa, mientras alzaba la mano con la que sostenía la palita y la agitaba hacia adelante y hacia atrás, marcando el compás de sus palabras—. Resulta que Isabel era vecina de la señora Amanda, la hermana del doctor De Bilbao, y me

contó que la pobrecita hace unos cuatro o cinco años que está internada en un geriátrico...

—¡El del hermano! —volvió a interrumpir Amparito, entusiasmada.

—El del hermano —repitió Rosa, tranquila y mirándose a mí—. Según me contó Isabel, a la señora Amanda la internaron porque ya no se podía valer sola, la pobre. Necesitaba atención permanente. Entonces, ¿qué mejor que el sanatorio de su propio hermano? Claro que Isabel no sabe si sigue viva o no, aunque supone que sí porque si se hubiera muerto, en el barrio ya se lo habrían contado. Vos sabés, nena, cómo vuelan las noticias. Además, Isabel siempre lee los avisos fúnebres de los diarios, por si aparece algún conocido, y a ella nunca la encontró; y al hermano tampoco, así que viven los dos.

—Y el geriátrico queda en San Isidro... —dije, recordando lo que me había dicho Amparito.

—En Beccar; me lo confirmó Isabel —precisó Rosa,

señalándome con la palita—. Es casi lo mismo. Yendo en tren, es una estación después.

—Bueno —dije, suspirando—, para saber si el doctor sigue ahí, lo único que tenemos que hacer es llamar por teléfono y preguntar. Lo que más me preocupa ahora es saber algo de...

—Malú... —me interrumpió Amparito.

—Sí. Malú. ¿Usted sabe algo, Rosa? —le pregunté de repente, al ver que me miraba con atención.

—Antes que nada, tuteame, por favor —me pidió Rosa—. No veo por qué la tuteás a ella —dijo, señalando a Amparito con la palita— y a mí no. Después de todo, soy un año menor. Bueno —siguió—, de Malú no sé nada. Estuve pensando mucho, eso sí, desde que Amparito me contó lo de la carta y el vestido de la pobre Elenita. Yo la conocí a Malú porque le cosía la ropa a la señora Amanda. Eramos del mismo barrio. La señora Amanda tenía un departamento en Garay, llegando a Chacabuco, y

Malú vivía en Chacabuco casi esquina Caseros; me acuerdo bien porque la dueña de la casa donde Malú alquilaba una pieza había sido muy amiga de la mamá de la señora Amanda —Rosa se quedó pensativa, mirando las flores de la Santa Rita que trepaban por la palmera—. Me acuerdo de cuando iba a probarle la ropa a la señora Amanda... —siguió—. Era una chica que llamaba la atención, no solo porque era hermosa, sino por lo delicada... tan fina... siempre impecable... Hablaba poco; era simpática, agradable, pero silenciosa.

—Lo que a mí me llama la atención —dije— es que nadie la haya visto después de la muerte de Elena o del padre.

—Yo no dije eso —aclaró Amparito—. Lo que dije es que no me acuerdo de haberla visto después de que ellos murieron, ni siquiera en los velorios de ninguno de los dos. Pero eso no quiere decir nada. Solamente que yo no me acuerdo; nada más.

—¿Y usted... vos...? —me corregí a tiempo, mirando a Rosa.

—No, no me acuerdo, querida. Pasaron tantos años...

—Pero ¿siguió cosiendo para la señora Amanda?

—Sé que dejó de ir a la casa, pero no sé por qué.

Además, no recuerdo si fue antes o después de la muerte de Elenita.

Resumiendo, ni Amparito ni Rosa podían decir algo de Malú. Nada, salvo que era muy linda y delicada. Mientras tanto, a mí me daba vueltas la hipótesis de que la habían asesinado porque sabía demasiado. Si tenía conocimiento de que estaban envenenando al padre de Elena, es lógico que no se tragara el cuento del suicidio. Seguramente trató de hablar con la policía y se lo impidieron. La viuda y el hermano habrían actuado solos o con la ayuda del doctor De Bilbao. Tranquilamente podrían haberla matado y después hacer desaparecer el cadáver sin que nunca se supiera nada. Las tres, Amparito, Rosa y yo,

estuvimos de acuerdo en la hipótesis del asesinato de Malú. Tres crímenes y tres cómplices con un solo móvil: la inmensa fortuna del padre de Elena.

Esa misma tarde, en el patio del fondo del club de jubilados (o el jardín de Rosa), elaboramos un plan que consistía básicamente en tres puntos: rastrear a Malú; averiguar si el doctor De Bilbao seguía vivo y si aún se hallaba a cargo del geriátrico; y por último, averiguar qué había sido de la viuda y de su hermano.

—Bueno —suspiró Amparito—, aquí estamos, en la mitad del río y sin saber nadar.

—Yo diría que ni siquiera salimos de la orilla —le contestó Rosa, señalándola con la palita.

—¿Y ahora qué hacemos? —dije yo, por decir algo.

—Lo que acabamos de decir que haríamos, nena: buscar a Malú, al doctor De Bilbao y a la viuda y a su hermano —me recordó Rosa.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero decir es cómo vamos a

hacer para encontrarlos.

—Yo creo que lo más difícil es Malú. Ni siquiera sabemos su nombre completo. En el barrio no debe quedar nadie que la recuerde —dijo Amparito—, y aunque quedara, ¿de qué nos serviría? Nosotras dos la recordamos y, sin embargo, no podemos decir de ella nada que tenga menos de cuarenta años de antigüedad.

—Sí, estoy de acuerdo —siguió Rosa—. No se me ocurre cómo buscar a Malú. Al doctor ya sabemos dónde encontrarlo, si es que vive, claro...

—Yo diría que dejemos pasar esta semanita y la fiesta de Año Nuevo, y que empecemos con la búsqueda la primera semana de enero. ¿Qué les parece? —propuso Amparito.

Ninguna objeción. Nos fuimos al patio de adelante, con los demás jubilados; ya era la hora del mate, las tortas y el pan dulce.



Los planes de Amparito de dejar pasar las fiestas y arrancar con las averiguaciones en la primera semana de enero no tuvieron éxito. Mi abuela materna, la dueña de la casa de San Clemente, tuvo que cambiarnos las vacaciones para la primera quincena de enero y de paso se le ocurrió reunir a sus dos hijas, con sus respectivas familias, la noche del 31 y el 1º. Los Luises y Ayelén ya habían llegado a Punta del Este y ni soñaban con pasar las fiestas de Fin de Año y Año Nuevo nada menos que en San Clemente del Tuyú, después de haberse instalado en tan elegante playa. Yo tampoco lo esperaba, ya que la abuela nos había invitado para la segunda quincena; pero, dada la circunstancia de que si no íbamos en la primera nos quedábamos sin vacaciones porque a la abuela le caían unas primas de Santa Fe para la segunda, todos decidimos que la primera estaba bien. Antes de irnos, llamé a

Amparito al Rawson y le conté.

—Bueno, nena —me dijo—: Si te vas, te queda la peor parte de la investigación. Te vas a encargar de Malú.

Protesté, pero Amparito estaba convencida de que era justo. Ella y Rosa se quedaban y yo me iba de vacaciones. ¿Por qué me la tenía que llevar de arriba? Por una cuestión de dignidad, acepté. Es lo que tenía que hacer, y punto.

—En San Clemente vas a tener bastante tiempo para pensar —me dijo—. Cuando vuelvas, nos encontramos y hablamos.

Y así quedaron las cosas. Yo me fui a San Clemente y pensé. Pensé en la playa, en la casa de mi abuela, cuando me iba a dormir, cuando me levantaba. Trataba de recordar todas las películas policiales y de misterio que había visto en mi vida, más las novelas y cuentos leídos, más las telenovelas y hasta las noticias policiales que leía en los diarios. Buscaba algo, cualquier cosa que me diera



una pista para encarar la búsqueda de Malú. Una noche por fin la encontré. Llovía muchísimo y nadie salió de casa. Nos quedamos mirando televisión y justo dieron una película que era más o menos lo que yo andaba buscando. Y, por increíble que parezca, todo comenzaba con una carta. Una carta del pasado, aunque no tan antigua como la mía. Esta tenía veinte años y la había escrito una mujer que pensaba que la iban a matar y efectivamente la matan, haciendo pasar su muerte por un accidente. Ahora bien: los protagonistas no saben nada de esta mujer; solo tienen la carta y su nombre. Quieren rastrearla, saber algo de ella. ¿Qué hacen? Muy simple: van a una hemeroteca y consultan los diarios de la época. Y allí encuentran la noticia de la muerte accidental de la mujer. Ellos investigan y descubren que fue un asesinato, tal como ella decía en la carta. Pues bien, ahí me estaban mostrando cuál era el procedimiento que debía seguir. Tenía que buscar en los diarios de 1958 alguna noticia acerca

de la muerte de una mujer joven. Claro que existía la posibilidad de que Malú estuviera viva, pero era muy raro. Nadie recordaba haberla visto después de la muerte de Elena, ni siquiera después de la muerte del padre. Para mí estaba claro que el doctor De Bilbao, la viuda y su hermano habían matado a Elena y al padre para quedarse con la herencia, y después a Malú para que no los delatara. Qué más fácil que sacar del medio a una chica joven y sola, alguien por quien seguramente nadie reclamaría, en el supuesto caso de que un día desapareciera del barrio y del mundo. Mi tarea ya estaba tomando forma; por lo menos, tenía una idea de lo que iba a hacer cuando terminaran las vacaciones. A partir de esa noche, me quedé tranquila y no pensé más en el asunto.

La primera semana en San Clemente había sido bastante agitada. Nosotros llegamos el 30 de diciembre a la noche, o sea que el 31 ya estábamos perfectamente instalados, haciendo los preparativos para la cena, lo cual

significaba: asado. Cada vez que mi papá tiene la oportunidad de hacer un asado, lo hace. Y como vivimos en un departamento, las oportunidades se reducen a las vacaciones. Conclusión: la cena del 31 no se discutía. A las siete y media de la tarde llegaron los Luises de Punta del Este, acompañados por la princesa, en una avioneta alquilada. Y lo primero que dijo tío Luis al entrar a la casa de mi abuela fue:

—Mañana, a las seis, la avioneta nos pasa a buscar y volvemos a Punta del Este.

Y lo segundo, separado de lo primero por una breve pausa para saludar a mi abuela con un beso en la mejilla:

—Me imagino que no comeremos asado... Creo que lo más indicado será cenar afuera. Yo invito.

En fin, vaya esto como una muestra de lo que fueron las aproximadamente veinticuatro horas que pasamos juntas las dos familias. Esa noche ganó papá y comimos asado. Tío Luis y Ayelén se ofendieron mortalmente, y

después de algunas protestas cerraron la boca y no la abrieron hasta la mañana siguiente. Tía Luisa no protestó, pero se pasó todo el tiempo hablando de sus amigos de Punta del Este y de la actividad social que tenía programada para las vacaciones, desfiles de modas incluidos. Por suerte, el 1º de enero a las seis de la tarde en punto partió la familia real a su palacio de verano.

Esa quincena resultó bastante lluviosa. Pero no me quejo, disfruté igual. Caminé por la playa, leí, vi películas por televisión, me encontré con algunos amigos de otros años; la pasé bien. Siempre es bueno alejarse de Buenos Aires, aunque sea por poco tiempo y con lluvia. Se vuelve con ganas de empezar cosas nuevas. Al menos, a mí siempre me pasa así.

Buscar en los diarios a una persona que, se supone, murió hace más de cuarenta años es tarea de por sí ardua. Más aún si no se sabe su apellido, y ni siquiera su nombre, porque desde ya que Malú sería un apodo; nadie se llama así. Lo único que más o menos sabía era la edad; Amparito me había dicho que era un poco mayor que Elena, apenas unos dos o tres años. Y Elena había muerto a los diecinueve; ahí Amparito no dudaba. Conclusión: los únicos datos con que contaba eran un apodo y una edad aproximada; y decir que esos eran datos era delirar.

Cuando le pedí a la empleada de la Hemeroteca del Congreso los diarios de noviembre y diciembre de 1958, me miró con curiosidad. Pensé que me iba a preguntar para qué los quería; y ya estaba por improvisar una respuesta cuando se me adelantó para preguntarme qué

diarios necesitaba. Le dije que todos. Me contestó que esperara y se fue por un pasillo. Me quedé pensando qué iba a sacar en limpio de los diarios si no sabía a quién estaba buscando. ¿Aparecería alguna joven de veintipico muerta en un supuesto accidente de tránsito, por ejemplo? ¿O tal vez por un escape de gas del calefón, mientras se bañaba? Yo había escuchado muchas veces que en las casas antiguas los calefones se instalaban en el baño y que era muy peligroso si no había una buena ventilación. Pero enseguida descarté esta posibilidad porque, si hubiera sido así, Amparito tendría que haberlo sabido. No, Malú no había muerto en su casa. Malú había desaparecido. La habían borrado del mapa para que no acusara al médico y a la viuda y a su hermano de la muerte de Elena y su padre. Después de haber matado a dos personas, ¿por qué no matar a una más si era necesario? Malú, sola en Buenos Aires, seguramente debe de haber sido una víctima fácil. Nadie sabía nada, nadie la

había visto, nadie recordaba haber hablado con ella en el velorio de Elena; no estaba en su casa cuando Amparito le llevó el vestido con la carta. Hasta era probable que la hubieran matado antes que a Elena. Después de este razonamiento, me di cuenta de que sería mejor que pidiera también los diarios de los últimos días de octubre, y como la carta estaba fechada el 22, directamente empezaría por ese día.

La empleada apareció abrazando unos carpetones enormes, donde se archivaban los diarios; me dijo que esos eran los de noviembre y que cuando terminara me traería los de diciembre. Por la cara que puso cuando le pedí los de octubre, me di cuenta de que la paciencia no era una de sus virtudes.

No sé exactamente cuántas horas estuve ahí adentro, dedicada nada más que a leer las noticias policiales del mes de noviembre de 1958. Lo único que sé es que no encontré nada. Nada que me sirviera, desde luego,

porque lo que es asesinatos y otro tipo de delitos, había a montones. Le devolví los diarios a la encargada de la hemeroteca y le dije que volvería al día siguiente para consultar el resto. Me fui bastante decepcionada; la verdad es que estaba casi segura de que iba a encontrar algo, una pista, qué sé yo.

Antes de llegar a casa, le hablé a Amparito desde un teléfono público y le conté cómo iban las cosas. Me dijo que ella y Rosa habían averiguado algo y quedamos en vernos cuando yo terminara con los diarios.

Esa noche, antes de dormirme, me hice un replanteo de toda la situación desde el comienzo, y volví a preguntarme qué necesidad tenía yo de meterme en semejante baile. Para qué tanto trabajo. Consultar los diarios, buscar una pista, escarbar en cosas que pasaron tanto tiempo atrás y que ya nadie recordaba. Por qué. Para qué. Cuando leí la carta por primera vez, lo que sentí fue una curiosidad extraña; quería saber qué había pasado con

Elena y su padre. No podía dejar de pensar en la carta. Más tarde, cuando la señora del mercadito me dijo que Elena se había suicidado tirándose de la torre, bueno, ahí tuve bien claro que de ningún modo me olvidaría del asunto. Y después, cuando supe que Malú había desaparecido, me di cuenta de que ya era imposible salir, y menos con Amparito y Rosa interesadas en saber la verdad. Pensar en Malú era lo que peor me ponía. La muerte de Elena ya me había golpeado. Pero con Malú era peor todavía, porque su muerte era anónima y la había ligado de rebote. Si Elena no le hubiera pedido ayuda, hoy estaría viva. Malú no importaba por lo que era, sino por lo que sabía. Estas cosas me angustiaban, pero seguía sin responderme para qué averiguar la verdad después de tanto tiempo.

Al día siguiente volví a la hemeroteca. Empecé con los diarios de octubre: nada. Seguí con los de diciembre, y ya estaba pensando que iba a tener que volver al otro

día para consultar los de enero del 59, cuando encontré algo que me llamó la atención. El diario correspondía a la edición vespertina del 18 de diciembre y la noticia decía así: «Muerte en el Riachuelo. En las primeras horas de esta mañana, vecinos de una humilde vivienda situada a orillas del Riachuelo, a escasos metros del Puente Bosch, del lado de Avellaneda, vieron el cadáver de una mujer flotando en las oscuras aguas e inmediatamente dieron aviso a la policía. Al cierre de esta edición, todavía se ignoraba la identidad de la víctima».

No quise apurarme a sacar conclusiones, pero ya estaba imaginando que había encontrado a Malú. Abrí el diario del 19 de diciembre, pero la edición matutina. «Misterio en el Riachuelo. Hasta el cierre de esta edición, no se había logrado aún identificar el cadáver de la mujer hallado en el Riachuelo, según lo informáramos en nuestra edición vespertina del día de ayer. La mujer, cuya edad se calcula en alrededor de 25 años, tenía pelo



castaño claro, ojos celestes, tez blanca, 1,65 m de estatura y un peso cercano a los 55 kg. Vestía una pollera azul y una blusa blanca. Su cadáver presenta un hematoma en la sien izquierda. Se esperan los resultados de la autopsia».

La edición vespertina del 19 no agregaba nada nuevo. Repetía lo de la mañana y prometía los resultados de la autopsia para la edición matutina del 20. Allá fui. Esta vez, la nota ocupaba más espacio: una página entera. El titular era más destacado y aparecían dos fotos: una, del cadáver, cubierto hasta el cuello con una sábana y dejando ver la cabeza con el pelo alborotado y un rostro borroso; y la otra, del lugar donde se había encontrado el cuerpo: la orilla del Riachuelo, una parte del puente y la casa de inquilinato donde vivía la gente que había descubierto el cadáver, una casa de madera de dos pisos, con una escalera al costado y ventanas que daban al río. «Crece el misterio de “la mujer del Riachuelo”. Los

resultados de la autopsia practicada sobre el cadáver de la mujer que apareció el día 18 del corriente en aguas del Riachuelo, en la vecina localidad de Avellaneda, y que aún sigue sin identificar, revelan que la mujer murió a causa de un golpe perpetrado con un objeto contundente en la sien izquierda. Según declaración de los peritos, la víctima ya estaba muerta cuando fue arrojada a las aguas del Riachuelo».

Lo único nuevo era el resultado de la autopsia, porque lo demás era una repetición de lo publicado desde el primer día. De ahí en adelante, hasta el último día del mes, todo siguió igual. No se pudo averiguar quién era la mujer muerta y nadie reclamó el cadáver. La noticia siguió apareciendo todos los días durante la primera semana y luego, únicamente en la edición vespertina. Los titulares aumentaban la dosis de misterio y su tamaño: «¿Quién es la mujer del Riachuelo?»; «Enigma en el Riachuelo»; «El misterioso crimen del Riachuelo», y así



hasta que simplemente dejó de aparecer. Pedí los diarios de la primera quincena de enero del 59 y solo encontré un recuadro, el día 14: «Mujer del Riachuelo. Aún no se ha identificado el cadáver. El más absoluto misterio se ciñe en torno de este asesinato. Nadie ha denunciado la desaparición de una persona de tales características (mujer; alrededor de 25 años de edad; 1,65 m de estatura; peso de 55 kg, aproximadamente; tez blanca; ojos celestes; pelo castaño claro). Recordemos que la policía efectuó en su momento un exhaustivo rastreo de la zona donde apareció el cadáver, en busca de cualquier objeto que contribuyera a arrojar algo de luz sobre el caso, pero los resultados fueron infructuosos». Eso era todo. No encontré ni una palabra más sobre la misteriosa mujer, ni en los diarios de la primera quincena de enero ni en los de la segunda, que también los pedí, por las dudas. A esta altura de la búsqueda ya estaba más que práctica, por lo que revisar todo el material me llevó menos tiempo

que el primer día. Pedí que me fotocopiaran los artículos y me fui. Quería que Amparito y Rosa vieran la fotografía del cadáver. Los rasgos de la cara no se distinguían, pero no me importó. En una de esas servía para algo. Y si no servía, ahí estaba la descripción: altura, peso, color de pelo y de ojos. Eso sí serviría.

Cuando llegué a casa no había nadie. A papá y mamá les quedaban unos días de vacaciones y aprovechaban para salir todo lo que podían. Juanjo había pasado de San Clemente a Villa Gesell, donde siguió veraneando con sus amigos; y en cuanto a Javier, lo tenía todo el día en casa, peleando como de costumbre. Por suerte, en ese momento no estaba, así que pude hablar por teléfono con Amparito sin que nadie anduviera curioseando alrededor.

—Describime a Malú —le pedí.

—¿Encontraste algo?

—Sí. Pero primero decime cómo era Malú.

Físicamente, quiero decir.

—Era muy linda. Una chica alta, delgadita, muy fina...

—¿Rubia o morocha?

—Tirando a rubia, digamos. Pelo castaño claro.

—¿Con rulos o lacio?

—¡Nena! —protestó Amparito—. ¿Cómo me voy a acordar de esas cosas? Pasó mucho tiempo.

—¿De qué color tenía los ojos?

—¿Por qué no me decís qué encontraste?

—Después. Ahora pensá en el color de sus ojos.

—No estoy segura... Creo que eran claros...

—¿Celestes?

—Puede ser...

—Entonces es ella.

Quedé con Amparito en que nos veríamos a la mañana siguiente, en el Rawson. Ella me dijo «Vení temprano» y yo me apuré un poco. Cuando llegué, la encontré baldeando la galería donde los viejitos se sentaban a la sombra, en los bancos de madera. Me hizo una seña para que entrara en su casa.

—¡Hay una caja arriba de la mesa! —me gritó—. ¡Revísala!

Era una caja de zapatos, forrada con un papel de fondo celeste con rosas rojas. Estaba llena de fotos; muchas en blanco y negro, amarillentas por el tiempo, y otras en color; estas últimas, en álbumes de plástico, de esos que dan en las casas de fotografía cuando se lleva a revelar un rollo. Miré los álbumes por encima y comprobé que en casi todas las fotos estaba Amparito con otros viejos en el club de jubilados, y también en el Rawson con

médicos y enfermeras. Dejé los álbumes y saqué de la caja las fotos en blanco y negro. Las acomodé sobre la mesa, una al lado de la otra. Las fui dando vuelta, a medida que las miraba, pensando que tal vez tuvieran fechas y nombres escritos, pero no. Ninguna tenía nada que me orientara en cuanto a las personas retratadas o a la época en que habían sido tomadas, así que me dejé llevar por mi imaginación. Una casa de madera con techo de chapa a dos aguas; un señor y una señora mayores, no muy viejos, sentados debajo de un alero: los padres de Amparito, seguro, en la casa de San Vicente. Una nena con un moño enorme en la cabeza y un nene vestido de marinero: Amparito y su hermano, sin ninguna duda. Me causó gracia el peinado de la nena: era prácticamente igual al que Amparito llevaba ahora. Otras dos fotos mostraban a dos bebés acostados boca abajo, con el traste al aire; uno, con los ojos muy abiertos y sorprendidos; el otro, llorando. Di por hecho que también eran

Amparito y el hermano.

Ya me estaba preguntando para qué servirían esas fotos, cuando reparé en una, no tan antigua como las que acababa de mirar, donde se veía a un grupo de mujeres vestidas como en la época en que mamá era chica. Enseguida me acordé de las fotos del casamiento de una tía de mamá que vi muchas veces en la casa de mi abuela, donde todas las mujeres, hasta mamá y tía Luisa, que eran chiquitas, tenían sombrero. En la foto de Amparito se veían únicamente mujeres, todas con sombrero y vestidos semejantes a los de las fotos de mi abuela.

—Justo la que te quería mostrar —dijo Amparito, que acababa de entrar y me sorprendió con la foto en la mano—. Ahí está Elenita. Quería que la vieras. Es la fiesta de casamiento del señor Emilio con la señora María del Carmen. Esta es Elenita —dijo, señalando a una chica rubia, de ojos tristes y sorprendidos, que estaba a un costado, algo separada de las demás—. La que está sentada en el

medio es la novia; las otras, no sé; no me acuerdo.

—Era linda, pero algo triste, ¿no? ¿Cuántos años tenía? —dije, refiriéndome obviamente a Elena.

—Y... andaría por los quince, más o menos.

—¿Y María del Carmen?

—Veintipico. Era muy joven. Parecía la hermana de Elenita. Pobre Elena. Nunca la quiso a la señora María del Carmen; ella trató de acercarse desde el principio, intentó ser su amiga, pero Elenita nunca se lo permitió.

—¿Por qué no tiene traje de novia?

—Porque el señor Emilio era muy estricto. Él pensaba que un hombre viudo, y que además tenía una hija, no podía casarse de manera muy ostentosa. Entonces, ni vestido blanco, ni fiesta importante. Se hizo una reunión para los más allegados y nada más. Eso sí, la luna de miel la pasaron en Europa.

Saqué las fotocopias de los diarios y dejé que Amparito leyera todo. Yo seguí mirando la foto: la cara triste de

Elena y la sonriente de María del Carmen. Un casamiento de conveniencia, desde luego: mujer joven, millonario maduro, herencia segura. Y tres muertos para acelerar el trámite. Centré toda mi atención en María del Carmen, tratando de encontrarle una expresión de futura asesina. Pero no vi nada; es más, ni siquiera le vi bien la cara, porque entre el flequillo (parecido al de Amparito) y el sombrero espantoso que llevaba (una especie de cacerola cubierta de rosas, que le caía hacia un costado y le tapaba media cara) era imposible sacar algo en limpio.

—Tiene que ser ella —dijo Amparito—. Por lo que yo recuerdo, la descripción coincide. Tenía unos ojos hermosos, claros. Era delgadita y alta, de pelo castaño... Y estaba sola, nena, sola. Acá no se distingue nada —dijo, señalando la foto del diario—, pero por los datos es ella. Además, está la fecha: esto pasó poco después de la muerte de Elena. Mucha casualidad, ¿no?

Sí, demasiada casualidad. El solo hecho de buscar un

cadáver en el diario y encontrarlo ya era demasiado. Un cadáver anónimo, pero que respondía a las características de Malú y por el que nadie había reclamado.

—Bueno —dijo Amparito—, ya tenemos algo. Ahora te cuento lo que averiguó Rosa.

La historia del geriátrico del doctor De Bilbao había resultado cierta; en realidad, se trataba de un geriátrico de súper lujo, a dos cuadras de la estación de Beccar. El doctor De Bilbao ya había pasado los ochenta y hacía rato que no ejercía la medicina. No estaba bien de salud y vivía en el mismo geriátrico porque necesitaba del cuidado de médicos y enfermeras. Además, su esposa, más joven que él, era la actual directora.

—Parece que se casó con la secretaria, cuando tenía la clínica en Mar del Plata. Vivieron muchos años allá y después vinieron a instalarse acá —explicó Amparito—. Rosa estuvo hablando con una vecina de la hermana del doctor, que le contó todo. Ya tenemos la dirección y el

teléfono del geriátrico; «La Casa del Sol» se llama. ¿Qué te parece?

—Mmm... No me suena como nombre de geriátrico...

—No me refería a eso, sino a la información que conseguimos: teléfono, dirección...

—Ah, me parece buenísimo, pero...

—¿Pero qué?

—No sé. Tengo tantas dudas... Supongamos que el doctor De Bilbao, tal como pensamos, haya matado al padre de Elena, a Elena y a Malú con la complicidad de la viuda y del hermano. ¿Qué podemos hacer nosotras ahora, después de tantos años, con un doctor De Bilbao que ya pasó los ochenta y que, aunque sea el dueño de Un geriátrico, está internado ahí como cualquier otro viejo?

—Qué podemos hacer exactamente, no sé. Tengo algo pensado... digamos, más o menos pensado, pero eso lo vemos después. Ahora dejame que te cuente lo que



anduve investigando yo.

Amparito abrió un cajón de la cómoda que tenía junto a su cama y sacó una lata de té, bastante vieja a juzgar por la pintura descolorida, donde aún se distinguía a dos chinas ante una mesa baja con tacitas en las manos.

—Acá hay mil porquerías —dijo, mientras destapaba la lata—. Soy bastante basurera, ¿sabés?

Sacó una tarjeta amarillenta y me la dio. Era una tarjeta doble, en forma de cuademillo, escrita con letras doradas: «Confitería Los Leones. Enlace de Ma. del Carmen Lima y Emilio Echeverría».

—Es la tarjeta de la confitería —me explicó Amparito—. La que hizo el servicio cuando se casó el señor Emilio. Se me ocurrió revolver en la lata para ver si encontraba algo de aquellos tiempos y ahí estaba. Te juro que ni me acordaba de que la tenía. Y me vino muy bien, porque gracias a la tarjeta pude averiguar el apellido. Como verás, es un apellido bastante común; no debe ser

nada fácil encontrar una María del Carmen Lima si no sabés dónde buscarla. Pero yo sabía que la señora era de Balcarce. Fijate vos, de eso no me olvidé nunca.

—No me digas que fuiste a Balcarce.

—No, nena. Hice algo mucho más sencillo. Me fui hasta el escritorio del doctor Marini, en el primer piso del segundo pabellón, y tomé prestada la guía de la provincia de Buenos Aires. Qué te cuento que en Balcarce hay cinco «Lima». Llamé al primero y me atendió un hombre. Pregunté por la señora María del Carmen y me contestó de mal modo que allí no vivía ninguna mujer. Probé con el segundo y me atendió una nena que me dijo que su mamá se llamaba Susana y me cortó. El tercero me daba eternamente ocupado y probé con el cuarto. Y ahí tuve suerte —dijo Amparito, respirando largo y profundo—. Me atendió un hombre —continuó, más pausada— y me dijo que era el sobrino de María del Carmen Lima. ¿Qué te parece?



—¿Te dijo dónde está?

—Sí y no. Me preguntó quién era yo y le inventé una historia del pasado. Le dije que era una antigua amiga de Buenos Aires, que me había ido a vivir a Europa muchos años, y ahora, instalada otra vez acá, quería reunirme con los viejos amigos. Parece que el cuento le cayó bien, porque me dio un montón de datos de su tía. Me dijo que se volvió a casar, que viajó por todo el mundo, que no tuvo hijos y que ahora estaba radicada en Buenos Aires.

—Me imagino que le habrás pedido el teléfono.

—Te imaginás bien. Pero no me lo dio. Muy amable, me pidió disculpas y me dijo que no estaba autorizado a dar el teléfono de su tía, pero que podía transmitirle mi mensaje y que le diera mi nombre y un número de teléfono, que ella seguramente me iba a llamar. Le di un nombre cualquiera y el primer número que me vino a la cabeza, y traté de sacarle algo más. Le pregunté por el hermano de María del Carmen, a quien recordaba de

aquellos tiempos. Entonces me dijo que ese hermano era su padre y que andaba muy bien. Le agradecí la información, dejé saludos para la familia y corté.

Eso era todo. Los tres asesinos del pasado estaban vivos y disfrutando de la fortuna del padre de Elena. La única forma de conseguir la dirección de María del Carmen era revisando la guía de Buenos Aires; lo hicimos y encontramos una «Lima, María C.». Amparito la llamó, pero nada que ver; la «C» resultó ser de «Cristina». No insistimos por ese lado y llegamos a la conclusión de que lo único seguro que teníamos era al doctor De Bilbao o, por lo menos, su geriátrico. Habría que visitarlo.

«La Casa del Sol. Residencia para mayores»: el letrero de madera blanca, con letras pintadas en negro, estaba clavado en el poste de un gran farol, junto a la puerta de rejas de la entrada. La casa era bellísima. Más que una casa, una mansión. Una mansión blanca, tan blanca como una sábana recién salida de una propaganda de jabón en polvo. Jamás había visto un jardín con un césped tan prolijo, ni canteros con las flores tan bien combinadas de acuerdo con su tamaño y su color. En el centro del jardín había una pérgola con rosales trepadores y debajo, cuatro viejitos (tan viejos como los del Rawson) sentados en reposeras de lona blanca, jugando a las cartas alrededor de una mesa también blanca. Lo primero que me pregunté fue cuánto le sacarían a esa gente para pagar tanto lujo. Pensé en Amparito; me habría gustado que estuviera ahí conmigo, pero habíamos quedado en

que la primera visita la haría yo sola, como una supuesta estudiante de periodismo que estaba escribiendo la historia de la casona de Caseros y Bolívar. Según lo que pasara en la primera entrevista, veríamos si después aparecía Amparito o no.

La puerta de rejas de la entrada estaba abierta, así que entré; pero ni bien di dos pasos, me salió al encuentro un tipo enorme, joven, musculoso, muy bronceado y todo vestido de blanco, con ropa deportiva y zapatillas. Parecía el enfermero de un hospital neuropsiquiátrico de alguna película de terror.

—¿A quién buscás? —me atajó, con cara de querer ponerme el chaleco de fuerza.

—Buenos días —saludé, sin hacer caso a sus intenciones—, busco al doctor De Bilbao. Me dijeron que vive acá.

—Sí, vive acá, pero no te va a poder atender. Está enfermo.

—¿No podría hablar con él aunque sea un poquito?  
—insistí.

—No habla con nadie —me contestó, con gran economía de lenguaje.

—¿Y la esposa...? Sé que trabaja en el geriátrico.

—Sí, ella es la directora, pero tampoco te va a poder atender. Está muy ocupada.

—Bueno, pruebe —le dije. Me había propuesto no tutearlo para hacer la cosa más seria—. Vaya y dígame que una estudiante de periodismo quiere hacerle un reportaje.

Alzó los hombros y las cejas, inclinó un poco la cabeza, como diciendo «Me da lo mismo», y enfiló para la casa.

Decidí esperar unos minutos por si volvía, pero en caso de que no lo hiciera, me metería en la casa por mis propios medios. Mientras tanto, me entretuve mirando a los viejos que jugaban a las cartas debajo de la pérgola

de las rosas. Me dieron ganas de saber qué pasaría si alguien desenvolviera delante de ellos un paquete de medialunas. En eso estaba cuando volvió el patovica.

—La señora De Bilbao dice que por ahora no da entrevistas —afirmó.

—Se trata de una investigación —insistí, con cierto dramatismo—. Dígame, por favor, que necesito hacerle una o dos preguntas, nada más.

Volvió a mirarme con ganas de ponerme el chaleco, pero se contuvo. Suspiró, dijo «Bueno» y se fue.

En el frente de la casa había una amplia galería con sillones de mimbre y almohadones blancos; hundida entre los almohadones, dormitaba una viejita casi transparente, con la cabeza echada hacia atrás y las manos sobre la falda. Me acordé otra vez de los viejos del Rawson; salvo el decorado, la situación era la misma. Volví a pensar en las medialunas.

—Dice la señora que pases —anunció el grandote,

como haciéndome un favor.

Sonreí con humildad y lo seguí hacia la casa. Tres escalones de mármol impecables, como recién lavados, separaban el jardín de la galería. El enfermero de película de terror abrió una de las hojas de la gran puerta doble de entrada y me señaló el despacho de la señora. No dijo ni media palabra. Cerró la puerta y me dejó adentro. Me encantó el piso de tablero de ajedrez en blanco y negro, reluciente como un espejo. Igual que afuera, predominaba el blanco: puertas, ventanas, paredes, sillones, cortinas, todo blanco y pulcro como en los avisos de lavandina y detergente. Me acerqué a la puerta del despacho y golpeé dos veces.

—Adelante —me respondió una voz de mujer entre firme y susurrante, una voz de locutora de radio.

Abrí la puerta y entré. Si lo anterior me había parecido de película, ahora tenía todo Hollywood ante mí. Una mujer hermosa, a la que rápidamente ubiqué en los

cuarenta y pico, me saludó muy sonriente y me invitó a sentarme ante su escritorio. Tenía el pelo rubio y largo hasta los hombros, y al menor movimiento de la cabeza se balanceaba, brillante y pesado, al mejor estilo de las propagandas de champú. Su nariz era chiquita y fina. La boca, sensual; los ojos, grandes y grises. Una belleza perfecta; con cierta frialdad de estatua, sí, pero belleza con todas las letras. ¿Actriz de cine?, ¿modelo? «Licenciada María de Bilbao. Directora», se leía en un pequeño y delicado cartelito de letras doradas que estaba sobre su escritorio, de cara a la persona que se sentaba delante de ella, en este caso yo. Su despacho era tan bello y elegante como ella misma. Todo, muebles, libros, alfombra, cuadros, todo hacía juego con su persona. Belleza y elegancia. Distinción. Eso era lo que se respiraba en ese lugar y, sobre todo, irrealdad; la mágica irrealdad de las revistas de decoración.

—¿En qué puedo servirte? —me preguntó la mujer.

—Estoy escribiendo la historia de una casa que su marido conoció. Él era el médico de la familia que vivía allí. La casa me interesa porque tiene un misterio y pensé que su marido podría ayudarme a aclarar algunas cosas.

—Mi marido está postrado. No habla con nadie, salvo conmigo, pero ni siquiera yo entiendo siempre lo que me dice. Está... ¿cómo podría decirte...? —describió un arco en el aire con la mano derecha y miró hacia el techo, como si allí se encontrara la palabra que andaba buscando— ...como ausente, metido en sí mismo, ¿te das cuenta? Es imposible que hables con él, pero, si querés, podés contarme a mí de qué se trata. A lo mejor te puedo dar alguna ayuda.

—Bueno, no sé, es algo que pasó hace mucho tiempo... Unos cuarenta años, más o menos...

La mujer me miró con cara de asombro, pero no dijo nada, así que seguí hablando. Empecé con la mentira de la investigación, detalladamente, tal como me lo había

estudiado; todo el verso del taller de periodismo, el rescate de las historias barriales y la posibilidad de publicar la nota en una revista. Le conté lo misteriosa que resultaba esa casa, con una torre sin cúpula, y del suicidio de la chica que vivió allí y a quien el doctor De Bilbao conocía, por ser el médico de la familia. Me escuchó con atención, clavándome sus bellísimos ojos grises y con los codos apoyados en el escritorio y el mentón sobre sus blancas manos.

—Creo que no puedo ayudarte —me dijo con su aterciopelada voz—. El doctor y yo nos conocimos en Mar del Plata. Todo eso que vos querés saber sucedió mucho antes de que él se fuera para allá a instalar su clínica y, la verdad, de eso no sé nada.

¿Para qué insistir? Estaba reclaro que ni ella ni el marido podrían aportar algo útil. La bella mujer me dio un consejo: me dijo que hablara con la gente del barrio; que buscara a algún vecino viejo que recordara algo del



suicidio de esa pobre chica. Le agradecí el magnífico consejo. Sonrió ampliamente, dejando ver (como no podía ser de otro modo) unos hermosos dientes de aviso de crema dental y dio por terminada la entrevista. Me acompañó hasta el hall de entrada y, para completar su gesto de amabilidad, me dijo:

—Si vas para el centro, te llevo. Tengo que ir hasta Santa Fe y Montevideo. Esperame un minuto, enseguida vuelvo...

Le iba a decir que sí, que aceptaba, pero no me dio tiempo. Me hizo un gesto con la mano, como para que esperara, y se fue hacia un ancho pasillo, en dirección contraria a su despacho; abrió la primera puerta muy despacio, como tratando de no hacer ruido, y entró.

Cuando salió, yo ya había cambiado de idea. Le agradecí y le dije que iba a tomar el tren hasta Tigre para visitar a una tía. Salimos juntas. Ella subió a un auto blanco y partió. Caminé despacio en la misma dirección, hasta

que la vi doblar en una esquina. Yo también doblé. Di la vuelta manzana y volví al geriátrico.

Unos metros antes de llegar a la gran puerta de rejas de la entrada principal, había una pequeña puerta de madera, seguramente destinada al personal de servicio. Por ahí me metí. Una pareja de viejitos, que caminaban tomados de la mano, me miraron sin curiosidad y siguieron tranquilos, como si me conocieran de toda la vida. Alcancé a ver al patovica, sentado en un banco de madera, junto a la puerta de rejas. Leía el diario. Caminé por una angosta vereda de lajas que continuaba hacia los fondos y que seguramente llevaría a la cocina. Cuando llegué a la altura de la puerta doble, por la que antes había entrado, dejé el camino de lajas, miré al atleta (que seguía leyendo el diario) y me metí en la casa. Igual que antes, no había nadie en el amplio y blanco hall de entrada. Fui hacia el pasillo de la izquierda, y ya estaba llegando a la primera puerta, cuando me pareció oír una voz que venía desde la



habitación. Alcancé a esconderme detrás de un macetón que tenía una planta enorme.

—Dentro de media hora le traigo la comida, doctor —era la voz de una mujer. Se oyó el golpe suave de la puerta al cerrarse, y luego, los pasos presurosos de alguien (la mujer) que se alejaba hacia el fondo del pasillo.

Miré mi reloj. Eran las once y media. No dudé. Creo que tampoco pensé. Si me hubiera puesto a pensar seriamente en lo que estaba haciendo, habría salido corriendo. Abrí la puerta de la habitación con todo cuidado, tal como lo había hecho la esposa del doctor; yo estaba segura de que encontraría al viejo en la cama, más dormido que despierto y con el cuarto oscuro y silencioso. Pero no. Apenas entreabrí la puerta, noté la claridad. La luz del sol entraba por una ventana que daba al jardín. A simple vista noté cierto desorden, tal vez por el contraste con lo que había visto hasta el momento; no sé, lo cierto es que lo percibí antes que cualquier otra cosa. Y no era

un desorden de prendas tiradas, zapatos sin guardar y camas deshechas; era como un revuelo de papeles y de imágenes. Frente a la ventana había una mesa amplia, repleta de revistas, algunas apiladas y otras simplemente desparramadas. En el piso había más revistas y, sobre todo, papeles rotos; mejor dicho, hojas rotas de revistas, pedazos de hojas de todos los tamaños. Frente a la mesa y de espaldas a la puerta, un hombre estaba sentado en una silla de ruedas. A pesar de que me daba la espalda, me di cuenta de que manipulaba las revistas. En ese momento no supe qué hacía; después, sí. Cerré la puerta con cuidado y caminé hasta la mesa. Había un fuerte olor a desinfectante.

—¿Doctor De Bilbao...? —dije, muy despacio.

Me miró y sonrió. Se quedó así, mirándome y sonriendo. Después, sacó una revista de una de las pilas y empezó a pasar las hojas con mucho cuidado; cada tanto me miraba. A un costado de la mesa había recortes de

revistas con fotos de personas. Estaban bien acomodados, quiero decir, deliberadamente puestos de una determinada manera, no desparramados. Y no eran exactamente recortes, como los que se hacen con una tijera; tenían los bordes irregulares. De repente dejé de mirarlos porque sentí que el doctor De Bilbao tenía los ojos clavados en mí. Lo miré y me sonrió. Volvió a mirar la revista y arrancó una hoja. Dejó la revista a un lado, apoyó la hoja en la mesa y, con toda la precisión manual que no imaginamos para un viejo enfermo, empezó a recortar con los dedos la foto de la mujer que aparecía en la hoja. Trabajaba con los dedos índice y pulgar: presionaba el papel y rompía un pedacito, luego corría los dedos y volvía a presionar y romper, siempre siguiendo la silueta de la foto. Cada tanto me miraba y sonreía. Miré la foto recortada. Una modelo adolescente, de pelo largo y oscuro, con amplia sonrisa y vestimenta deportiva, invitaba a beber un yogur. «Vitaminas y minerales para una

dieta equilibrada». Me pareció que la chica tenía cierto aire a mí. Y me pareció también (podría decir que tuve la certeza) que el viejo pensaba lo mismo y por eso la estaba recortando. Cuando terminó, la puso sobre el escritorio junto a las otras imágenes: siluetas de hombres, mujeres y niños, pacientemente recortadas con los dedos.

El doctor De Bilbao miraba el collage con temura y con la misma expresión me miraba a mí. Después sacó otra revista de una de las pilas y empezó a hojearla, dedicándole más tiempo a aquellas páginas donde aparecían figuras humanas. Evidentemente, no iba a haber ninguna charla entre los dos. Me pregunté qué hacía yo ahí y qué diría si llegaban a descubrirme. Comprendí que lo más sensato era irme en ese mismo instante, pero, como me sucede infinidad de veces, a pesar de saber qué es lo que me conviene, hago lo contrario. Sí, me quedé; esa habitación, tan distinta de cualquier habitación de sanatorio,

me llamó la atención. Se notaba que ahí vivía alguien, aunque ese alguien fuera un viejo que lo único que hacía era mirar revistas y recortar figuras con los dedos. Era una habitación con detalles personales, y no solo por las revistas. Contra una pared había un televisor, un equipo de música y una biblioteca repleta de compactos, todos de música clásica: Brahms, Beethoven, Mozart, Chopin, Bach; dos estantes de la misma biblioteca estaban ocupados por álbumes de fotos. Miré la hora. Faltaban veinte minutos para que le trajeran el almuerzo al doctor. Por supuesto, me puse a mirar las fotos. Casi todas eran fotografías de viajes: Francia, España, Egipto, la India. El doctor De Bilbao y su esposa habían viajado por todo el mundo. En casi todas las fotos aparecía ella sola; en algunas, los dos; en muy pocas, él solo. Era evidente que las fotos las sacaba él. A pesar de que ahora estaba viejo y enfermo, se notaba que era el mismo de las fotos; ya en esa época era tan pelado como ahora; la única diferencia

radicaba en el escaso pelo de los costados de la cabeza, que en las fotos se veía oscuro y en la actualidad estaba indiscutiblemente blanco. La sonrisa era la misma que me había dedicado a mí cuando recortaba la figura de la revista. Su esposa estaba casi igual que ahora: el mismo porte distinguido, el mismo pelo rubio, aunque un poco más largo.

Si bien se podía reconocer al doctor De Bilbao actual en el hombre de las fotos, era imposible dejar de advertir el paso del tiempo. Pero no sucedía lo mismo con la mujer. Con ella era como si el tiempo se hubiera detenido. Se veía tan joven en las fotos como yo la había visto apenas unos minutos antes. Me pregunté cuántos años le llevaría el doctor De Bilbao a su esposa; calculé más de treinta; a lo mejor, cuarenta. Después de cinco álbumes de viajes que, la verdad, ya me estaban aburriendo, encontré el del casamiento; era un poco más grande que los otros y tenía las tapas de cuero. Toda la ceremonia

del civil en fotografías en blanco y negro. Ni una en la iglesia ni con traje de novia. Me acordé de las fotografías del casamiento de mis padres, que solo se casaron por civil. Cuando yo era chica, le envidiaba a mi prima Ayelén las fotos del casamiento de sus padres. Ellos habían tenido una fiesta importante, con vestidos largos y trajes de etiqueta, y se habían casado por iglesia. Tía Luisa parecía una princesa, con su traje blanco y vaporoso. En una foto tiraba el ramo por el aire; en otra sonreía detrás de una torta gigantesca repleta de cintitas colgantes; en otra bajaba por una espectacular escalera alfombrada, del brazo de tío Luis... Esas fotos habían sido motivo de pelea entre Ayelén y yo durante años, peleas que se trasladaban a mi familia cuando yo contaba las cosas que mi prima me decía. Para Ayelén, sus padres habían tenido un casamiento de verdad, mientras que los míos se habían casado como pordioseros. Eso decía. Yo lo contaba en casa y papá se ponía furioso.

Las fotos del doctor De Bilbao y su esposa eran como las de papá y mamá, aunque parecían un poquito más viejas. No sé muy bien por qué, si por la ropa o los peinados, pero deduje que se habrían casado unos años antes que mis padres. Miré otra vez mi reloj: eran las doce menos cinco. Dejé los álbumes en la biblioteca y me acerqué al doctor, que pacientemente recortaba con los dedos la foto de una bella mujer rubia vestida de blanco. Miré su collage: una multitud de mujeres rubias ponía de manifiesto la obsesión del doctor De Bilbao.

Esa misma tarde me fui al Rawson. Amparito tomaba mate, debajo del tilo. Cosía la ropa usada que la gente llevaba al asilo para los viejos. Antes de sentarme a su lado, repartí medialunas entre los dos viejos del banco. Uno de ellos me sonrió igual que el doctor De Bilbao cuando recortaba la chica de pelo oscuro del aviso de yogur. Amparito dijo «Contame» y me pasó el termo para que cebara yo.

Le conté todo. Me escuchó sin hablar, sin mirarme y sin dejar de coser; solo suspendía su tarea de vez en cuando para agarrar el mate y chupar furiosamente de la bombilla. Cuando terminé, ya no quedaba agua en el termo y Amparito acababa de zurcir la última camisa. Se había quedado pensativa, mirando la copa del tilo.

—¿Y? ¿Qué me decís? —quise saber.

—Yo vi muchos casos así, nena —me contestó—.

Eso es la vejez. Eso y muchas cosas más. Y peores, todavía. El doctor De Bilbao está en su mundo. No vamos a sacar nada de él —concluyó, mirándome muy seria—. Pero... la esposa a lo mejor sabe algo, aunque no te lo haya dicho.

—No sé. No creo que él le haya contado que se hizo rico gracias a que mató a tres personas.

—No, tenés razón. ¿Para qué le iba a contar que era un asesino? No había ninguna necesidad... De todos modos —suspiró Amparito, levantándose de la reposera—, suponiendo que lo sepa, tampoco lo va a andar desparrramando por ahí. Imagínate, en cualquier momento se le muere el marido y ella queda libre y millonaria, y como si fuera poco, joven... ¿Qué edad le calculaste? —preguntó, volviendo a sentarse.

—Cuarenta y pico. Mi mamá tiene cuarenta y nueve y parece un poco mayor. Lo que pasa es que mi mamá es más... natural. La esposa del doctor parece una actriz de



Hollywood... Y, sin embargo, no sé...

—¿«No sé» qué, nena? Hablá claro... —me apuró Amparito, como si yo le estuviera escondiendo información.

—Había algo en las fotos del casamiento que no me termina de cerrar... Todo el tiempo las comparé con las de mis viejos... Por un lado, parecían iguales; pero, por otro, era como si fueran de otra época...

—¿En qué año se casaron tus padres?

—En el setenta y cinco.

—¿Y por qué las comparaste?

—Creo que porque eran fotos sacadas en el Registro Civil. Mis viejos no se casaron por iglesia y tampoco hicieron fiesta. Apenas un brindis y se fueron de mochileros a Machu Picchu. Las fotos son casi iguales; los novios firmando el libro, los testigos, la jueza saludando, los novios bajando por una escalera... Y, además, son fotos en blanco y negro... A lo mejor las asocié por eso.

—¿Y la ropa? ¿Te acordás de cómo estaban vestidos el doctor y la esposa?

—Él con traje y ella con un vestido corto y sombrerito... ¡Claro! El sombrero es lo que me debe haber parecido antiguo.

—Eso no quiere decir nada. Todavía hoy, algunas mujeres usan sombrero en los casamientos.

—Además, mis viejos se casaron con ropa muy informal; los dos tenían jeans gastados y zapatillas; por eso el doctor y la esposa me habrán parecido más antiguos.

—Claro; a veces, la gente que se viste con ropa seria parece mayor.

—Pero ella tenía un vestido corto, para nada formal... Y hasta el sombrero era... qué se yo... alegre. Y, sin embargo... tengo la sensación de que todo era antiguo. No sé. Deben ser ideas mías. Lo concreto es que no tenemos nada, Amparito, nada.

—Yo voy a seguir intentando con la señora María del



Carmen. Otra cosa no se me ocurre.

Cuando volví a casa, fui derecho al armario del comedor, donde guardamos las fotos de la familia. Tenemos tres cajas grandes con álbumes y fotos sueltas. En dos cajas están todas las fotos familiares sacadas a partir del momento en que papá y mamá se fueron a vivir a México, donde nació Juanjo. Ahí se quedaron hasta la vuelta de la democracia en la Argentina; para ese entonces, Juanjo tenía dos años. Yo ya nací en Buenos Aires y Javier también, un año después que yo. En esas cajas están las fotos de cumpleaños, de vacaciones, de Nochebuena en la casa de tío Jorge, las fotos de la escuela; toda nuestra vida en fotografías. Cada tanto me gusta mirarlas.

Esta vez fui derecho a la otra caja, la de las fotos más viejas; ahí hay fotos de cuando papá y mamá eran chicos y adolescentes y todavía no se conocían, de cuando eran novios y estaban en la facultad, del casamiento y la luna de miel en Machu Picchu. Saqué el álbum del

casamiento con las fotos del Registro Civil. Mamá tenía jeans y una blusa con bordados que le había regalado una amiga peruana que estudiaba con ella. También llevaba una cartera de cuero como las que todavía se ven en las ferias de artesanos y zapatillas blancas. Papá también tenía jeans y zapatillas y una remera oscura. Me quedé mirando la foto en que los testigos firman ese libro grande que aparece en todas las ceremonias y no sé cómo se llama. Los testigos eran Lucía y Andrés, los mejores amigos de papá y mamá por aquellos años. Nunca los conocí. Son desaparecidos. Los secuestraron durante la dictadura del 76. Poco después papá y mamá se fueron a México. Andrés estaba vestido como papá. Lucía tenía un vestido, al menos eso parecía; no se veía muy bien porque la foto era poco más que de medio cuerpo y ella estaba algo tapada por Andrés. Revisé las demás fotos, buscando una donde estuviera de cuerpo entero. La encontré; estaban los cuatro junto a la puerta del Registro

Civil; papá y mamá abrazados, en el medio, y Lucía y Andrés a los costados, abrazando a su vez a papá y a mamá. Todos sonrientes. Felices. El vestido de Lucía le llegaba casi hasta las rodillas. Infinidad de veces vi esas fotos, pero jamás había reparado en ese detalle. ¿Una chica con vestido de vieja en plena década del setenta? Había algo que no terminaba de encajar, así que cuando vino mamá se lo pregunté. Por suerte, no se sorprendió de que me hubiera puesto a revolver las fotos; pensó que lo hacía de puro aburrida.

—En esa época no se usaba la minifalda; después de unos años, en los ochenta, volvió otra vez.

Eso fue todo lo que dijo. Mamá estaba apurada porque había llegado más tarde que lo habitual y se fue derecho a la cocina para preparar la cena. Pero para mí fue suficiente. Ya sabía cuál sería mi próximo paso.

A la mañana siguiente me tocaba a mí pasar la aspiradora, y a Juanjo, hacer los mandados. Quise cambiar,

pero no hubo caso. Me levanté bien temprano, aspiré el polvo y las pelusas de todo el departamento, y a las diez me fui derecho a la casa de ropa antigua donde había comprado el vestido de Elena. Yo me acordaba perfectamente del vestido y del sombrerito de la esposa del doctor De Bilbao. Ni bien entré, me puse a revisar la ropa que colgaba del perchero. Encontré un vestido muy parecido a aquel: corto, sin mangas y sin ningún adorno, salvo unos botones forrados con la misma tela, en la parte superior, y un cuellito redondo. También encontré un sombrerito prácticamente igual al de la foto.

—¿De qué época es todo esto? —le pregunté a la vendedora.

—De mediados de los sesenta. Estilo Courrèges. Te probaste algo parecido cuando compraste el vestido de organza, ¿te acordás?

Estilo Courrèges, mediados de los sesenta. Claro, la mujer me lo había dicho aquella vez. Medios de los

sesenta. Saqué cuentas. En esa época mamá era chica, y si la esposa del doctor De Bilbao era menor que ella, según me pareció cuando la conocí... No, no podía ser. Había algo que no cerraba. Le agradecí a la dueña del negocio de ropa y me fui.

Ese mediodía le tocaba cocinar a Javier, y cada vez que cocina él comemos más tarde. Hacía calor, pero por suerte estaba nublado, así que no me costaba caminar. Me fui derecho a la casa de Elena. La casa de la cúpula sin cúpula. La casa de la torre, mejor dicho. Me paré en la esquina del mercadito y me quedé mirándola. Algunas ventanas estaban abiertas y había un contenedor en la vereda de Bolívar. Crucé y me puse a curiosear: el contenedor estaba lleno de ladrillos rotos, tierra, azulejos partidos, tablas. Por un portón abierto, tapiado a medias con chapas y tablones, salió un obrero con casco cargando dos baldes con botellas y pedazos de madera que volcó en el contenedor. Me hubiera gustado entrar, pero

no me animé. Volví a cruzar a la esquina del mercadito. Miré la torre otra vez y vi a Elena, la Elena de la foto que Amparito guardaba en su caja. Una chica de mirada triste que tendría mi edad. Una chica a la que un día tiraron de una torre —esa torre— y murió aplastada contra la vereda. El bocinazo del 29 que bajaba por Bolívar a toda carrera me cortó la inspiración. Le dije «Basta» al delirio y volví a casa.

Cuando Javier cocina, pretende aplausos prolongados de toda la familia. Y la verdad es que cocina como los dioses, suponiendo que los dioses existan y además cocinen. Lo terriblemente fastidioso es tener que reconocerlo. Si por lo menos fuera un poquito modesto, resultaría más fácil. Javier quiere brillar en todo, y lo peor es que lo consigue; más que Juanjo, que ya es bastante perfecto. Las milanesas que prepara Javier, por ejemplo, son mejores que las de mamá. Todos se lo dicen, menos yo. Jamás se lo reconocí y me juré no hacerlo hasta que deje de verduguearme con el colegio, especialmente con mi ineptitud para Matemática.

Cuando llegué a casa, lo encontré hablando por teléfono con mamá; se quejaba porque yo me había pasado toda la mañana afuera y no había puesto la mesa (tarea que me correspondía a mí, igual que levantar los platos y

secarlos, ya que le tocaba lavarlos a Juanjo); y él, pobre criatura, no solo había cocinado el pollo a la portuguesa de la manera más maravillosa que mamá se pudiera imaginar, sino que había tenido que poner la mesa y «esta (*esta era yo*) llega recién ahora, que ya está todo listo y lo único que tiene que hacer es sentarse a comer». Conclusión: mi justa madre dictaminó desde el otro lado del teléfono que al día siguiente, que me tocaba cocinar a mí y a él lavar los platos, yo cocinaría y además lavaría. Para mamá, ante todo la justicia. Y Javier, feliz. No dije nada; fui a la cocina y me serví los dos muslos, que es la parte del pollo preferida de Javier. Me senté a comer con cara de asco. El pollo a la portuguesa era lo más exquisito que había probado en los últimos tiempos. Desde luego, no lo dije.

Cuando terminé de secar los platos, los chicos ya se habían ido. Llamé a Amparito, pero no la encontré. Me dijeron que estaba en el club de jubilados.

Llegué a eso de las cuatro. Dos viejos jugaban al ajedrez, sentados junto a una ventana. Me fui hasta el patio del fondo. Ahí estaba Rosa, en su silla de ruedas, removiéndola la tierra de un macetón de hortensias; Amparito lavaba el patio con la manguera. Su melenita roja contra el fondo verde de la enamorada del muro parecía una enorme flor recién abierta. La primera que me vio fue Rosa.

—¡Nena, qué sorpresa!

Amparito se dio vuelta. Me sonrió con los ojos y la boca y los hoyitos de las mejillas.

—Si estás acá, es porque averiguaste algo —me dijo.

Yo no había averiguado nada. Lo único que tenía eran dudas. Y lo que hice fue planteárselas a las dos.

—Cuando vi a la amiga de mis viejos en las fotos del civil, con el vestido casi hasta las rodillas, no entendí nada. Yo creía que de los sesenta hasta ahora siempre se había usado la minifalda, pero mi mamá me explicó que

no, que cuando ella se casó había dejado de usarse. Eso fue más o menos en el setenta y cinco o el setenta y seis, y según lo que recuerda, se volvió a usar otra vez en los ochenta. O sea que el doctor De Bilbao se tiene que haber casado antes que mamá o bastante después... —Rosa y Amparito me miraban entrecerrando los ojos y frunciendo el ceño, como si se hubieran puesto de acuerdo. Seguí con mis deducciones—. Después, no creo... No, no, tiene que haber sido antes, bastante tiempo antes. Y lo digo por el vestido. Fui a la casa de ropa vieja donde compré el vestido de Elena. Ahí había visto yo vestidos parecidos al de la foto. Y la vendedora me lo confirmó: son de estilo Courrèges, me dijo, lo que se usaba a mediados de los sesenta...

—¿Y qué pasa si se casaron antes o después? No entiendo —dijo Rosa.

—La esposa del doctor De Bilbao —intervino Amparito, que a pesar de seguir la conversación, en ningún



momento dejó de lavar el patio—, si Inés no se equivocó, debe tener más o menos la edad de su madre, o un poco menos: alrededor de los cuarenta y cinco, digamos...

—O sea que en los sesenta era una nena —seguí yo—. Y la mujer de las fotos que vi en el geriátrico no era ninguna nena.

—Sigo sin entender —dijo Rosa—. ¿Cómo sabés que la mujer que vos viste en el geriátrico y la de las fotos son la misma persona?

—Porque eran iguales...

—¿Cómo puede ser, después de tanto tiempo...?

—Bueno, es una manera de decir... eran casi iguales. Se notaba que era la misma mujer... Aunque si pasaron tantos años, no entiendo cómo sigue tan joven...

—No, no puede ser —insistió Rosa—. Si es como vos decís, ¿cuántos años tiene esa mujer?

—Tiene más de sesenta. ¿Y por qué no puede ser?

—dijo Amparito, que ya había terminado con la limpieza y se había puesto a enrollar la manguera—. Ustedes están un poco desactualizadas, m'hijitas. ¿Qué hace una mujer de sesenta para parecer de cuarenta? Muy simple —se apuró a responder ella misma—: Una mujer que quiere parecer más joven se opera; siempre y cuando tenga plata, por supuesto.

—Y esta tiene bastante —concluyó Rosa.

Las tres nos quedamos calladas. Amparito se fue a guardar la manguera y la escoba y volvió enseguida. Rosa hizo girar las ruedas de su silla hasta la otra punta del patio y se puso a remover la tierra de las azaleas.

—Yo quiero averiguar algunas cosas, nena. Ahora no puedo porque tengo mucho que hacer. Dentro de un rato tenemos una reunión de jubilados.

Estamos organizando una marcha de protesta, ¿sabés? Entre mañana y pasado te llamo —me dijo, mientras me daba un beso en la mejilla, dejando bien en claro



que se trataba de una despedida—. Ahora discúlpame, pero me voy a cambiar; ya va a empezar a venir la gente.

La vi preocupada, no sé, demasiado seria a lo mejor. Pensé que con todo eso de la marcha no era para menos. Saludé a Rosa y me fui. Los viejos que estaban junto a la ventana seguían jugando al ajedrez.

Los dos días siguientes a mi visita al club de jubilados pasaron sin que Amparito diera señales de vida. Yo tampoco las di; en ningún momento se me ocurrió llamarla porque pensé que andaría muy ocupada con la organización de la marcha y no quería molestarla. Al tercer día me llamó. Eran las ocho y media de la mañana. Papá y mamá ya se habían ido a trabajar; los chicos y yo dormíamos. La primera vez que sonó el teléfono lo escuché perfectamente, pero no me levanté; dejé que atendiera el contestador. Al oír la voz de Amparito, pegué un salto y fui a atender. Mis hermanos ni se despertaron.

—Averigüé algo, nena. Si podés, vení ahora que tengo un rato libre; después empiezo a limpiar y no paro hasta el mediodía. Apúrate.

Por suerte, ese día me tocaba hacer las compras. Les dejé una nota a mis hermanos donde les detallaba un

recorrido lo suficientemente amplio como para que me tuviera ocupada la mañana entera: compraría la fruta y la verdura en el mercado de San Telmo; la carne, en la feria de Constitución; y el resto, en un supermercado de Barracas. Así, con la excusa de conseguir mejores precios, me aseguraba la libertad de pasarme media mañana charlando con Amparito sin que nadie me recriminara pérdidas de tiempo; total, después compraba todo en un solo lugar y listo.

En veinte minutos estuve en el Rawson. Encontré a Amparito en su habitación, sentada ante la mesa. Me esperaba con el mate, la caja de fotos y la lata de té con las chinas descoloridas.

—Estuve pensando, nena; repasando una y otra vez todo lo que tenemos, y llegué a una conclusión. Pero antes de contarte lo que se me ocurrió, volvé a describirme a la esposa del doctor De Bilbao.

—Alta, delgada, elegante, rubia, de ojos grises... Muy

hermosa... Un poco fría, tipo estatua si querés, pero hermosa.

—Y ahora, acordate de la carta que te mandó la mujer de España, la que compró el vestido de Elena. ¿Cómo te describió a la mujer que estaba en la casa cuando se hizo el remate?

—Dijo que era una mujer muy elegante...

—Ahora mirá esta foto otra vez —me pidió, mientras me alcanzaba la fotografía donde estaban Elena y María del Carmen—. Decime si la esposa del doctor De Bilbao se parece a María del Carmen.

Miré la foto preguntándome si Amparito estaba trastornada. Seguramente, organizar una marcha de protesta ante el Congreso debe alterar a cualquiera, pero de ahí a lo que estaba sugiriendo...

—No puede ser, Amparito...

—¿Por qué no? Mirá bien.

—¿Qué querés que mire?, si no se ve nada... Un

pedazo de cara sonriente limitada por un flequillo espantoso —ahí me mordí la lengua, pero seguí—, y un sombrero con unas rosas enormes que le llegan hasta el cuello. Más que ver, hay que adivinar.

—Es ella, estoy segura. Yo empecé a sospechar el otro día, cuando contaste lo de las fotos y la ropa, y hablamos de la edad... Tiene más de sesenta, nena, y, por supuesto, unas cuantas cirugías.

—Yo creo que es demasiada casualidad. ¿Por qué tiene que ser justamente ella?

—Todo encaja, nena. Seguramente ya eran amantes cuando planearon matar al señor Emilio. ¿Entendés? No sería raro que las cosas hayan empezado así. Primero, el adulterio; después, sacar al marido del medio y apoderarse de la fortuna, y si algo sale mal y hay que matar a otro, se lo mata. Había mucha plata en juego, no podían correr riesgos. Por eso murieron Elena y Malú, para que nadie sospechara. Y cuanto más unidos estuvieran ellos,

más posibilidades de tener éxito, ¿te das cuenta?

Claro que me daba cuenta, pero me sonaba un poco rebuscado; no sé, encontrarlos a los dos juntos, después de tantos años, me parecía poco creíble, demasiado fácil.

—María de Bilbao... Perdón, la licenciada María de Bilbao, directora —recitó, Amparito—, es María del Carmen Lima.

—¿Y por qué María solo y no María del Carmen? ¿Y por qué el apellido del marido y no el de ella? —insistí con mis dudas.

—María es un nombre que está de moda. María del Carmen suena antiguo. Es más interesante María solo. Y si se rejuveneció con las cirugías, ¿por qué no se iba a rejuvenecer con el nombre? En cuanto al apellido, bueno, «De Bilbao» le da prestigio. No te olvides de que antes el director del geriátrico era él. Eso pesa mucho, nena. Es mejor que la nueva directora lleve el apellido del... fundador, digamos, y no que se presente como una Lima

cualquiera, que nadie conoce.

Sonaba lógico, pero quizá por eso mismo no me terminaba de convencer. Me parecía demasiado lógico. Le dije a Amparito que tenía mis dudas, pero que no rechazaba su teoría. Y a continuación le hice la pregunta que seguramente ella misma ya se había formulado:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Mañana hablamos —me contestó—. Tengo limpieza hasta el mediodía y a la tarde, reunión de jubilados; por la marcha, ¿sabés?

Cuando salí del Rawson, pasé por la feria de Constitución y compré todo lo que tenía anotado en la lista. Le tocaba cocinar a Juanjo y quería llegar temprano. Mi hermano mayor es maniático con los horarios y tan buchón como el menor, así que para evitar que le fuera con cuentos a mamá en caso de que yo llegara tarde, me apuré y llegué temprano. Claro que, con el apuro, me olvidé de las costillitas de cerdo. ¡Y juro que miré la lista! En fin, el

problema era grave, porque la comida del día era precisamente esa: costillitas de cerdo al horno con papas. Cuando llegué, Juanjo ya había pelado las papas y estaba encendiendo el horno. Ni bien me vio, me pidió las costillitas. Y ahí nomás recordé que no las había comprado. Resumiendo: tuve que salir volando a comprarlas a la carnicería más cercana. Y cuando volví (¿qué otra cosa podía esperar?), Juanjo estaba hablando por teléfono con mamá. Lo de siempre, bah.

Al día siguiente, Amparito volvió a llamarme temprano. Se repitió la escena de la mañana anterior: papá y mamá ya se habían ido, mis hermanos y yo dormíamos, sonó el teléfono, nadie se levantó, atendió el contestador, escuché la voz de Amparito, corrí a atender. Me llamó para decirme que habíamos llegado al final de la historia, que teníamos que rematarla de una vez, que por favor fuera al Rawson a la tarde, así planeábamos el remate y a otra cosa. Me pareció que estaba un poco nerviosa, pero no le dije nada porque pensé que a lo mejor eran ideas mías.

El desenlace, pensé, solo falta el desenlace. Entonces se me ocurrió que toda esta historia era una novela aburrida, que al principio había sido muy interesante, con el descubrimiento de la carta, el de la casa y sobre todo con Amparito, y también con la investigación de los diarios y

el cadáver del Riachuelo, pero que después se había estancado. Y ahora venía un desenlace de lo más aburrido. Si bien yo no sabía qué planeaba Amparito, más o menos me lo podía imaginar.

A las cinco y media de la tarde aparecí en el Rawson con el consabido paquete de medialunas, mejor dicho, con dos paquetes: uno para los viejos del banco y el otro para nosotras. Amparito estaba sentada a la sombra del tilo, con el mate preparado. Ya había terminado con la limpieza del día y lo único que le quedaba era ayudar en la cocina a la hora de la cena; eso, al margen de los imprevistos que pudieran presentarse, siempre relacionados con los viejos: alguno que necesitaba tomar un medicamento a una hora determinada y había que dárselo puntualmente (ahí corría Amparito, aunque fuera a la madrugada); otro que se encaprichaba y en vez de ir a dormir quería quedarse afuera y se ponía a gritar (¿quién convencía al viejo de que entrara y se dejara de hinchar?:

Amparito). Ni bien me senté en la reposera, me alcanzó un mate y me habló de la marcha que estaba organizando con los jubilados y de otras marchas anteriores, y se preguntó para qué servían y si valía la pena tanto esfuerzo, y suspiró. Después miró la copa del tilo, su huerta-jardín, donde convivían en buenos términos los tomates y los zapallos con las campanillas azules, los pensamientos y las margaritas; miró a los viejos del banco, que habían puesto el paquete de medialunas entre los dos y le hacían señas con la mano a otro viejo, invitándolo a compartir la merienda, y volvió a mirar la copa del tilo y más allá. Entonces fue cuando dijo:

—Espero que valga, nomás, porque yo sigo.

La propuesta de Amparito para rematar el asunto, como decía ella, era lo que yo había imaginado; la verdad, creo que era lo único que cualquiera que conociera toda la historia podría haber imaginado. La cosa no daba para más. Desenlace aburrido; no quedaba otra.

Después de charlar un buen rato, acordamos en ir algún día al geriátrico de Beccar y directamente encarar a la esposa del doctor: María del Carmen Lima, sin ninguna duda, para Amparito; con ciertas reservas para mí, a pesar de que ya estaba casi convencida de que era ella. Dijimos por hecho, entonces, que la licenciada María de Bilbao era María del Carmen Lima, y coincidimos en la imposibilidad de acusarla, junto con el marido y el hermano, de tres crímenes cometidos más de cuarenta años atrás. El padre de Elena estaba muy enfermo y en su momento su muerte no sorprendió a nadie; tampoco la muerte de Elena resultó extraña; nadie dudó de que fuera un suicidio. Y la de Malú, peor todavía: quedó como una NN, la mujer del Riachuelo, el cadáver que nadie reclamó. ¿Podíamos hacer algo más que enfrentarla y decirle que nosotras sabíamos, que conocíamos la terrible verdad gracias a una carta desesperada que Elena le había mandado a Malú escondida en el ruedo de un



vestido? No; no se podía hacer más. Nadie iba a pagar por esos crímenes, pero al menos ella iba a saber que ya no eran un secreto, que nosotras también lo sabíamos.

Estuve a punto de preguntar qué ganábamos con todo esto, pero Amparito me respondió antes de que yo abriera la boca:

—Es lo único que podemos hacer, nena. Y para mí es muy importante. Yo trabajé mucho tiempo en esa casa, creí conocer a esa mujer, pensé que era una buena persona y ahora descubro que es un monstruo. Se lo tengo que decir, ¿entendés? Le tengo que decir que yo sé que es un monstruo. Nada más.

Se quedó mirándome con el mate en la mano, con sus lindos ojos dorados fijos en los míos. Parecía cansada. Siguió:

—Pero vos no tenés por qué enfrentarla. Puedo ir sola. La cosa es conmigo. No te preocupes.

¿Y quién dijo que la cosa no era conmigo también?

Desde el principio sentí que Elena me había escrito a mí. Será una locura, no sé. Serán fantasías o lo que sea. O a lo mejor mis hermanos tienen razón y mi gusto por las telenovelas y las películas de misterio me contamina la realidad. Qué sé yo, no importa. Lo que sí tenía reclaro es que la cosa era conmigo también.

Llegamos a la estación de Beccar a las diez de la mañana. Lloviznaba, pero poco; no fue necesario abrir el paraguas, que tan previsoramente había llevado Amparito al ver que el cielo estaba nublado. Las dos cuadras hasta el geriátrico las caminamos sin hablar. Ya habíamos hablado poco en el tren, así que no me extrañó. Amparito iba muy seria, con los ojos como arrugados, fijos en un punto visible solo para ella.

La puerta de rejas estaba abierta. Cruzamos el jardín. Ni un viejo a la vista; seguramente la llovizna los había ahuyentado. Llegamos a la puerta principal de la bella casona, tocamos el timbre y esperamos pacientemente que alguien acudiera a nuestro llamado. Y alguien acudió.

—¿Sí? —dijo el patovica, a modo de saludo.

—Buenos días —dijo Amparito, remarcando las dos palabras, para dejar en claro que ella sí saludaba—.

Queremos hablar con la señora De Bilbao.

—En este momento no está —y ahora el tipo me miró a mí, de reojo—. Si quieren hablar con ella, tendrán que pedir una cita por teléfono.

—¿A qué hora vuelve? —preguntó Amparito, obviando lo del teléfono.

—¿No le dije que tiene que pedir una cita? —le contestó el musculoso, de mala manera.

—Mire, señor, yo vengo por algo muy importante —retrucó Amparito, levantando la voz—. Sé muy bien lo que me dijo, pero necesito ver a la señora hoy mismo, así que, por favor, dígame cuándo vuelve.

—No sé cuándo vuelve —dijo él, abiertamente odioso y repugnante—. Le aconsejo que llame por teléfono. Buenos días —y nos cerró la puerta en la cara. Así nomás.

Amparito no es mujer de dejarse intimidar por un patovica cualquiera. Y yo, tampoco. Nos sentamos en un

banco, junto a la puerta de rejas, con el paraguas abierto; ahora la llovizna se había convertido en una lluviecita bastante intensa. Desde allí podríamos ver a cualquiera que se acercara a la casa. Y la casa también. Amparito estaba deslumbrada.

—La fortuna que pagarán los familiares de los viejos para tenerlos acá, nena. ¿Cuánto costará todo este lujo?

—No tengo la menor idea, pero no creo que estos viejos estén mejor que los tuyos. Tienen cara triste.

—¿Y qué cara querés que tengan? Una vez que los traen al depósito, ya saben que la única forma de irse es con los pies para adelante.

—¿Depósito?

—Y, sí. ¿Qué creés que es un geriátrico?

Había empezado a llover más fuerte y nos mojábamos los pies. Decidimos que ya era hora de buscar un refugio un poco más efectivo que el paraguas y pensamos que el más indicado era un gran alero que estaba

en un extremo de la casa, bastante retirado de la entrada principal. Desde allí podríamos vigilar igual y no nos expondríamos al enojo del atleta. Ya nos habíamos ubicado debajo del alero cuando entró el auto, el mismo auto blanco de vidrios polarizados que yo había visto la primera vez que estuve en el geriátrico.

—Tiene que ser ella —le dije a Amparito—. Es su auto.

Ni siquiera me dejó terminar de hablar; salió corriendo, llevándose el paraguas. No se me ocurrió otra cosa más que seguirla, y como estaba diluviando, me empapé. Pero no tuvo suerte Amparito, porque el musculoso le ganó de mano; y a juzgar por la prontitud con que salió de la casa (con paraguas y todo), corrió hasta el auto, abrió la puerta y acompañó a la señora hasta la entrada principal, no se podía dudar de que había estado espiándonos desde algún lugar y calculando el tiempo exacto que le llevaría prevenir a su patrona antes de que

nosotras la alcanzáramos. Y le salió bien al desgraciado, porque Amparito llegó a la puerta principal en el preciso instante en que el patovica la cerraba de un golpe.

Amparito no se asustó. Puso el dedo en el timbre, apretó y ahí lo dejó, mientras insultaba al muchacho en voz baja. En ese momento llegué yo, chorreando a lo loco.

—Eso te pasa por salir sin paraguas en un día nublado —me dijo, mirándome de arriba abajo, enojada y sin sacar el dedo del timbre.

No sé si me estaba cargando o hablaba en serio. Por las dudas, no le pregunté. Siguió insultando en voz baja unos cuantos minutos más, hasta que por fin se abrió la puerta.

—Dice la señora De Bilbao que pasen —anunció el musculoso.

Ni Amparito ni yo dijimos esta boca es mía. Pasamos. Ella, con el paraguas chorreando, y yo, chorreando

con mi persona. El simpático nos miró como a dos insectos repugnantes y le señaló a Amparito un paragüero con el dedo. Fue una orden sin palabras innecesarias. Amparito obedeció y dejó el paraguas donde le indicaron. Yo tuve la certeza de que así trataba el musculoso a los viejos internados. Era un carcelero, eso era. A mí me miró con asco y nada más, aunque estoy segura de que no descartó la idea de meterme en el paragüero. Después se fue y nos dejó a las dos solas, paradas en el hall. Nos miramos, pero no dijimos nada. Realmente desentonábamos en ese ambiente tan impecable, tan blanco, tan excesivamente refinado. Yo, empapada de los pies a la cabeza y con las zapatillas llenas de barro, parecía una zaparrastrosa; Amparito, con sus pantalones azul eléctrico, la blusa estampada en amarillo y violeta y el pelo rojo, era un estallido nuclear entre semejante blancura. Sentí que estábamos agraviando tanta delicadeza. Volvimos a intercambiar miradas las dos y me pareció que

Amparito estaba pensando lo mismo que yo, porque me hizo un gesto levantando las cejas y los hombros, como diciendo: «Y bueno, qué le vamos a hacer». En eso estábamos cuando se abrió la puerta del despacho de la señora De Bilbao.

—Sé que vinieron a verme. Pasen, por favor.

Yo avancé enseguida, pero noté que Amparito se ponía dura. No se movía. La tuve que agarrar de un brazo y arrastrarla suavemente hasta la puerta. No hizo falta más; caminó directamente hacia el escritorio y se sentó en una de las sillas. La señora De Bilbao hizo lo mismo en su sillón giratorio, enfrentando a Amparito. Yo me quedé parada, sabía que si me sentaba iba a estropear el tapizado de la silla. Ninguna de las dos parecía darse cuenta de mi presencia. Empecé a sentir frío y creo que hasta temblé; me masajé los brazos para entrar un poco en calor. La esposa del doctor se dio cuenta.

—Bueno, creo que antes de que me cuenten el

motivo de su visita, vos te vas a tener que cambiar de ropa —me dijo, con una mirada compasiva.

Quise decir que no importaba, que así estaba bien, pero en lugar de eso me puse a estornudar. La señora De Bilbao tocó un timbre y me señaló una puerta, a su derecha.

—Ese es mi baño. En un canasto vas a encontrar batas de toalla. Ponete una. Ahora va a venir una mucama. La llamé para que te seque la ropa.

Debo haber puesto cara de desconfianza o algo peor, porque se vio obligada a tranquilizarme:

—No te preocupes. Te la secan enseguida. Tenemos un lavadero completo con varias secadoras.

Se oyó un golpe en la puerta, un «Adelante», un «Permiso» y corrí al baño. Me saqué el pantalón y la remera, entreabrí la puerta y se los alcancé a la mucama. En ese momento sonó el teléfono; escuché la voz de la señora De Bilbao que contestaba. Traté de imaginar la cara de

Amparito, mirando todo a su alrededor, mientras la esposa del doctor hablaba por teléfono. Decidí buscar la bata. El baño era amplio, cómodo, lujoso; blanco, por supuesto. Todo blanco y reluciente. El piso era de un mármol traslúcido, con unas tenues vetas anaranjadas. En una de las paredes había una ventana con cortina de puntillas y volados, y debajo de la ventana, una mesa pintada de blanco, repleta de macetas con violetas africanas en tonos que iban del violeta furioso al rosa más pálido. Era el único detalle de color entre tanta blancura, aparte de las vetas anaranjadas del piso. El canasto de mimbre, esmaltado de blanco y con adornos de volados y puntillas que hacían juego con las cortinas, estaba en un rincón. Ni bien levanté la tapa, sentí un perfume a lavanda suave e intenso a la vez. Saqué una bata (había cuatro, perfectamente dobladas y colocadas una encima de la otra, junto a una pila de toallas) y me la puse. Me apuré a salir porque no quería perderme la conversación entre la

señora De Bilbao y Amparito.

Y no me perdí nada, porque cuando llegué hasta el escritorio y me senté junto a Amparito, María de Bilbao recién cortaba. Nos pidió disculpas por hacernos esperar y nos explicó que estaban por internar a una señora muy mayor (no dijo «vieja»; dijo «muy mayor») y tenía que tramitar con los familiares «los últimos papeleos». Después de la disculpa y la aclaración, vino la inevitable frase:

—Bueno... Ustedes dirán...

Amparito se quedó mirándola y no abría la boca.

María de Bilbao nos miró a las dos, primero a Amparito y después a mí. Cuando me miró a mí, hablé. No pensaba hacerlo, pero el silencio de Amparito me obligó y también la actitud de la señora, su serenidad, su altivez, su forma de exigir sin palabras.

—Esto tiene que ver con aquella historia que yo estaba escribiendo, ¿se acuerda? Bueno, Amparito fue



mucama en aquella casa y me contó muchas cosas... Y... bueno, pensamos que podríamos charlar de todo eso con usted.

Mientras yo hablaba, Amparito no había dejado de mirarla; María de Bilbao me miraba solamente a mí, pero ahora que yo me callaba, sus ojos no tuvieron otra alternativa que fijarse en los de Amparito. Yo me dediqué a mirarlas a las dos.

—Hace más de cuarenta años que trabajé en esa casa; la llamábamos «la mansión». Me refiero a la casa de la esquina de Caseros y Bolívar. Ahí vivía Elena con su padre y la madrastra. Como en los cuentos... Y también vivía el hermano de la madrastra. El padre de Elena estaba muy enfermo y un día se murió. Elenita, que era una chica muy débil y nerviosa, no lo resistió y terminó suicidándose. Una noche se tiró de la torre. Esa casa tiene una torre que remataba en una cúpula. Años más tarde la cúpula se cayó y quedó la torre, nomás. Todavía hoy

recuerdo el grito; un grito profundo, doloroso, como salido de las entrañas...

Amparito hizo una pausa. Las facciones de María de Bilbao se habían endurecido. Una máscara, eso era su cara. El único signo de vida eran los ojos: unos ojos claros, fríos, inexpresivos, pero dotados de movimiento, vivos.

—Los años pasaron —siguió Amparito—; muchos años... —volvió a hacer una pausa— y me vengo a enterar de que las cosas no fueron así. Y acá entra Inés en la historia —dijo, señalándome con la mano, pero sin mirarme—. Inés y una carta. Una carta escondida en el ruedo de un vestido de organza amarillo, con cintas y volados, que Inés compró en una casa de ropa antigua. Esta es la carta; léala, por favor —dijo, mientras la sacaba de su bolso y se la alcanzaba.

María de Bilbao leyó la carta. Más de una vez la leyó, porque vi que sus ojos llegaban hasta el final y volvían

otra vez a la parte superior de la hoja. Después la dejó en el escritorio y miró a Amparito. Su cara seguía igual: una máscara. Los ojos parecían más fríos, más lejanos. Le miré las manos, estaban apoyadas sobre la carta; me parecieron demasiado blancas, demasiado traslúcidas; las imaginé heladas.

—No entiendo —murmuró apenas.

—No es mucho lo que hay que entender —dijo Amparito—. Es la carta de una hija desesperada que acaba de confirmar una sospecha. Sabe que a su padre lo están envenenando y le escribe a una amiga pidiéndole ayuda. Quiere que Malú hable con el médico y le diga lo que ella acaba de averiguar. Lo que Elena no sospechaba era que el médico, su madrastra y el hermano eran cómplices. Lo que tampoco sabía era que Malú jamás recibiría esa carta. El doctor De Bilbao se haría cargo de que no la recibiera. Él o cualquier otro pagado por él. Malú desapareció. Sabía demasiado. Ya había hablado antes

con el doctor De Bilbao, a pedido de Elena, como dice en la carta. Si la dejaban viva, seguramente iría a la policía. No podían correr ese riesgo. Poco tiempo después apareció un cadáver en el Riachuelo, que nadie reclamó. Era el cadáver de una mujer joven, y la descripción que daban los diarios coincidía con el aspecto físico de Malú. Nadie identificó ese cuerpo. Malú era una chica sola, sin familia, que trabajaba en su casa. ¿Quién iba a preguntar por ella? ¿Elena, tal vez? Sí, seguramente Elena habría preguntado. Pero nunca pudo hacerlo porque a ella también la mataron. Comprenderá que después de todo esto, no se puede creer en la versión del suicidio.

Amparito no habló más. Se quedó mirando a la mujer de la máscara con la cabeza en alto, desafiante. María de Bilbao levantó la carta lentamente, como si temiera romperla, la dobló en dos y se la entregó a Amparito. Después apoyó los codos en el escritorio y juntó las dos manos, entrelazando los dedos como si fuera a rezar. Me

concentré en las manos: eran casi transparentes, de un blanco enfermizo y con las venas bien marcadas; me acordé de haberle escuchado a mi abuela, alguna vez, que a una persona la edad se le nota en las manos. ¿Será realmente así?

—Sigo sin entender —dijo, muy seria, la señora De Bilbao.

—Le repito que no hay demasiado para entender. La historia es simple. Hay una fortuna inmensa que le pertenece a un hombre: Emilio Echeverría. El hombre es viudo y tiene una hija: Elena. Hay una mujer muy ambiciosa que se casa con el viudo. Esa mujer tiene un hermano y entre los dos planean la muerte del millonario, pero necesitan la ayuda de un médico. ¿Quién mejor que el médico de la familia? Envenenan al señor Emilio de a poco y hacen pasar su muerte como resultado de una penosa enfermedad. Después matan a la hija, simulando un suicidio y, finalmente, a la única persona que sabía

algo y podía interferir en los planes: Malú, la amiga de Elena. Resultado: la esposa, el hermano y el médico son los únicos dueños de la fortuna del señor Emilio. Pero hay que hacer las cosas bien, no sea que a alguien se le ocurra investigar. Entonces el doctor se va, se instala en Mar del Plata y, con el tiempo, se casa. Dicen que con su secretaria. Pero no, el doctor De Bilbao no se casó con su secretaria, sino con María del Carmen Lima, la viuda del señor Emilio. Usted, María, usted.

La máscara de la señora De Bilbao palideció todavía más. Amparito, en cambio, se puso roja, casi tan roja como su pelo. Noté que le temblaban los labios. A María no le temblaba nada: estaba rígida. Una verdadera estatua, pensé.

—No entiendo —dijo, como si murmurara.

—Usted sabe de qué hablo —dijo Amparito.

—Me llamo María Fernández. Adopté el apellido de mi marido por... —titubeó— porque el mío es

demasiado común.

—Muy bien —dijo Amparito—. Supongo que no tendrá inconveniente en mostrarme su documento...

—No tiene por qué desconfiar de mi palabra... —dijo la estatua, en voz muy baja, cuando lo normal hubiera sido enojarse ante la actitud de policía adoptada por Amparito.

—En realidad, no tengo por qué confiar... Pero si no me lo muestra, puedo averiguar su verdadero nombre sin ningún trabajo. Yo sé que usted es María del Carmen Lima. Aunque lo niegue.

La mujer se puso a temblar de una manera extraña: movió los hombros una y otra vez y después el pecho; agachó la cabeza, se encorvó sobre el escritorio y empezó a gemir. Cuando se incorporó, algunas lágrimas le corrían por las mejillas.

—Está bien —suspiró—. Les voy a decir la verdad. Soy María del Carmen Lima. Perdón, Amparito —dijo,

mirándola con sus fríos ojos grises, algo húmedos aún por las pocas pero recientes lágrimas—. Me vi obligada a mentir. En nombre de los viejos tiempos, le vuelvo a pedir disculpas y le ruego que me crea. No soy tan mala como ustedes piensan. Siempre fui víctima de mi marido. Ahora también, porque, viejo y enfermo, me sigue tiranizando. Toda la vida fue un hombre despótico. Me enamoré perdidamente de él cuando mi primer esposo ya estaba enfermo. Me obligó a seguir su plan para matarlo. Yo no me negué, es cierto. Emilio estaba muy mal, sufría mucho y lo que hicimos fue acelerarle la muerte, nada más. En cuanto a Elena... les juro que yo no sabía nada. Me enteré mucho después, cuando ya estábamos casados. Yo creí, como todos, que la pobre Elena se había suicidado; jamás se me ocurrió sospechar otra cosa. Cuando supe la verdad, quise separarme, pero me amenazó con matar a mi hermano. Tuve miedo y me quedé junto a él. Era un hombre muy violento... y muy

ambicioso. Por eso mató a Elena; quería todo para él. Pero yo no sabía, no sabía... Después de la muerte de Emilio, Elena se puso muy rara; todos pensábamos que se había vuelto loca... La pobrecita estaba alterada, tenía problemas para dormir y Ricardo le suministraba alucinógenos y le hablaba de la torre, instigándola a que subiera, hasta que al fin lo hizo... No fue necesario que alguien la empujara... Pero yo no sabía, no sabía... —gimió, tapándose la cara con las dos manos.

—¿Usted tiene idea de la gravedad de lo que han hecho? —preguntó Amparito.

—Sí, sí... Es un peso que arrastraré hasta el último de mis días... —se destapó la cara y vi que sus ojos estaban secos—. Pero tengo bien claro que el único culpable es él —declaró, con la cabeza en alto—. Es un monstruo, aunque de alguna manera está pagando su crimen. Lo paga con su enfermedad.

—¿Y qué pasó con Malú...? Porque también la mató a

ella...

—No sé, no sé... Nunca me lo dijo. Malú... —se quedó pensando, como si tratara de recordarla—. No sabía que tenía algo que ver con todo esto. Si este monstruo la mató también a ella, nunca lo vamos a saber...

Otra vez se oyó un golpe suave en la puerta. Me traían la ropa. La dejé a Amparito con su cara de asco y horror, mirando fijamente a María de Bilbao, que a su vez la miraba a ella acongojada y sumisa, y me fui a cambiar al baño. Vi por la ventana que ya no llovía. Me saqué la bata. Pensé en guardarla, pero me arrepentí. Me pareció que lo mejor iba a ser dejarla fuera del canasto, para que se la llevaran a lavar; está bien que yo la había usado solo unos minutos y no la había ensuciado, pero como ahí todo era tan impecable, tan aséptico, se me ocurrió que lo más probable sería que la lavaran antes de volver a guardarla. La doblé en dos y la puse encima del canasto. En ese momento reparé en las pequeñas iniciales bordadas



en azul en el dobléz de la manga izquierda: «M. L.»; me sorprendí porque antes no las había visto. «M. L.», «María Lima». Su sello está en todas partes, pensé.

Cuando salí del baño, Amparito estaba de pie, junto a la puerta del despacho. María seguía detrás de su escritorio, pero se había parado. Me miró y me hizo una especie de sonrisa, que tomé como una despedida. No dije nada y salí detrás de Amparito, que ni bien me vio aparecer empezó a caminar hacia la salida. Llegamos a la estación sin hablar. Justo pescamos un tren; por suerte iba casi vacío y nos sentamos. Amparito estaba muy pensativa. Decidí que lo mejor era no abrir la boca hasta que lo hiciera ella. Me dediqué a mirar por la ventanilla. Me gustan las campanillas azules que crecen junto a las vías, enredadas en los alambrados y los postes; me recuerdan a las alas de las mariposas, tal vez por la fragilidad de sus pétalos y porque cuando las mueve el viento parece que fueran a salir volando. Llegamos a Retiro sin

haber hablado ni una palabra. Recién en el subte, Amparito abrió la boca.

—No sé qué decirte, nena. Me siento estúpida. Estúpida y ridícula.

No dije nada. No porque no quisiera, sino porque no se me ocurría qué decir.

—¿Te das cuenta, nena? —siguió—. Confesó todo, lo más tranquila. Como si la hubieran acusado de matar al gato...

Siguió otro silencio largo, que duró hasta Diagonal Norte, donde subió un aluvión de gente. Amparito levantó un poco el tono y continuó reflexionando en voz alta, con la mirada perdida en el túnel:

—Esas lágrimas, esas lágrimas... Todo era falso. Lo único cierto es que pasó mucho tiempo y que ya no hay culpables.

Y no habló más. Seguimos en silencio hasta Constitución. Cuando nos despedíamos, me preguntó por qué



no había dicho nada. Le contesté que tenía que pensar, que no tenía nada claro y que mejor hablábamos por la mañana. Estuvo de acuerdo. Y era totalmente cierto. No tenía nada claro. A mí también me habían resultado falsas las lágrimas y el reconocimiento de su culpabilidad, aunque fuera en parte. Desenlace aburrido, tal como había pensado y, sin embargo, había algo que no me terminaba de cerrar.

Cuando llegué a casa, me encontré con una nota en la mesada de la cocina: «Javier se fue a la quinta de Alejandro. Yo voy a averiguar algo a la facultad. No vengo a comer. Juanjo». Tuve ganas de llamar a mamá para quejarme al mejor estilo de mis hermanos, ya que ese día le tocaba cocinar a Javier y se mandaba a mudar, pero no. Lo pensé mejor y no llamé. ¿Para qué? Iba a estar sola en casa y lo que más necesitaba era tranquilidad para pensar. Me hice un sándwich y me puse a repasar todo mentalmente, quería saber qué era eso que no me

acababa de cerrar. Recordé la primera entrevista que le hice a María de Bilbao, detalle por detalle. Después pasé a la visita de esa mañana, con Amparito; me repetí, palabra por palabra, todo lo que dijo María en su confesión. Repasé hasta los detalles del mobiliario, sobre todo del baño, que era la primera vez que lo veía. Entonces me vi doblando la bata de toalla y colocándola sobre el canasto, segura de que cuando la mucama hiciera la limpieza, la llevaría al lavadero... Y ahí comprendí que no era la escena de llanto y arrepentimiento de María lo que no me terminaba de cerrar, sino otra cosa: un detalle, un pequeño detalle.

Volví a alegrarme de que mis hermanos se hubieran mandado a mudar, dejándome sin almuerzo y sola para poder pensar, y volé al teléfono. Amparito estaba ocupada en la cocina, según me dijo la persona que me atendió. Le dejé un mensaje y le rogué que se lo comunicara a Amparito lo antes posible.

Cuando llegué a la estación de Beccar ya eran más de las cinco de la tarde. Pensé que en el geriátrico estarían todos ocupados con la merienda de los viejos. Me equivoqué: todos, no; al musculoso se lo veía muy entretenido limpiando el auto de su patrona. Por suerte no me vio. Fui derecho a la puerta de servicio. Crucé el tramo de jardín que iba desde la vereda hasta la casa, pegada al ligustro que servía de medianera con el terreno vecino. Entré por la puerta doble. Atravesé el hall y fui derecho a la habitación del doctor. No había nadie. Solo se oían murmullos y ruido de vajilla provenientes del fondo del pasillo. Pegué la oreja a la puerta. Ningún ruido. Entré.

La habitación estaba en semipenumbra. La persiana, casi baja del todo, dejaba entrar algo de claridad. Las hojas de vidrio de la ventana estaban abiertas. Lejos, se oía ladrar a un perro. El doctor De Bilbao dormía; al menos, eso parecía; acostado y con los ojos cerrados, no se podía pensar otra cosa. Fui hacia el estante donde estaban

los álbumes de fotos y busqué el del casamiento, aquel con tapas de cuero que había mirado en mi anterior visita. Lo encontré enseguida. La habitación, insisto, tenía muy poca luz; y luz era lo que yo necesitaba para leer la tapa del álbum. Me acerqué un poco a la ventana y comprobé que, tal como había sospechado, había una inscripción en la tapa, como siempre suele haber en los álbumes de casamiento; no en el de mis padres, que ni siquiera era un álbum, sino apenas una carpeta con separadores de plástico, pero sí en el de los Luises, que Ayelén me mostraba para darme envidia cuando éramos chicas. Traté de leer la inscripción. No lo conseguí; las letras estaban un poco borroneadas. Me acerqué aún más a la ventana y pude leerla. En ese momento oí un ruido de pasos que se acercaban por el pasillo. Me escondí detrás de un sillón, que era lo único que había para esconderse. Después me di cuenta de que me podría haber metido en el baño, pero ya era tarde. Cuando se abrió

la puerta, casi me muero del susto. Me agaché todo lo que pude y quedé con la nariz pegada al piso. Los pasos se dirigieron hacia la cama y se detuvieron ahí. Me animé a espiar. Era una enfermera. Estaba de espaldas a mí, así que pude mirar bien. Había venido a aplicarle una inyección al doctor. Vi cuando levantaba la jeringa para verificar si el líquido pasaba bien. Concluyó su trabajo y salió. Volví a la ventana con el álbum; quería leer de nuevo la inscripción dorada. En eso estaba cuando se abrió la puerta de golpe. Esta vez no había oído ningún ruido de pasos. El patovica me agarró de un brazo y me arrastró fuera de la habitación. La enfermera que le había puesto la inyección al doctor estaba en el pasillo y me miraba con cara de triunfo. La muy cretina me había visto, pero no dijo nada y corrió a buscar al carcelero. Y ahora el grandote me tenía agarrada de un brazo y me llevaba al despacho de la esposa del doctor.

—Bueno, bueno —dijo María de Bilbao, desde su

escritorio—. Otra vez por acá. Sentate —me ordenó, mientras con un movimiento de la mano le indicaba al musculoso que se fuera—. ¿Qué tenés ahí? —me preguntó, levantando las cejas y mirando el álbum de fotos.

—Su identidad —le contesté, bastante tranquila.

Me miró como desafiándome.

—¿Vos tenés noción de lo que hiciste? —preguntó—. Entraste a una propiedad privada sin permiso, te metiste en la habitación de un hombre enfermo y, como si eso fuera poco, robaste.

—Yo no robé nada. Tenía una duda y vine a aclararla. Eso estaba haciendo cuando entró su guardaespaldas.

Me callé y no dijo nada. Me estaba estudiando. Trabajaba de averiguar qué sabía. Pensó que yo seguiría hablando. Decidí darle el gusto. Puse el álbum sobre el escritorio y señalé la inscripción.

—Enlace de María Lucrecia Onetto y Ricardo de Bilbao —leí—. María Lucrecia. Malú.

Rígida y pálida. Dura como una piedra, fría, helada, mármol blanco; eso, una estatua. Por un momento me pareció que le brillaban los ojos, como si fuera a llorar, pero enseguida comprendí que no, que se le habían terminado las lágrimas en la actuación anterior. Su cara era una máscara perfecta.

—La mujer del Riachuelo seguirá siendo una NN —oí a mis espaldas. Y la voz era de Amparito—. La pobre Malú, la buena chica de barrio, está viva. Y rica. A punto de enviudar y ser más rica todavía. Felicitaciones.

—Yo soy inocente —dijo la estatua—. No maté a nadie. Ricardo y María del Carmen planearon todo. Ellos envenenaron al viejo. Pero a Elena... a Elena no querían matarla. Fue un accidente. Pensaban internarla, nada más —la máscara se alteró un poco: se le hicieron algunas arrugas en la frente y unos surcos profundos le cruzaron las mejillas—. Cuando me enteré de la muerte de Elena me puse muy mal. Yo la quería. No lo supe

enseguida. Cuando murió el padre, Ricardo me llevó a Mar del Plata. Él volvió, me dijo que tenía que atender a Elena. Y cuando se reunió conmigo otra vez, no me contó nada. Yo le preguntaba por ella y siempre me decía que estaba internada. Un tiempo después me dijo la verdad. Yo la quería a Elena... —la máscara se estaba ablandando; además de la aparición de las arrugas y los surcos, se le afinaron los labios y las comisuras se arquearon un poco hacia abajo—. Ricardo me dijo que se había suicidado... No hablamos más, pero uno o dos años después me confesó que le habían estado suministrando alucinógenos, para después internarla... No fue necesario, una noche subió a la torre y se cayó.

—La mataron —dijo Amparito, calmamente—. La mataron —repitió.

—No. Yo, no.

—Sí. Usted es tan asesina como su esposo y María del Carmen. Usted es responsable. ¿Qué hizo cuando

Elena le pidió ayuda? ¿Corrió a su lado? ¿Fue a la policía? No, nada de eso... Usted la delató... ¡La traicionó! ¡Usted la mandó al muerte!

Ya no había nada de rigidez en la máscara; toda ella era de consistencia blanda, fofa. Tuve la sensación de que se iba a deshacer.

—Y usted sabe muy bien que no es inocente —siguió Amparito—. Por eso mintió con su nombre y no le importó pasar por María del Carmen. Todo era válido antes que confesar que Malú estaba viva. Todo. Hasta permitir que siguiéramos creyendo que la pobre desgraciada del Riachuelo era ella. Mejor muerta y olvidada que traidora. Es eso, ¿no?

La mujer de la máscara miraba un punto invisible, más allá de donde estábamos nosotras dos. Sus bellos ojos grises se habían opacado del todo. La boca era una línea fina; no se distinguían los labios, tanto los apretaba. Amparito me hizo un gesto y nos fuimos.

Otra vez hicimos el camino hasta la estación sin hablar. Otra vez tomamos el tren, nos sentamos y no hablamos. Me la pasé mirando por la ventanilla, pero no vi las campanillas azules; creo que se cierran al anochecer. En Retiro, Amparito me preguntó si tenía tiempo para tomar un café. Quería que habláramos.

—¿Me querés decir cómo te diste cuenta? —me preguntó, mientras le ponía azúcar a su café—. Yo estaba convencida de que era María del Carmen. A esa cara la conocía... Claro, era Malú.

—Me di cuenta por la bata de toalla. Tenía bordadas las iniciales «M. L.». «María Lima», pensé ni bien las vi, pero después dudé. ¿Por qué poner la inicial de un apellido que no usa? No sé, había algo que no me terminaba de cerrar. Yo sabía que el álbum de fotos tenía una inscripción en la tapa. Algo había visto la primera vez que estuve ahí, pero no le presté atención. Esos álbumes siempre tienen grabados los nombres de los novios en la



tapa. El de mi tía Luisa es así. Tenía que volver, ¿entendés? Nunca supimos cómo se llamaba realmente Malú, pero, pensándolo un poco, tenía que ser un compuesto de María y otro nombre que empezara con «Lu»; qué sé yo: Lucía, Luján... Lucrecia.

Terminamos el café y nos fuimos del bar. Todavía faltaba el subte hasta Constitución. Otro viaje sin hablar. En Constitución nos despedimos y quedamos en llamarnos.

Llamé yo dos días después, justo uno antes de la marcha de jubilados. Quería saber desde dónde salía el grupo liderado por Amparito.

—Desde el club, nena. ¿Vas a venir?

—Si me aceptan...

—La entrada es libre y gratuita.

Allá fui. Aunque la entrada no me resultó demasiado gratuita que digamos, porque me engancharon para empujar la silla de Rosa. Menos mal que después aparecieron la hija y el nieto por el Congreso y se encargaron

de la vuelta. No me quejo; el viaje de ida fue bastante entretenido; hicimos todo el camino por Entre Ríos, y a medida que avanzábamos se nos iban agregando grupos de jubilados con carteles y pancartas, que venían de distintos clubes barriales.

Cuando llegamos al Congreso éramos una multitud. Fue ahí donde perdí de vista a Amparito. Pero al rato escuché su voz multiplicada por los parlantes: estaba pronunciando un discurso. Después les tocó el turno a otros jubilados; todos hablaron de reivindicaciones y justicia social, de solidaridad, toma de conciencia, compromiso... ¡Cómo me gustaría que alguna de esas palabras lograra filtrarse por las paredes del Congreso!

Pasaron dos semanas y empezaron las clases. Me costó adaptarme al ritmo del colegio. Siempre me cuesta. Una tarde, me fui hasta el Rawson con dos paquetes de medialunas. Después del mate, Amparito me propuso salir a dar una vuelta. Nos fuimos caminando hasta



Caseros y Bolívar. La remodelación de la casa estaba bastante avanzada. Ya habían pintado el frente y colocado carteles de «Se vende» en algunas de las ventanas.

—Mirá vos —dijo Amparito—, ahora la mansión es un edificio de departamentos. Me parece bien —siguió, después de reflexionar un poco—, es demasiado grande para una sola familia.

Cruzamos hasta el mercadito y me acordé del invento de la revista y de la nota acerca del barrio. Se me ocurrió que en una de esas terminaba escribiendo la historia de Elena. Quién sabe, ¿no? Amparito aprovechó el paseo para saludar a doña Anita. Yo me despedí en la esquina. Pero antes de irme miré otra vez la torre. Habían colocado maceteros debajo de las ventanas. Me pregunté si volverían a ponerle la cúpula.



NORMA HUIDOBRO. Nació en 1949 en Lanús, provincia de Buenos Aires. Es profesora en Letras y trabaja de correctora de libros. Ha obtenido importantes premios y tiene publicados, entre otros libros, *¿Quién conoce a Greta Garbo?* y *El sospechoso viste de negro*.